

UNIVERSITY OF TORONTO

UNIVERSITY OF TORONTO

AD ACADEMIA DE MEXICO
CONSEJO GENERAL DE BIBLIOTECA

100

1

LA
RONDE

EL
ALVADO

LANG
E
S RIO

A46720

PQ6633

.I5

R6

TEODORO P
ENCUADER

Av. Iturbide 76, Pte.
LEON, G



1080019099



EX LIBRIS

HÉMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BLANCA DE LOS RÍOS DE LAMPÉREZ

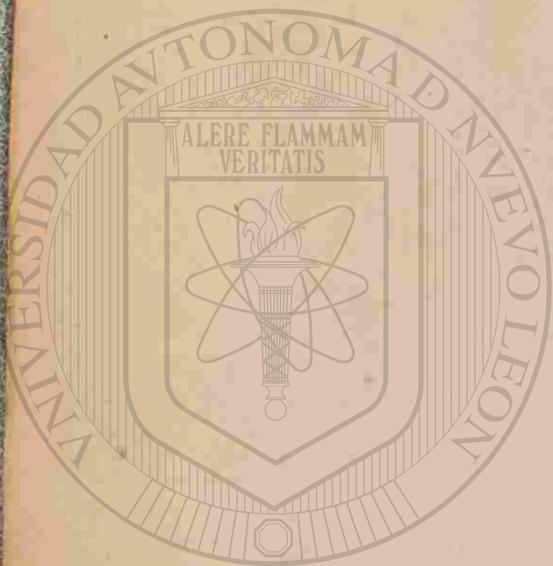
OBRAS COMPLETAS.— TOMO I

LA RONDEÑA

(CUENTOS ANDALUCES)

EL SALVADOR

(CUENTOS VARIOS)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



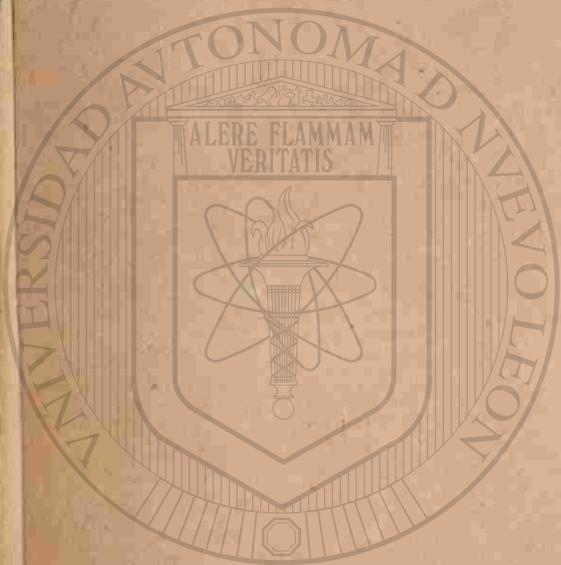
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

Blasco de Garay, 9.—Teléf. 3.020.

1902



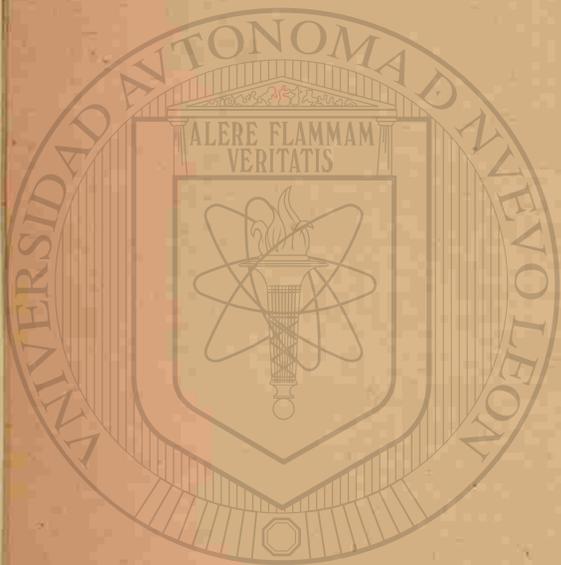
CUENTOS ANDALUCES

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. 12586
Núm. Autor 10443
Núm. Adg. -C-
Procedencia -C-
Precio _____
Fecha _____
Clasificó 29
Catalogó _____



BLANCA DE LOS RÍOS

DE LAMPÉREZ

Obras completas
LA RONDEÑA

(CUENTOS ANDALUCES)

EL SALVADOR

(CUENTOS VARIOS)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

MADRID:

46720

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

Blasco de Garay, 9.-Teléf. 3.020.

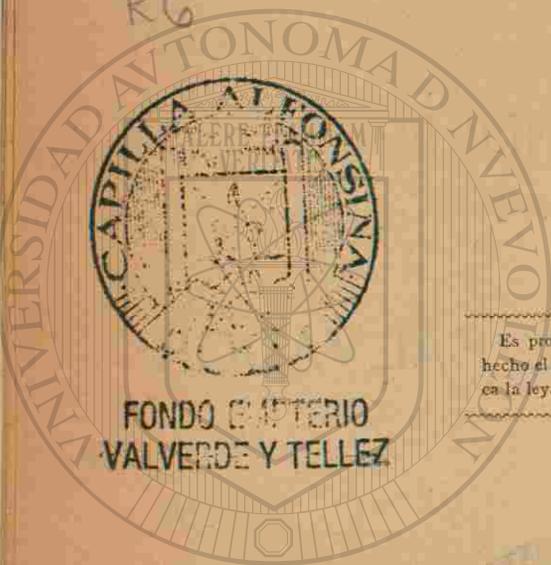
1902

10443

PQ 6633

.I5

R6



Es propiedad. — Queda
hecho el depósito que mar-
ca la ley.

LA RONDEÑA (*)

I

A Emilia Pardo Bazán.

La tarde era de las bochornosas de Julio y se cerraba en nubarrones de tormenta que anticipaban la noche. Viento huracanado arremolinaba la tierra y los papeles en las calles y entrábase bramando por las profundidades del famoso Tajo rondeño; y por las cresterías de la sierra veíanse rebrillar remotos fusilazos.

Cerca de la enorme cortadura que parte en dos á la enriscada *Ronda fidelis et fortis*, separando el moderno y alegre Mercadillo de la vetusta Ciudad, como allí la llaman, á la entrada de ésta y en la boca de una calleja estrechísima hablaban queda y apresuradamente una mujer y un hombre. Él alto, enjuto, nervioso, cimbreante, gitanesco de ademanes y figura, aborascado de barbas y pelos, bronceado de tez, ronco y aguardentoso de voz, torvo en el mirar y en el hablar intencionadamente ronco, ambiguo y sentencioso; hombre, en fin, en-

(*) Este cuento fue traducido al francés por Mr. René Halphen y publicado sucesivamente en la *Simple Revue*, de París, y en *L'Union* de Niza.

010443

tre héroe y presidiario, que tenía ímpetus de toro, huidas de pantera, blanduras de gato y perfidias y elasticidades de serpiente, como que era no menos que el famoso *tigre del Gaucin*, terror de aquella serranía. Ella alta, arrogante de líneas y de presencia, morena descolorida, de abrasadores ojos realzados por misteriosos halos violáceos, frondoso pelo encrespado en profundas ondas de rielos grisáceos y azulinos, calenturienta boca y armoniosos movimientos; hermosísima y perturbadora como envuelta en aura prestigiosa que envenenaba y enloquecía. Por algo la llamaban en Ronda *la Diosa*, y en toda la serranía *la Rondeña*, y por algo tuvo trastornados á todos los mozos de la provincia.

—¡No me quieres, traidora—suspiraba *el tigre*, con verdadera, amargura—no me quieres, que si me quisieras...!

—¿Qué?

—Te vendrías conmigo.

—Porque te quiero no me voy.

—¡Porque me quieres...! ¿Estás loca?

—Porque quiero tu vida ¿lo oyes? porque sé que Juan que conoce la sierra como su mano y se llevaría á su gente, y Curro que me quiere como un loco, es bravo como un león y manda ocho valientes que se saben de memoria esos montes, porque sé que esos alanos harían lo que no han hecho los civiles, por eso no te sigo.

—¿Pero tú te piensas que es más el hombre que á mi me pueda, tonta? ¡Y más teniéndote conmigo!

—No te emperres, Mariano, que no ha de ser.

—¡Lo estás viendo, gitana, cómo me engañas á mí como á los demás!

—¡Qué poco me conoses, niño! Yo no pueo engañarte, porque el hombre mío eres tú, y la mujé pa tí soy yo, porque si tú nasiste tigre yo nasí leona, y si tú te creses al castigo, yo me cresco al mirar de tus ojos; y me jartan las mieles y me empacha Juan, y me cansa er mundo, y no quió hombres que me suspiren, sino fieras que me bramen, pa tené el gusto de domarlas como á ti, y amarrarlas á mis pies con un pelo de mi cabeza.

—¡Y tan amarrao como me tienes, Rondeña mía! ¡Pero po lo mesmo, no te deajo; vente, vente!

—¡No, no, suértame las manos!

—¡Ar fin, jembra!

—¡Calla!—quedándose como suspensa; después con repentino arranque:—¡Pa que veas si te quiero, te juro que esta noche te sigo!

—¡Ahora, ahora, vámonos, que me estoy jugando la cabeza por mirarte!

—¡No, ahora no, esta madrugada; si me quieres, vé á las dos por el corral, ten la jaca á la regüerta der camino; y aunque se junda er sielo á rayos, te juro que me voy contigo! ¡Y juye, que viene gente!

—Me voy, sí; pero mira que iré y ¡ay si no me aguardas!—rugió el tigre, y huyó á todo correr en busca de su más cercana guarida de la sierra; y la Rondeña se encontró de frente con Curro, que era el que por la calle bajaba.

—¡Ya me vienes persiguiendo?

—¡No te persigo, Antonia; te sigo como la sombra ar cuerpo, te sigo porque me tienes jechisao y muerto y loco. .!

—Déjame, que ya habrá güerto mi mario con su recua.

—¿Por qué escogiste á Juan entre tantos como te queríamos?

—Por güen moso, ya lo sabes; porque era el mejó moso de Ronda.

—¡Un jarriero, un naide, pa una diosa como tú!

—¡Fantesioso!

—¿Y no soy yo la mejor escopeta de la serraña, no me temen los hombres, no me quieren las mujeres?

—Ya sabemos que eres el rey de los contrabandistas; pero déjame pasar.

—¡Dime antes si me quieres!

—Y si te quisiera... ¿qué?

Y hablaron aún breve rato, pero empeñada y vivamente, y convinieron en algo, porque él le dijo en alta voz al dejarle pasó libre:

—A las doce: ¡seré fijo como el reló!

Y se separaron.

II

Iban á dar las doce; y en la sala baja, blanqueada y limpia de su casa, velaba Antonia, que á pretexto de acabar una falda para lucirla en misa al día siguiente, domingo, no había querido acostarse. Por todo el anfiteatro de montañas que cercan á Ronda retumbaban con bárbaros estampidos y prolongados ecos los truenos de la tempestad que se venía encima; y los relámpagos eran tan vivos, que con lo que de ellos entraba por las rendijas de la ventana inundábase en súbitos livores la sala mal alumbrada por el mechero del velón de Lucena que

ardía en la mesa entre los avíos de costura de Antonia y las agujas y chismes de enjalmar de Juan, cuyos robustos y acompasados ronquidos oíanse á través de las cortinas blancas de la alcoba del matrimonio.

¡Extraño y elocuente diálogo el de la tempestad furiosa con el sonoro y apacible dormir del arriero! Aquel hombre, de fisiología enérgica y de alma sana, cobrábase largamente del duro trabajar con el sueño profundísimo; y en su hondo roncar, expresión de animalidad poderosa y de tranquila conciencia, revelábase todo su sér.

El de Antonia, en cambio, era la lucha; y al verla insomne y exaltada en medio de la tormenta, creeríase que el tronar y relampaguear crecientes no eran sino prolongación de la tempestad de su alma. Pero los ronquidos de Juan parecían estremecerla más que las estridentes descargas eléctricas, y su alto seno se alzaba con ritmo agitado y desigual, y las nerviosas alas de su nariz temblaban al alentar afanoso.

De pronto alargó la fina cabeza, como quien escucha; y en efecto, hacia el corral sonaron dos silbidos bajos y prolongados. Antonia se levantó ágilmente; fuése á obscuras hasta el soportal empedrado que precedía al corral, pasadizo entre cuadra y almacén, donde el arriero colgaba las jalmas y aparejos, y amontonaba la paja y estiércol de sus bestias; tomó de un rincón un farolillo, encendiólo, y, dejándolo sobre la boca de un cántaro, salió al corral sin más luz que la terrible y ya casi continua de los relámpagos; preguntó por la rejilla de la puerta:

—¿Eres tú?

Respondióle una voz varonil:

—Abre, morena.

Descorrió ella los cerrojos y entró el gallardo Curro. Cuando atravesaban el corral caían ya gruesos goterones de lluvia, introducción de la tormenta.

Una vez en el soportal de las jalmas, Antonia y Curro hablaron bajo y afanosamente.

—Ya ves si te quiero—decía él,—que cuando se trata de tí nada me ataja... pero tocante á lo que me dijiste esta tarde... tocante á eso, morena, no hay ná.

—¡Cómo que ná! ¿Por qué?

—¡Porque tengo una madre vieja y honrá á quien darle sombra, y porque soy contrabandista, pero no asesino!

—¡Quié desí que t'achicas, que t'acobardas y que eres un mandría!

—¡Antonia!

—¡Pues vete, fuera, largo! ¿Pa qué quió yo un hombre que ni hombre es siquiera!

—¡Rondeña...! ¿Qué me has dicho?

—¡La Rondeña nació pa hombres con reaño, que por eya vayan jasta el infierno y no se paren á la puerta! ¡Vete, cobarde!

—¡No me pierdas, Antonia! ¡No me echas esos ojos!

—¡Si fueras hombre, te miraría yo así, así!—acercándose á él, cogiéndole la cabeza y mirándole fascinadoramente á los ojos.—¡Y te querría como tú no has soñao que se puea que-
ré en el mundo!

—¡Antonia, Antonia! ¡Vamos donde tú quieras, que m'as vuelto loco! ¡Pero, anda, no me dejes pensar!o!

Y Antonia guió, y Curro entró como ráfaga de huracán, y su cuchillo de contrabandista cayó como un rayo en el corazón del arriero, que no dijo ni ¡ay!

Apenas consumado el crimen, Curro se quedó helado, lívido, cadavérico; Antonia, fría, impasible, tuvo alma para vestir el cuerpo, aún caliente y palpitante, de su esposo, el cuerpo que manaba torrentes de sangre cálida, con el traje que usaba él á diario: tomó del soportal un gran saco de los muchos que traía el arriero de vacío en sus viajes, y con ayuda del aterrado mozo, arrojó en él el cadáver, teniendo la precaución de meter también el sombrero, los zapatos y la faja de Juan; y lleno el saco, atólo por la boca, lo cargó ágilmente sobre las espaldas de Curro, que de puro desconcertado no osaba ni oponer resistencia, y acercándose á la mesa tomó una de las grandes agujas de enjalmar y dijo al contrabandista:

—Aguarda, que se descose con el peso.

Dió unas puntadas sólidas y apretadas, como maestra en aquellos burdos cosidos, y dijo á Curro con imperio irresistible:

—Ahora al Tajo; tomas vuelo, y ¡zás! ¡á fondo!... ¡Y luego soy tuya!

Cuando se quedó sola, sin atropellos ni sobresaltos, con serenidad glacial y pasmoso dominio propio y soltura de movimientos, despojó la cama de las ensangrentadas sábanas y lavólas en lejía caliente de un caldero, que, sin duda previsoramente, hervía en un fuego de pitacos en un rincón de la terriza cocina; sacó del colchón toda la lana ensangrentada y arrojóla en aquel fuego, sin cuidarse del asfixiante humo

que aquello producía; relleno con el contenido de unas almohadas viejas el saqueado colchón, vistió de limpias ropas el lecho, lavó el suelo, ordenó los muebles; y borrada toda huella del crimen, recogió en un pañolón sus mejores galas, sus joyas y cuanto dinero y prendas de valor había en la casa, y sentóse á esperar, segura de que el esperado no faltaría á la cita.

III

Entretanto, ¿qué había sido de Curro? ¿Por qué no volvía?

Cuando el trastornado mozo salió con vacilantes pasos por la puerta del corral, y se halló en el campo desierto, solo en plena sombra, en plena tempestad, en pleno horror de su conciencia, azotado por la lluvia furiosa, combatido por el salvaje huracán, cegado por los vivísimos relámpagos, y llevando sobre sus espaldas un cadáver caliente aún, y sobre su conciencia un crimen horrendo, por primera vez en su vida sintióse cobarde; ¡él, el rey de los contrabandistas, avezado á saltar precipicios con las riendas de su potro entre los dientes, disparando su trabuco á diestro y siniestro y amenazado por cien bocas de fuego en las batidas de la sierra! Deshecho el encanto, el sortilegio, la fascinación irresistible con que aquella mujer le enloquecía y dominaba, aparecieronle con terrible lucidez tres atormentadoras visiones: su crimen, su madre, su remordimiento infinito. A la violada luz de un relámpago vió claramente perfilarse ante sus ojos los descarnados contornos de la horca infamante, y

creyó percibir el lamento de su vieja adorada que caía, muerta de dolor y vergüenza, al pie del patíbulo.

Sintió que las fuerzas le abandonaban, flaqueáronle las piernas, sudor helado brotóle de la raíz del cabello, y como sonámbulo, obediente al impulso recibido y ansiando arrojar su espantosa carga, acercábase con inseguro andar al gigantesco Tajo.

Por el fondo de la ingente cortadura bullían y gargoteaban con temeroso hervidero los desagües de las sierras que, salvando fragosidades, cortando calizas y perforando bancadas de areniscas, despéñanse en la célebre garganta y corren tumultuosos á engrosar el Guadiaro.

Cuando Curro llegó junto á la arista viva del Tajo, las rachas del huracán soplaban tan impetuosas, que le sacudían amenazando derribarle; los truenos eran tan horrisonos que parecía rajarse la bóveda del cielo; y el pobre mozo temblaba asaltado por supersticiosos terrores. Sin fuerzas ni alientos acercóse á la orilla del precipicio, y anhelando librarse de aquel horrible peso, recogió todas sus energías, tomó impulso... pero, al voltear con impetu el saco para lanzarlo á lo hondo ¡espanto indecible! sintióse cogido y alzado en el aire cual si el cadáver asiera de él; arrojó un alarido trágico, describió una curva violentísima, y voltigeando vertiginosamente por entre los salvajes cantiles verticales, cayó como atado y uncido á su víctima al negro fondo del abismo.

La Rondeña, para completar su obra, había cosido fuertemente el saco que contenía al muerto á la chaqueta del vivo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA VIVERDE Y TELIEZ
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1526 MONTERREY, NUEVO LEÓN

EL PADRE «ME ALEGRO» (*)

I

En Sevilla y en el Convento de la Merced Calzada, vivía á los comienzos de este siglo un humilde fraile, tan oscuro, olvidado y menospreciador de sí mismo, que podía decirse que su personalidad consistía en no tenerla. A despecho de lo cual logró hacerse célebre no sólo en el Monasterio, sino en la ciudad entera y aun en muchas leguas á la redonda, siendo caso de admiración que todo su prestigio y nombradía procediesen de su propia insignificancia, desprecio y anulación de sí mismo, puesto que debió su notoriedad á su absoluta renuncia del albedrío y perfecta conformidad con la voluntad divina, de cuya completa negación á todo humano bien veniale la posesión del Bien Supremo, que inundaba su espíritu de paz y de perenne placidez su beatífico semblante.

Como fiel expresión de aquella interna bienandanza, brotaba de continuo á los labios del

(*) Traducido al francés por Mr. René Halphen y publicado en la *Nouvelle Revue Internationale*, de Paris, y en *L'Union*, de Niza.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Viverde y Teliez

religioso una ejemplar sentencia, que era juntamente el lema y la síntesis de su vida.

Bien podrían llover sobre el P. Josef Corde-ro— así se firmaba— toda suerte de pruebas y tribulaciones humanas y espirituales, que avinierate lo que le aviniera, el santo varón, sin que se le anublase la sonrisa, exclamaba acatando con delectación los decretos supremos: "¡Me alegre... por mejor lo habrá hecho Dios!"

Y como la devota sentencia no se le caía de los labios, comenzó á ser conocido mediante ella, y vino al cabo á recibirla por sobrenombre, al cual debió su grande y extendida fama.

Así, en toda Sevilla y aun en muchos lugares vecinos, de donde venían las gentes á conocerle atraídas por el olor de su santidad, nadie sabía el verdadero nombre del mercenario, y todos le apellidaba á una voz el P. *Me Alegre*.

Sobrenombre piadoso que al andar de pocos años llegó á ser en Sevilla sinónimo y dechado de cristiana paciencia y saludable estímulo de santa conformidad.

Y al paso que, como semilla de bendición, se propagaba el ejemplo y crecía la fama del venerable, aumentaba y ensanchábase en torno á su confesonario el cerco de penitentes y se multiplicaban los avisos á la portería en demanda perpetua del P. *Me Alegre*, de quien solicitaban los novios la bendición nupcial, los padres el bautismo para sus hijos, los moribundos la absolución y el Viático, los enfermos la salud ó la resignación y los atribulados el buen consejo, como si los felices quisieran recibir de su mano la ventura y los infortunados el alivio y medicina de sus males.

Y como no todos los frailes de aquella casa habían de ser santos, ni aun siéndolo dejarían por ello de tener su alma en su almario y sus nervios sensibles, su sangre inflamable y su tanto de dignidad y amor propio, cualidades inherentes á la condición humana, si bien harto moderadas y contenidas bajo el yugo de la obediencia y humildad monásticas, lo cierto era que aquel incesante asedio al confesonario, á la portería y aun á todo el convento en demanda y solicitud continua del P. *Me Alegre* y aquel perenne coro de alabanzas al buen hermanito, tan lego en teología como ayuno de toda suerte de letras humanas y divinas, no halagaba ciertamente á la comunidad, donde había tan reverendos Maestros y tan doctos Presentados.

Además, en opinión de la mayoría de aquellos conventuales, la perdurable jaculatoria del P. *Me Alegre* venía á veces tan fuera de propósito, que antes que prueba de mansedumbre pareciera de falta de caridad, porque aquello de contestar á la nueva de una desgracia con el sacramental *Me alegre...*, ni pizca de gusto que daba á los interesados, pues aunque luego viniere á cohonestarlo todo el *por mejor lo habrá hecho Dios*, el daño estaba ya hecho, y como la carne es flaca, á ninguno le sabía á mieles el que el frailecico se regocijase de su infortunio. Y discurriendo de tal suerte, no faltó quien in-sinuara esta idea: ¡Vaya, que si al Padrecito le ocurriera algún mal, no se alegraría con tantas veras!

Pero Dios, que vela por la inocencia de los justos, permitió un caso que vino á poner de

manifiesto la virtud de su siervo para que se viese palpablemente que no en vano su palabra divina prometió la bienaventuranza á los pobres de espíritu y á los mansos y humildes de corazón.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

II

Sonaba ya la *quedada* de una de las noches de invierno más negras, lluviosas y crudas que conoció Sevilla, cuando llamaron con recias aldadadas á la puerta del Convento de la Merced. Soñoliento y malhumorado acudió el lego portero, arrimando á la mirilla del postigo una linterna, á favor de cuya luz comenzó á examinar al que llegaba.

El cual no se dejó observar despacio, antes con voz alta y destemplada, gritó:

—¡Abra, abra pronto el hermano, no ve que me calo jasta los güesos!

Descorrió el lego los cerrojos, y de improviso, casi arrollándole al entrar, arrojóse á la portería un hombre alto, fornido, moreno, cerrado de patillas y entrecejo y envuelto en ancha capa de grana que chorreaba agua por todos sus pliegues.

—¿Está el P. Me Alegre?—preguntó el recién llegado, sacudiendo casi en la cara del lego el encharcado sombrero cordobés.

Miróle rápidamente el hermano, y conociendo en su traje, desgarro y apostura, la persona arrogante de un majo de los de rumbo, apresúrose á contestar:

—Sí, señor

—Pue yámele de seguía, que er caso aprieta.

—Pero... ¿le parece á usted que estas son horas de...?

—¡Las mejores!—afirmó el bravo.—¡Y al avío, hermano, ajorremo saliva, que los majos no tenemos aguante de frailes!

—¿Podiera decirme el señor majo para qué busca á su Paternidad?

—Es caso de confesión y no *armite* plática ni *saistifaisione*. ¡Y basta, que no he venío á *desaminame!*

Habló el guapo con tan apremiante dureza que el bendito lego, farol en mano, partió á todo correr escaleras arriba.

No se hizo esperar el buen religioso, siempre solícito al llamamiento de las conciencias; antes acudió con tal premura, que hacia la mitad de la escalera cayó violentamente, y tras de rodar más de diez escalones, dió con su cuerpo tan duro golpe en el ancho rellano que, arrojando al desplomarse mortal gemido, vino á quedar inerte y como cadáver á los pies de un crucifijo que allí, en mitad de la blanca pared, se alzaba, y ante el cual lucía perpetuamente una lámpara de plata.

Al sentirle caer y al mirarle inmóvil y como difunto, volvió el lego á subir, y corriendo desalado por los claustros, llamaba á todas las celdas á los gritos de ¡auxilio! ¡socorro!

Atraído por el estrépito de la caída y por las voces del lego, instintiva, inconscientemente, trepó el majo de dos en dos los peldaños de la tendida escalera, y al llegar al descanso, detúvose ante el cuerpo exánime del fraile, á quien la blancura de los hábitos y la palidez del ros-

tro daban toda la apariencia de mármorea estatua yacente.

No era el majo, aunque temerón y rufián, ateo ni indiferente — como no lo era ninguno de sus contemporáneos; — pero ¿qué trágico movimiento determinó en todo su ser el aspecto del inanimado religioso, que súbitamente abatió la cabeza y se quedó como petrificado y sin alma, junto al cuerpo del venerable mercenario?

Exhaló éste un gemido ténue, como el de un niño enfermo, y derramando una mirada opaca y débil, pero llena de celestial caridad, sobre el aterrado *jeque*, tendiéndole ambos brazos como para incorporarse con su ayuda, y exclamó con inefable acento, á punto que, precedidos por el lego, acudían á socorrerle varios frailes:

— ¡Durillo fue el golpe, hermano; apostaría que me quebré las piernas! Pero... ¡Me alegro..., por mejor lo habrá hecho el Señor, sin cuya voluntad no se mueve la hoja en el árbol!

Al oír aquella exclamación de conformidad sublime, los frailes se detuvieron admirados; y el valentón, cayendo de rodillas ante el postrado religioso, cuyo semblante reflejaba su interna bienandanza, rompió á llorar con resoplidos de fiera, exclamando con voz anegada en lágrimas: ¡Padre, Padre, su mersé, que es un santo en la tierra, perdone á este gran pecador! — Y después, bajando la voz, continuó al oído del lastimado sacerdote:

— Padre mío, yo soy el novio de *Saliuta Primores*, la mejó mosa é Seviya, y como su mersé l'aconsejó que no me jablara..., motivao á mi *conduta*, y como eya me dió esta noche con la ventana en la cara... ¿Ve su Paternidá er coló

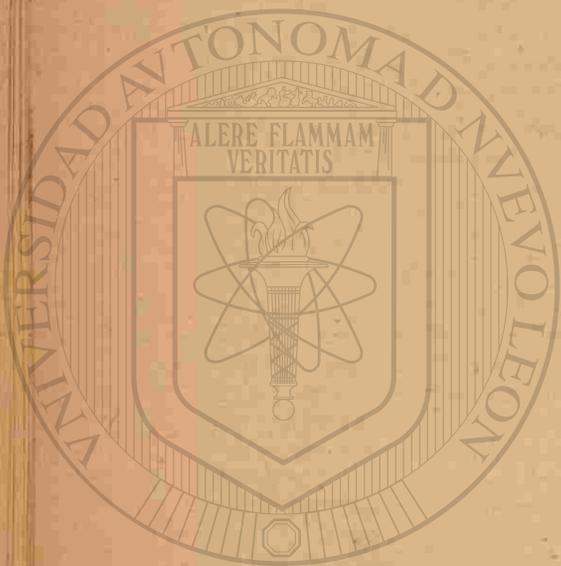
desta capa? ¡po asina veía yo er sielo y la tierra cuando *dende* la reja de *Saliú* vine como un condenaó á *matale* á su mersé, Padre de mi arma...! Pero cuando le ví *amortesio*, como yo no soy un asesino ¡jinojo! toita la fogará se me gorvió nieve; y cuando er sielo jabló po su boca, toa la sangre se me jiso lágrima!

¡Ahí tiene su Reverensia ese mardito jierro, y perdóneme, po la Virgen de los Dolores, si lo meresco entavía! — rugió deshecho en llanto el compungido rufián, arrojando al suelo una navaja de las buenas de Albacete.

Arrodillado el bravo á las plantas del venerable, parecía la fuerza dominada por la santidad. — ¡Que Dios te perdone como yo te perdono, hermano mío! — exclamó el hombre de Dios, absolviendo amorosamente á su vencido enemigo, mientras los frailes le alzaban con grande esfuerzo, porque se había fracturado ambas piernas.

— ¡Lo ven, hermanos míos, como todo lo hace el Señor por nuestro bien? — decía sereno el varón justo á los edificados compañeros que le conducían á su celda. — ¡Mi caída ha servido para redimir un alma!

Desde aquel día nadie volvió á dudar de la santa conformidad del P. *Me Alegro*, el aroma de cuyas virtudes se exhala todavía de la mística flor de la tradición sevillana.



CHELITE

I

Tan hondamente se grabó en mi memoria de niña aquel viaje de Sevilla á Dos Hermanas, que hoy lo revivo con sensación de realidad. Era en Febrero y casi al amanecer, pero la vegetación como de Mayo y la luz como de medio día.

La locomotora resopló fuerte como jayán que jadea al levantar una carga, echó de sus entrañas humareda espesa y vedijosa que corrió rastro enredándose al rodaje férreo; rechinaron cadenas, chocaron topes, cliquetearon chapas y vidrios y arrancó el tren dejando atrás estación, almacenes, material inválido y un largo *mercancías* cargado de traviesas de pino que sangraban fresca savia. Como caballo de sangre lanzóse bufando la máquina por la abierta llanura, limitada por horizontes de suave ondulación bañados en amatista y oro. Ibamos por entre vallados de pitas verdiazules de entonación velazquiana; de vez en cuando, en medio de las pinchudas pencas, ó en los portillos angostos asomaban ya el fiero testuz de brava res

que con valiente mugido retaba al fugitivo tren, ya la airosa cabeza del potro cerrero, cuyo relincho asordaba como clamor de trompeta bélica; cuando la curiosa y riende carilla de una andalucita rural, ó el fresco y tumultuoso grupo de espeluzcados angelones murillicos, ó las tíasas orejas y la grave cabezota del *sentido* mastín cortijero, que así variaban los curiosos de la cerca, según que fuese dehesa, cortijo ó huertezuelo pobre lo cercado.

Más allá de estos idílicos primeros términos, arboledas, baldíos ó trigales no eran sino recuadros pajizos, sienosos, cenicientos ó verdes que se esfumaban en la lejanía; brochazos de varias y ricas entonaciones que manchaban las márgenes del gran cuadro, como si la Mano suprema hubiérase gozado en probar por aquellos límpidos horizontes los pinceles empapados en iris.

Empezaba á embriagarme con la luz, la belleza y la fragancia de vida de aquellos campos edénicos, cuando el silbar de la máquina y la parada en seco del tren me advirtieron de la llegada á Dos Hermanas.

En el andén nos aguardaba Ana—la capataza de cierta deliciosa *Alquería*, digno retiro de un matrimonio de poetas,—una mujer vieja, alta, flaquísima, apergaminada y curtida por años y soles, pero cuyos reidores ojos andaluces y cuya boca fresca en la aridez del rostro, revelaban la joven lozanía de una alma buena.

—Bien venías, zeñoritas—saludó ella.

—Buenos días, Ana; ¿cómo va por allá?

—La *Arquería* como una masetita é *arbajaca*, mi *Chelite* tan regtieno—fuera está,—Varme

jecha una rosa, Manué como un jastiá, Bastiániyo y Antonio mú *embarnesío*; pero mi *Osé*... ¿no saben usté lo que habemo pasao hogaño?

—Sabemos que se fué á la guerra del Norte.

—¡El arma mía! Me lo yevaron, contra ley é Dio, ezo hereje, que l'agelito no tenía chicha ni pa alevantá un papeliyo é sigarro. Enfermo estaba, lastimaito der corasón *en deje* que nació é l'inosente, y eso iscarriote me lo dieron por úti, y me lo yevaron al moriero como un corderito. ¿Y qué había é pasá, ¡zeñoritas é mi vía!, sino que en cuantito que er chavá jiso una marcha, se le jincharon la mano y lo pie y al espitá é Madrí me lo yevaron jechesito un *Derschomo*? ¡Grasia á la güena arma de un sagentó que se lo escribió á mi *Chelite*! Es desí, *Chelite* no sabe é letra, pero er cura le declaró lo que venía en la carta, que era la conformiá en que estaba mi *Osé*. ¿Pa qué le digo que sabélo y vendé jata er resueyo y salí mi *Chelite* volando pa ayá, fue to como la lu de pronto, pa qué ze lo digo, si la zeñora que é madre—á la mía—sabe lo que son estos querere de hijos? Y esta noche llegan, considere la zeñorita cómo tendré er corasón d'arborotao y d'encogío ar memento. Cuantimá que mañana al arba se mo casa mi Varme. ¡Así estoy yo de contenta, de rendía, de triste y de sobresartá, que paese que m'han dao argün bebeiso jechisao!

—¡Válgame Dios, á mala hora venimos!

—¡Ca no, zeñorita, á la mejó! Si tenemo la casa jecha uno sole pa la do fiestas que s'ajuntan, la güerta é mi niño y la boa é mi Varme, ¡le paese á usté poco!

II

Al final de la larga calle de ingreso, orillada de chopos desnudos y geránios acaramelados por la escarcha, volviendo á la izquierda, estaba la casita del capataz apostada como centinela entre el jardín y el camino de la cantera. Delante de la entrada principal retorciase, agarrado á verde empalizada, el negro esqueleto de una parra, que en verano corría su follaje sobre puertas y ventanas, como mano que la casa extendiera ante sus ojos para librarlos del sol.

Dentro, en la gran estancia común, que es allí cocina, comedor y recibimiento juntamente, ardía la chimenea abarrotada de leña y entraba á ríos la deslumbrante luz andaluza por las puertas de las habitaciones circundantes, que tenían todos sus huecos abiertos de par en par: por todas aquellas bocas tragaba la casa aire, sol, vida y esfluvios campesinos; por las puertas y ventanas delanteras entrábanse penetrantes y sutiles los aromas de flores de invernadero, con los de naranjos, magnolias y eucaliptus recién regados, y por la puerta y ventanas zagueras, desde el corral á campo abierto, en que se lavaba la ropa y se amasaba el pan, colábanse de rondón los acres olores rústicos cargados de vida, el vaho de la vecina cuadra, el olor á la ropa que hervía en la gran caldera de lejía, el tufillo animal de cabras, perros y gallinas que allí amigablemente convivían, y el intenso perfume silvestre de mirtos, adelfas y

zarzamoras que se enredaban por las pitas del vallado límite entre la *Alquería* y la cantera tajada al haz de la finca.

—¡Qué *sanlagarda*, zeñorita, eh!—dijo saludándonos Valme, una moza bajita, redonda, lozana y rojimorena, como membrillo serrano, que llevaba la falda arrollada á la cintura, el refajo encarnado chorreando agua de aljofifar, el frondoso pelo rociado de polvo, y nos miraba con los negrísimos ojos chispeantes de júbilo y sobresalto.

—¡Ay!—suspiró, recogiendo cubo y aljofifa— ¡pero qué retecansá y qué retecontenta estoy, Vinge der Varmel! Hoy llega mi *Oselto*, mañana... mo jechan la bendiciones á Curro y á mí... ¡Jui, qué mieo, qué jormiguillo y qué alegría! Y entre avergonzada y borracha de gozo, se alejó gorjeando una seguidilla.

III

Quieras ó no, tuvimos que quedarnos á presenciar la vuelta de *Osé* y el festejo de la boda de Valme.

¡Qué alegría, qué rebullicio, que revuelos por toda la casa, á medida que se acercaba la tarde! Oíase por las alcobas chapoteo de lavatorios, chirriar de cerraduras de arcas ó baúles; y á un lado, crujir de enaguas almidonadas, al otro, reniegos de mozos apresurados que se disputaban el sitio ó las prendas majas para vestirse de ceremonia.

Por fin, salieron Manuel y Antonio, luciendo los marselleses de fiesta, las fajas nuevas y los

paveros con barbuquejo de lazo; salió Bastianillo con su chaqueta torera al hombro y su camisa como nieve; apareció señá Ana con la saya de merino y la mantilla de tira que lució en su boda, puesta á modo de chal, y por último, Valme crujendo faralares almidonados y envuelta en la ola roja del pañolón de Manila.

A todo esto iban llegando los *invitados*; *Rubete* y *Botija*, panaderos del vecino Alcalá de Guadaíra, pelimazorca el uno, chiquitín y barrigudo el otro, para justificación de sus alias; el señó Joaquín, *er gigante*, á quien había que hablar con escalera, y *er Pelao*, irónico mote de otro ganso que llevaba la greña hasta los ojos; el señó Vélez, el factor, tipo mixto de patán y empleado ferroviario, hombre cilíndrico y mostoso como un tonel, activo cuanto le permitían sus sebáceas carnes, alegre como una pandereta y buenazo y cariñosote como *Artillero*, el mastín de la *Alquería*, que de una caricia tumbaba á un gañán.

En fin, que ya no se cabía en la casa, cuando próxima la hora de la llegada del tren, y mientras señá Ana despabilaba la candela y cuidaba del substancioso puchero de gallina y de todos los regalos y golosinas que preparaba al hijo enfermo, decidióse que la gente joven—en la que entrábamos los niños—bajase á la estación á recibir á los viajeros.

Corriendo y chillando llegamos á ella mozos y chiquillos; tomó Vélez banderola, cuerno y campanilla, y plantóse al extremo del andén, á punto que silbando y humarajeando asomaba por el camino de Sevilla el *mixto* que iba á Cádiz. Paróse de pronto, corrió el grupo

voceando hacia los coches de tercera, y saltó á tierra *Chelite* solo y envuelto en la manta jerezana que había llevado para abrigar á su hijo. Un grito desgarrador y un estallido de llanto de Valme acogieron al capataz, que se plantó en seco, y mirándola cara á cara, dijole en voz firme y dura: ¡Mardito san lo chiyío é la jembra, capá d'ablandáale lo reaño á un león, cuantimá á un hombre! ¿A qué santo viene er yoriqueo?—¡Mi hermano, mi hermano de mi arma!—lloró Valme á gritos.—Tu hermano ya vendrá cuando puá sé; ¡tan y mientras te caya la boca, y como errames una lágrima elante tu mare, te va á acordar é mí!

Habló el capataz tan concluyentemente, que no hubo quien chistase después de él. Tragóse Valme las lágrimas, y mientras Vélez y las muchachas que la rodeaban le daban de beber y trataban de serenarla, emprendimos todos, mustios y perplejos, la vuelta de la *Alquería*.

A la puerta de la finca estaba la madre con los brazos abiertos para recibir en ellos á su hijo; y como ya anohecía, al ver á un hombre que, embozado en la manta destinada á su *Osé*, acercábase á ella, estrechóle con loca alegría contra su corazón. Entonces el palurdo de *Chelite* tuvo uno de aquellos rasgos de ternura tan frecuentes en él, y dijo suavemente al oído de su esposa:—¡No te asustes, *Aniquita* mía, soy yo, pero nuestro niño vendrá pronto, yó lo he visto!...—No pudo seguir; un grito trágico de Ana, que cayó exánime á sus pies, le cortó el relato.

Alzóla él ágilmente y la llevó en sus brazos hasta la casa, donde amorosamente la depositó junto al vivificante fuego de la chimenea, en-

volviéndola cuidadoso en la manta destinada al hijo. Y con tales palabras, desvelos y atenciones como de madre, asistió y confortó aquel bruto á su mujer, que la cuitada comenzó á reanimarse; en sus negros ojos rayó un albor de esperanza, y con el ansioso mirar interrogó á su marido de un modo que él comprendió demasiado.

—¿Qué?—le preguntó mimosamente, como si se dirigiese á un niño.—Sí, ya yo sé lo que tú quiere y estos amigos tamié; que les cuente tó, toito lo que he visto, y cómo estaba mi *Osésétera*, *sétera*. ¡Pó qué má estaba yo queriendo!—exclamó, animándose por grados; y restregándose nerviosamente una mano contra la otra, se plantó frente á la alegre fogata de la chimenea, sacó de la ancha faja yesca y eslabón, encendió un pitillo, y echando humo, carraspeando, gañendo y pateando el suelo con las altas bôtas de vaca, tomó fuerzas, entró en calor, templó las cuerdas de su pintoresca y fogosa oratoria intranscribible y comenzó á hablar, hablar sin tino, sin medida, sin rienda, como máquina desatada, como reloj descompuesto, como locomotora á todo vapor. Era un palabreo febril, hervoroso, torrencial, que atraía y perturbaba al mismo tiempo; un relato interesante, animadísimo, chistoso, que sin saber por qué, apenaba y oprimía el corazón.

Chelite—la lengua andaluza creó este diminutivo de Joselito—érase un hombre cincuentón, pero fuerte como un roble, lozano y de frescas y rosadas carnes, chiquísimo de estatura, pero bien proporcionado y erguido; de firme perfil clásico, miniaturesco rostro rasura-

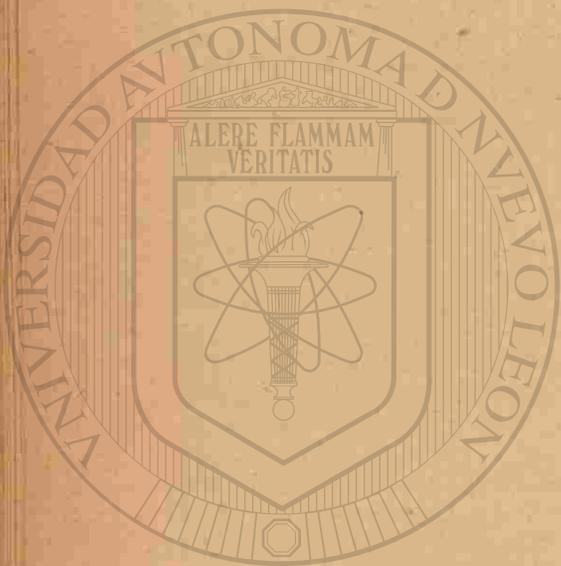
do y mechón caído por la frente, todo lo cual le daba acentuadísima semejanza con el *Capitán del siglo*; era como un *Napoleoncito* de barro vestido á lo rústico y traducido al andaluz.

¡Qué cosas nos dijo! ¿Cómo transcribir ni aproximadamente el relato de su peregrinación por Madrid en busca de su hijo? ¿Cómo dar idea ni aun remota de la impresión que en aquel campesino hicieron nuestra capital, sus calles y sus casas?

Para describir una de éstas, la que habitaba el médico del hospital—decía, vuelto á sus estupefactos oyentes:—¡Una casa é Madrid!... vusotros ¡brutos! no sabéis lo que es eso; ni yo ¡bestia é mí, tampoco lo sabía! Suponerse la casa é lo zeñore—de la alquería,—la Estación del *cerro-carri*, la casa der cura y la iglesia puestas una sobre otra, ¡y entavía es ma jarta una casa é Madrid!—Aquí los berridos y admiraciones interrumpían al orador.—Yego á la portería—continuaba,—una *juronera* negra como boca é lobo, donde vive la gente *enchique-rá*; y á to esto yo sin jerramienta—navaja,—gueno, po yego y, á grito pelao, porque ayí como jablan chapurrao no le entienden á uno, digo: ¿er zeño meico del espitá?—Zuba usté p'arriba, me ise una vo salía é loj profundo, y *agarro* y zubo y yamo á una puerta y endirgo mi relación y me zafen isiendo po una rejija como d'un confesionario: zuba usté p'arriba ¿Sí? digo yo, po lo que é ahora no me lo isen más; y zubo, zubo, zubo... ¡Cabayero, majarto que la Girarda! Y me topo con un carpintero, le largo mi pregunta y me contesta mu formá: baje usté pa abajo. ¡Vamo! ¿No era

pa matale? Yego, por fin, en ca er meico, un zeño mu tieso, mu espetao, mu fingío, que lo mesmo se le importa el espítá que er moro Musa. ¡Lo que yo le pedriqué á aquel hombre pa que me dejase zacá á mi niño, María Santísima! Pero ¡qué! ni verlo quería dejame. Jasta que ar cabo y finiquito—Ana, escucha esto,— ¡voy y me planto elantito d'er en esta *manufatura!*—Y el buen hombre se dejó caer de rodillas y con los brazos en cruz delante de la chimenea. Aquí mi madre y yo estuvimos á punto de soltar la carcajada; pero no la soltamos, porque la cara de *Chelite*, bañada por la roja luz de las llamas, tenía una expresión de angustia y dolor que arrancaba lágrimas. Contó después el capataz la entrevista con su hijo en el hospital, pintó la carita del enfermo *blanca, blanca, como las primeras rositas de Mayo*, y dijole á la madre todas las ternezas que para ella le encargó *er cordero*. Aquí me pareció que la voz del hombre enronquecía y se enturbiaba, sin duda por cansancio del larguísimo hablar. Cuando, al fin, calló; agotado, ronco, sofocadísimo, la cara de *Aniquita* expresaba estupor extraño; diríase que tenía miedo á creer y horror á dudar del relato de su marido; pero la fatiga del agitado día, el embate de tan violentas emociones teníanla tan postrada, que fácilmente logró *Chelite* convencerla de que debía recogerse: lleváronse á acostar entre Valme y otras muchachas, y cuando *Chelite* oyó cerrar la puerta de la alcoba, atrajo á sí á su hijo Manuel, clavó la cabeza en el pecho del mocetón, y sollozando queda, comprimidamente, gimió:—¡Hijo de mi arma, mi

Osé es muerto, entre los braso se me queó como dormío; po no darle á tu mare la puñalá de gorpe, he jecho esa comedia; pero cuando no me ajogó la pena, de puro jierro tengo el corasón!—Y rompió á llorar como un niño.



LA SAETA

I

Felipe Sidonia era un pintor de la estirpe de los Jiménez Aranda, García Ramos y Villegas, de Sevilla. Como ellos, tomó lecciones del suave y tímido Cano, más grande en sus discípulos que en sus obras; pero entre aquella pléyade de maravillosos artistas se distinguía Sidonia por dos personalísimas cualidades: su espiritualismo, casi beatífico, y el esplendor y verdad con que reproducía la luz; era, sobre todo, un prodigioso *luminista*, con lo que no hay que decir si sería colorista, ya que en pintura la luz y el color son inseparables.

La retina de Felipe Sidonia estaba hecha como la de las águilas, para mirar al sol; y viviendo en Sevilla no necesitaba, como el pintor ideado por los Goncourt, irse á buscar singularidades cromáticas ante los escaparates de mineralogía. Para enriquecer y caldear su paleta bastábale con tener ojos, pues donde quiera que allí se vuelven, donde quiera que cae el caliente raudal de la luz sevillana, saltan estrellas, vibran iris y esplenden aureolas, así sea en los vi-

drios del balconaje, que al moverse relampagueando bordan de estrías y redes luminosas las blancas paredes donde tan firmes se recortan las sombras y tan nítidas y transparentes se proyectan y entrecortan penumbras y reverberaciones, ó en los ricos azulejos mudéjares de esmalte metálico, ó en las cajas charoladas de los coches que centellean al pasar, ó en las chapas, armas y trompetería del regimiento que marcha deslumbrando, ó en las aguas del Guadalquivir que refulgen como lamas de fuego, ó en los altos ventanales de la Catedral, donde finge el ocaño incendios de fragua ó igniciones volcánicas y maravillosas.

Y como además de colorista era Sidonia tan poeta, soñador é impresionable, ¡qué tesoros de emoción y de inspiraciones hallaba en las costumbres y fiestas andaluzas, en los toros, *tientas*, romerías, *veladas*, bailes y ferias, y sobre todo en las procesiones, en las incomparables *cofradías* sevillanas.

De éstas, le entusiasmaban dos momentos llenos de indecible poesía; la entrada de *pasos* y *nazarenos* en la Catedral al anochecer, y el tránsito de la Virgen de la Esperanza por las calles á punto de romper el alba. Quien no llora en esos momentos, no es sevillano; y quien en ellos no se emociona hasta la médula, no es artista. Mas para sentir, para conmoverse como se conmovía Sidonia, preciso es tener un organismo como el suyo accesible á las sensaciones más exquisitas, abierto á los más altos ideales, llevar en los nervios y en el alma el *eterno femenino* que caracteriza á los artistas de la raza rafaélica.

II

Pero donde el genio meridional y apasionado de Sidonia desplegó del todo sus alas espléndidas de colorista bañadas en iris y tendidas hacia lo infinito como las de los arcángeles orientales, fue en Italia.

Las tradiciones y los vestigios eternos de Roma, los dos mundos de arte que se columbran desde las ruinas clásicas del Foro y desde el interior de las basílicas orientales; el alba mística del prerrafaelismo y la roja aurora del Renacimiento bañando sucesivamente los nitidos horizontes de Florencia; el voluptuoso paganismo de Nápoles; el áureo bizantinismo y la irisada atmósfera de Venecia, madre del color... la visión esplendorosa de Italia arrebató en éxtasis y abrasó en entusiasmo el alma de Sidonia pura y nueva, como la del Adán genesiaco. Sólo algunos párrafos de las cartas que *per sfogarsi*, según su expresión, escribía á su padre, nos darán idea de aquel deslumbramiento.

“Desde que estoy aquí—escribía de Roma—me parece más grande la humanidad; creo que yo mismo he crecido, se me han ensanchado todos los horizontes, estoy enfermo de admirar.” Y en otra carta de Florencia decía: “En Italia no se respira aire, sino inspiración. Yo no sabía lo que eran líneas antes de ver los mármoles del Vaticano; yo ignoraba qué fuera belleza, hasta que he conocido á Rafael; yo ni sospechaba al genio, hasta que me he sentido *aplastado* delante de Miguel Angel. ¿Y el color? Padre, estas

gentes tienen el arco iris metido en la retina."

Allí, en Florencia, se enamoró Sidonia fanáticamente del misticismo de los prerrafaelistas, y empenóse en infundir á la perfecta forma del de Urbino el alma ascética de Fra Angélico. Y como se pasase las horas en adoración ante los frescos ó las tablas del sublime dominicano, sus compañeros de pensión dieron en llamarle *Fra Filippo* y el *Beato Sidonia*. De aquella estancia suya en la capital del Renacimiento, datan sus primeros triunfos. Allí comenzó su admirable serie *Las mujeres del Evangelio*. ¿Quién no recuerda el escándalo de gloria que produjo en París su maravillosa *Berenice*, adquirida á peso de oro por cierto millonario yanqui?

Pero allí empezó para el gran artista la época del trabajo encarnizado, de las embriagueces neurósicas, de los éxtasis epilépticos que depuran al genio y matan al hombre. Para prepararse á realizar la última figura de su serie, *María*, la madre de Jesús, pues ya tenía terminadas las otras Marías evangélicas, se fue á Palestina, y recibida la impresión del ambiente, la luz y las memorias de Jerusalén y de Nazareth, volvióse á Florencia á inspirarse en las celestiales *madonnas* del de Fiésolo.

Bósquejada tenía ya la cabeza divina, cuando escribió á su padre una carta incoherente y extraña, en que á vuelta de algunas cosas ininteligibles, le decía: "Padre, desde que he probado la gloria, se me ha centuplicado el sér. ¡Ahora sí que vivo! Pero vivo tanto, tan intensa y desatadamente, que á veces creo que esto no puede durar. ¡Acaso en nuestro rompedizo barro humano no caben las cosas grandes é inmortales!"

III

Poco tiempo después acaeció la catástrofe. Tras de varias semanas de fiebre, alucinaciones y terrores, Felipe amaneció un día sin luz en la mirada ni en el cerebro; el torrente con tantos bríos desbordado, se agotó de pronto; nuestro grande artista habíase quedado mudo, insensible, imbécil, paralítico del alma, ¡peor que muerto!

Así lo decía el mísero padre que acudió desolado á Florencia, llorando inconsolable ante aquel frío simulacro de su hijo. El bueno de D. Lorenzo Sidonia, tan lego, tan profano al arte, sabía en cambio sentirle y admirarle religiosa y supersticiosamente. Así, cuando el sin ventura vió los lienzos magistrales de su Felipe, no pudo menos de arrodillarse delante de ellos y besarlos como á reliquias venerandas. Presente estaba Felipe, y con los ojos cristalinos y fijos parecía ver la escena dolorosa; pero no dió la menor señal de conmoverse ni de enterarse siquiera.

Entonces el triste padre, comprendiendo que algo había roto ó atrofiado en aquel admirable cerebro, puso toda su esperanza en la ciencia; y vendidos á buen precio los cuadros de su hijo, emprendió con él largo y penoso viaje por Europa, en busca de un médico que acertase á despertar aquella inteligencia. Pero, ¿conocen acaso los médicos los secretos de la *célula psíquica*, el punto en que el alma se enlaza con la materia?

IV

Harto de correr mundo, gastar dinero y ensayar sistemas inútiles, volvióse D. Lorenzo á Sevilla con su malogrado hijo, asegurando que si el aire y el sol de aquella bendita tierra no curaban á Felipe, menos habian de curarle con sus latinajos y duchas los sabiondos extranjeros.

Mas en vano respiraba Sidonia el aire nativo; en vano le llevaban á la orilla del río, á la catedral, á todos aquellos sitios queridos en que despertó al arte y á la vida; su inteligencia continuaba dormida, apagada, inaccesible á todo estímulo. No habia ni vislumbre de salvación, ni aun de alivio, cuando un día dijo D. Lorenzo á los fraternales amigos del pintor, que no se apartaban de su lado:

—Hijos míos, se acerca la Semana Santa; ya sabéis cuánto impresionaban á nuestro pobre enfermo las cofradías, y sobre todas la de la Virgen de la Esperanza. En esta Señora he puesto yo toda la mía; ayudadme á intentar un último recurso. Quiero llevar á Felipe al mismo sitio en que él veía pasar la Virgen á punto de amanecer. Esa salida á tal hora, el aire de la madrugada, el lugar, el espectáculo... Todo producirá un cambio brusco en la vida metódica del paciente; será como una ducha moral, una impresión violenta.

—Pero, D. Lorenzo—objetó uno de los amigos,—eso es peligrosísimo; pudiera determinar...

—¡Qué!, ¿la eterna amenaza de los médicos, la pérdida de la razón? ¡Más perdida que la tiene! No intenten ustedes disuadirme; estoy resuelto; si esto no le salva... ¡echémonos á morir!

V

Llegó la noche del Jueves Santo, clara, serena, pero ligeramente húmeda, un poco fría. Cerca ya de las cuatro de la madrugada, el padre y los amigos de Felipe, emocionados, temblorosos como si preparasen un duelo á muerte, abrigaron al enfermo, subiéronle el cuello del gabán, y asido de ambos brazos por su padre y por cierto célebre paisajista, y escoltado por otros tres cordialísimos amigos, lleváronselo á lento andar hacia el sitio consabido, una esquina de la calle de Génova.

Clareaba ya tenuemente y comenzaban á destacarse por obscuro las masas de los edificios sobre el tibio verdiazul del cielo; con el aire húmedo y vivo del amanecer, temblaba Felipe levemente y sacudía los brazos entre los de sus conductores.

Apretada muchedumbre silenciosa macizaba el centro de la plaza de San Francisco, y bordeaba, culebreando, las aceras de la calle de Génova, cuando en su esquina derecha, frente al arco plateresco del Ayuntamiento, detúvose nuestro grupo, á tiempo que por la calle de las Sierpes asomaban las primeras luces de la célebre cofradía de San Gil.

D. Lorenzo y sus amigos sintieron la punzan-

10443

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS Y MUSEOS
 ALFONSO CASTELLANOS
 MONTERREY, MEXICO

te sensación de lo inminente. El desenlace de aquel drama, dicha, tragedia, ó glacial decepción se acercaba, estaba allí, venía andando hacia ellos.

Y comenzó el desfile; pasó la Cruz, los *nazarinos*, el primer *paso*, el *prendimiento de Cristo*, sin que se oyese música, ni voces, ni otro rumor que el resollar contenido de la muchedumbre. A la luz de los cirios que los penitentes llevaban en alto, la cara de Felipe aparecía pálida, afilada, alteradísima por el insomnio y el influjo de la madrugada. La inquietud de D. Lorenzo y los amigos crecía por momentos, mientras por la plaza acercábase un foco esplendoroso de luces y reflejos dorados, plateados, blancos, opalinos: el *paso* de la Virgen.

—¡Madre mía de la Esperanza, sálmelo!— gimió D. Lorenzo rompiendo á llorar ruidosamente.

Y como Felipe se estremecía convulso y su palidez se hacía cadavérica,

—¡Vámonos!—ordenó el paisajista.

—¡Espera!—rogó el padre.

Como astro que surca la noche, el *paso* de la Virgen vogaba luminoso sobre la viva marea del gentío; se acercaba. Todas las cabezas se bañaban en luz al volverse hacia la Madre Dolorosa. En esto despuntaba el día. Una mozueta de apenas quince años, envuelta en un mantón azul celeste sobre el cual le flotaban á la espalda las negras trenzas, destacóse de la muchedumbre, avanzó hacia el *paso* y su voz ametalada, nítida, angelical como la de los *seises*, rompió el silencio solemne del amanecer entonando con inflexiones virginales, cristalinas, llorosas,

intranscribibles, la penetrante y patética *saeta*.

A las primeras notas el semblante de Felipe se alteró, sus músculos faciales se contrajeron con tirantez dolorosa, temblaron sus labios, pestañeó nerviosamente como si viva luz hiriese de improviso sus ojos. D. Lorenzo juntó las manos en súplica suprema. El *paso* llegaba, y al empezar la niña el tercer verso de su cantar suspirante, la oleada de luz, de incienso, y aroma de rosas que cercaba á la imagen envolvió el dramático grupo de los Sidonias. Por los sentidos anestesiados del pintor circularon corrientes vivas y ascendieron hasta su cerebro olores, notas, reflejos sugestivos y evocadores tan intensos que alcanzaron á despertar recuerdos, sensaciones, ternezas... El hielo estaba roto: los ojos de Felipe se llenaron de lágrimas, llevóse ambas manos al corazón y cayó de rodillas, sollozando como si volviese de un sueño: "¡Ah, la Virgen... la Virgen, mi cabeza soñada; ya... ya la veo! ¡Madre mía!

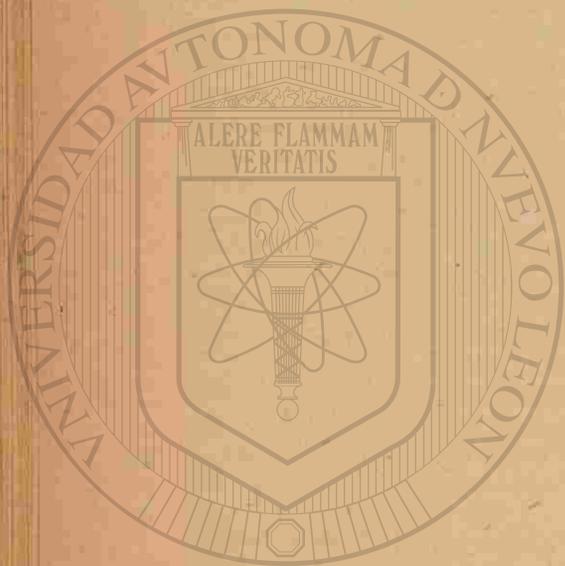
La primera idea al recobrar la razón empalmóse con la última que tuvo antes de perderla: su cuadro, su esbozada cabeza de *Maria*.

—¡La Virgen le ha salvado!—gritó loco de júbilo D. Lorenzo.

—¡Viva la Virgen de la Esperanza!—clamó arrebatada de fervor la gente que había presenciado la escena.

—¡Viva!—tronaron transidos de entusiasmo los macarenos, frenéticos por su Patrona.

Y mientras la Virgen seguía entre delirantes aclamaciones su carrera triunfal, Sidonia, su padre y sus amigos, lloraban de rodillas en la esquina de la calle.



MORENO, EL DE ZALAMEA

I

A Gonzalo Bilbao (*).

En el sosegado curso de aquella metódica é inalterable vida de la casa de mis abuelos, donde por mitad imperaban el más estrecho orden y observancia religiosa, casi monástica, y la más rigurosa etiqueta, produciase de vez en cuando una brusca y enorme desviación, un cambio tan insólito é increíble, como si la casa se volcase de improviso, techo abajo y cimientos arriba.

Era el caso, que en aquella ordenadísima y pulcra mesa del comedor de mis abuelos, donde por altos respetos á las reglas de urbanidad y á la blancura de los manteles no se nos consentía á los niños, no ya comer con los mayores,

(*) Al ilustrar—para la revista *Hispania*, en que se publicó—el presente relato el lápiz del insigne autor de *La siega*, hizo una verdadera creación de la figura del protagonista; á Gonzalo Bilbao pertenece, pues, de derecho *Moreno el de Zalamea*.

pero ni poner las manos pecadoras, que solían escarbar en la tierra de las macetas y acariciar á los gatos; en aquella misma inaccesible y veneranda mesa, regalábase con frecuencia un rústico, un campesino, un patán—¡así como suena!,—el cual, tan pronto como sentaba las valientes y peludas zarpas sobre los manteles, daba al traste con la blancura de ellos y con todas las pragmáticas de urbanidad y buena crianza habidas y por haber.

Y esta singular perturbación del orden doméstico fue sin duda el motivo de que en mi imaginación infantil se grabase con trazos indelebles la imagen vigorosa del perturbador; porque empeñada mi curiosidad en buscar en su rústica persona cualidades que justificasen el inusitado honor que mis parientes le otorgaban, díme á estudiar y á desmenuzar con los ojos tan insistentemente aquella figura, que me la aprendí de memoria, y con tal ahínco, que en la memoria la tengo y la tendré siempre esculpida en alto relieve, como en el más duro bronce.

Desde que al apearse del sardesco macho, que arrendaba á los hierros de una ventana baja, tiraba enérgicamente de la campanilla de la *reja*, vibraba la casa con el alborozo, ruido y animación que por toda ella, difundía su presencia. Al cruzar el patio, las escaleras falsas y ambas cocinas (baja y alta), iba derramando su largueza y jovialidad en cigarros para el mozo y en saludos y piropos, de buena ley, repartidos entre las sirvientas estables y las *allegadizas*, que tanto abundaban en aquella patriarcal vivienda andaluza.

Cuando su voluminosa persona y adherentes *atracaban* á la puerta del comedor, que era estrecha y baja, nos quedábamos á obscuras los de adentro.

—¡Dios guarde á ustedes!—saludaba el rústico desalojándose bruscamente de las alforjas, del capote y del fieltro, y entregando á la doncella el acostumbrado regalito, consistente, según la estación, en un puchero de sabroso *dulce de vendimia* (arrope), ó en una cesta de almiarados *damascos* (albaricoques), ó de ambarinas uvas cubiertas con anchas hojas de parra ó de higuera que, caldeadas por el sol, trascendían á savia fresca, con cuyo aroma y con el intenso de la fruta sazónada y el humillo á caballeriza que la montura comunicaba al jinete, llenábase la pulera estancia de acres emanaciones campestres, á las cuales se sumaba desagradablemente el tufo al humazo de tabaco de que estaban impregnadas las ropas de Moreno, que así se apellidaba nuestro honrado huésped.

El cual, una vez libre del capotón y del sombrero, mostraba haber sido todo *un real mozo*—porque ya pasaba de los cincuenta,—y ser todavía colorado y sano, como pero rondón, limpio como el oro, derecho como un huso, recio como una encina y arrogante como un atleta.

Tenía el magnífico y robusto tipo romano; cabeza pequeña, soberanamente plantada sobre torso agigantado y brioso. Y de su alma rebosaban la misma buena salud, placidez y hermosura que resplandecían en su cuerpo.

Era digno compatriota del más admirable de

los personajes calderonianos, y por serlo, le apellidábamos invariablemente *Moreno*, el de *Zalamea*, sin que llegase nunca á mi noticia su nombre de pila.

—¿Con que paisano del *Alcalde de Zalamea*, eh?—preguntóle un día mi padre en tono halagüeño, y el buen hombre respondió candorosamente:

—No zeñó; hogaño l'arcarde é foraztero.

Ni sospechaba la existencia de *Pedro Crespo*, y sin embargo ¡se le parecía tanto! Mientras almorzaba, engullendo el par de huevos con chorizos, ó sorbiendo del tazón de café con leche, no cesaba de hablar de *aransás*, de olivos ó de *pan llevar*, de *garrotales* ó *estacás*, de la *simentera*, de la *cogia* y la molienda, del *ajorro* y del atraso, de la *contribución*, del *cabirido* (ayuntamiento), de *hipotecas*, *pagarés* y *desahucios*, con otras cosas de ese jaez, que para nosotros, los niños, era letra muerta y monserga insoportable.

Pero al andar de los años y al despertar de la reflexión, fui yo advirtiendo en el buen Moreno cualidades que, poco á poco, me iban explicando la honrosa acogida que le dispensaban mis mayores.

Había en las groseras delicadezas—no hallo expresión más cabal,—en el rumboso desprendimiento, en la pura jovialidad, en el sano y comedido lenguaje, en la bizarra apostura, en el justo y recto pensar y en el siempre hidalgo proceder de aquel palurdo, una levadura tan fuerte y tan castiza de nobleza y caballerosidad, una tan alta distinción, aristocracia y señorío del alma, que rústico y todo, ga-

nas daban de vestirle una toga ó de colgarle una excelencia.

Nada, que aquel hombre parecía vaciado en la misma turquesa que el insigne *Pedro Crespo*. ¡Y hartó lo demostró!

II

Los viajes de Moreno á Sevilla no guardaban periodicidad alguna, si no era en los dos términos críticos del año económico-rural, *por San Juan* y *por San Miguel*, en los cuales su llegada era fija, como la del sol en cada día.

Desde tiempo inmemorial, tenía el buen hombre en arrendamiento una casa, un olivar y un molino aceitero, propiedad todo ello de una tía nuestra; y en ambas fechas iba infaliblemente, bien á liquidar los alquileres, bien á pedir ó satisfacer algún adelanto, de los que para ayuda de la siembra ó de la recolección, de muy buena gana le facilitaba mi familia.

Fuera de aquellas épocas, sus visitas no la tenían determinada, si bien solían ser numerosas, por serlo los asuntos que le llevaban á Sevilla.

Pero el año á que me refiero, llegó el día de San Juan, y Moreno, por la primera vez, no acudió á casa de mis abuelos.

—¡Es extraño! ¿Estará enfermo? Acaso el desembolso que hizo para redimir á su hijo de las quintas le tiene alcanzado de fondos, y como es él tan caballero, no pudiendo pagar, no se atreve á presentarse.—Pensó mi familia, y temerosa de que se atribuyese á impaciencia

interesada el cuidado afectuoso, no intentó inquirir inmediatamente la causa de aquella ausencia.

Peró transecurrió un mes y otro, llegó San Miguel y tampoco apareció Moreno. Entonces, ya la inquietud de mis parientes subió de punto. Escribieron á Zalamea y no obtuvieron contestación. Preguntaron al aperador del cortijo que unos amigos nuestros tenían en aquel pueblo, y ese respondió que Moreno había estado gravemente enfermo, que tenía grandes penas—no quiso expresar cuáles fuesen;—pero que á pesar de todo ello, sabía por él mismo que no tardaría en parecer por Sevilla.

Y en efecto, una mañana, de las últimas de aquel otoño, y sin que previamente le anunciase el alegre campanillazo y los bulliciosos saludos de costumbre, apareció Moreno, sin alforjas, ni capote, ni regalo, y casi sin alientos y sin voz, á la puerta del comedor de casa.

Saludó apresuradamente, disculpóse como pudo de la falta del obligado obsequio, arrojó á un rincón el ancho *pavero* y se dejó caer en la silla que acostumbraba á ocupar frontera de la puerta. Cuando al darle de lleno la luz pudimos ver su horrible demacración y rápido envejecimiento, fácilmente adivinamos que el mal que le acababa, más que en el cuerpo, debía residir en el espíritu.

Para disimular la mala impresión, todos preguntámos simultáneamente: —¿Qué ha sido eso? —¿Cómo no ha venido usted?

—¡Mirenme á la cara, zeñore!—contestó el labriego amargamente. Y cierto que su aspecto respondía por él con tan dolorosa elocuencia,

que nadie se atrevió á articular palabra. Entonces Moreno, dirigiéndose á mi tía, cuyo inquilino era, sacó de la faja unos billetes de Banco, diciendo:

—¡Ante todo, la obligación religiosa!—y entregó, casi por fuerza, los billetes á mi conmovida parienta, que no osaba recibirlos antes de conocer la situación del fidelísimo arrendatario.

—¡Ahora—suspiró éste,—gracias á Dios, ya nada debo, ma que mi cuerpo á la tierra que lo *yama* y mi arma ar Señor que la crió!

—¿Se acuerdan usted, zeñore—prosiguió rehaciéndose,—cuánto me costó *desidime* á redimir *ar niño* de la quinta? Po su mare lo jise, que no debiera, y mi corazón que es mú leá m'avisaba que aqueyo no iba erecho. ¿No zerví yo ar Rey y á la patria ¡y á mucha honra! zeñore? ¿Pa qué librá ar zeñorito? Pue... ¡pa su perdición y la mía!... Er mu zandío der *zagá* z'enamorisco de una lambrija, de una cursilona *jambrita*, que porque sirvió á una marquesa z'empeña en arrastrá *faralare* por los terrone de Zalamea. Y como z' enamoró, ze cazó, y como —¡gracias ar mimo de su mare, ese hijo ha salío una *piesa de leva*!—ni er marío ni la mujé serían pa ganá una condená peseta, pero tenían *jumo* é zeñore, que—“Cuando la jormiga se quíe perdé, alas le han de nasé.”—¿Y qué jisieron, zeñorita, si jasta er contálo m'abrasa los labio!...—Aquí, el acongojado padre bajó la voz, y sólo pude percibir algunas palabras sueltas: *papeles falsos... chanchullos... escribano... justicia...* y por último, en voz alta:—¡Vamo que, á *güen componé*, ni un clavo ha queao en mi casa! ¡Y er bribón... er mal'arma é

mi Juan... En la carcel, zeñoritos... y por ladrón! ¡Un hijo de este hombre! ¡Era pa matarle! Pero... como es mi hijo y... el único, y tan querío... Entre matarle ó morirme... ¿qué jase un pare?... Me muero yo, y me muero... de vergüenza, ¡María Santísima!

Y cubriéndose con ambas manos la cara, como si quisiera esconder á todo el mundo su rubor honrado, el gigante de Zalamea lloró como un niño.

De pronto se levantó, restregóse los ojos y sollozó débilmente:—¡Toda mi vía trabajando y pa esto!...

Entonces mi tía intentó devolverle sus billetes. El coloso se irguió de súbito y su noble semblante se tornó hosco, duro, casi amenazador:—¡Eso no, zeñorita!—dijo con ruda grandeza:—aún me quean mis mano pa ganarme er bocao de pan que necesite... ya pa mú poco tiempo!—Y recobrando su aspecto de viril resignación:—He sembrao en mala tierra, es verdad—dijo,—pero la cosecha que aquí se perdió... se recogerá ayá arriba!

Tomó el sombrero, revolvió dolorosamente la vista, como si lo contemplara todo por la postrera vez, y acabó por fijar en mi tía, en su señora, como él la llamaba, una mirada al par sostenida y asustadiza, que revelaba algo indefinible, como si el pobre enfermo del alma luchase con un anhelo que no se atreviese á formular.

Por fin, dió un paso hacia su protectora, la miró con expresión suplicante y balbuceó con voz ahogada:—¡Vaya, por despedía, zeñorita!

Y rápida, furtivamente, como quien comete

un delito, le tomó la diestra y se la estrechó llorando y haciéndonos llorar á todos.

Después salió como fugitivo de su audacia y y abochornado de su emoción.

III

Y en efecto, poco tiempo después, el infeliz padre murió, como había dicho... ¡de vergüenza!

Aquella única familiaridad, aquel increíble atrevimiento del pobre campesino, ya decían bien á las claras que despedida tan solemne era la suprema. Sólo en tal ocasión hubiera él osado semejante desacato. Y sin embargo, su desacato sublime era todo un poema.

Siembre que oigo hablar de socialismo, se me aparece aquel grupo simbólico del labrador y su señora, con las manos asidas y los ojos llenos de lágrimas.

¡Plegue á Dios que no se acaben en España los señores cristianos y los rústicos de la estirpe de los *Crespos* y los *Morenos de Zalamea*!



EL MOLINO DE LOS GELVES

I

—“Medio *dia* era por filo...” pero medio día de los de Julio, de los fundentes y asfixiadores de mi tierra, y aun se emperraba el maldito aperador de los Vargas en enseñarnos aranzadas y más aranzadas de estacas, de olivos, de garrotal, como si se hubiera propuesto no menos que mostrarnos todo el término olivareño de la archiolivifera tierra de Sanlúcar la Mayor. ¡Y llevábamos así andando y jadeando cuatro horas mortales, desde las ocho de la mañana!

Pero lo peor del caso era que á la mitad de un olivar, el gznápiro aquel se nos plantaba y decía: Eyo é que estando ya aquí, á la vera ¡un zartito ná má! hay que vé loz olivo é D. Juan ó de D. Inasio—ó de quien á él se le antojaba—¡aqueyo é gloria divina!

—¡No, si no queremos ver ni gloria, sino sombra, un asiento, agua; no podemos más!

—Ya... pero como aquí no vamo á queano, tenemos que buscá una zafia.

010443

Y vuelta á subir y bajar por los surcos endurecidos y como petrificados de la tierra labrada por entre los olivos; y torna á saltar gavias secas y á trepar vallados erizados de pitas, chumberas, zarzas y lentiscos, que nos enganchaban y arañaban lindamente al pasar. Y entre tanto, ni un jirón de sombra ni una mancha de verdura fresca y jugosa para alivio é ilusión de los ojos, hartos é inflamados de mirar arideces, ora se fijasen en la tierra arcillosa calcinada por el vivo sol, ya en las copas de los olivos verdipлата, de un tinte opaco, ceniciento, metálico, bello en los días otoñales, pero sin jugo ni frescura consoladora en los del estío, ora se volvíese á los troncos ásperos, terrosos, retorcidos, agujereados, comidos por el sol y con las cortezas despellejadas, rugosas, agrietadas como labios de sedientos.

Aquello era un suplicio dantesco, un baño en plomo derretido, una inyección de sol por cada poro; y la sangre ardía, hormigueaba, picaba, bullía y golpeaba furiosamente las sienas, que amenazaban estallar á la presión violentísima.

En semejante estado de asfixia no hay que decir con qué júbilo, con qué loco alborozo divisamos el bienhechor oasis metamorfoseado en alto molino que, envuelto entre arbustos floridos y copudos frutales, se nos apareció á la vuelta de un cerro mondo y pelado.

—¡Vele ahí mesmito, er molino de los Gelves, er que yo esía endenante!—vociferó señalándole con el peludo índice el bruto del aperador, agregando este para nosotros deleitoso convite:—Si quién lo zeñore entrá y refrescase, no le fartará un lebríyo é gaspacho é loj que jase la

señá Remedio, que loz memo querubine se chupan lo deo zi yegan á prebalo!

—Y cierto que si los querubines hubieran podido tomar el soleo que llevábamos encima, no se vuelven allá arriba sin refrigerarse antes con un platito del bienaventurado gazpacho.

¡Qué caricia de frescura y de sombra reparadora la que sentimos al penetrar en el molino recién aljofifado, sombrío y deliciosamente silencioso!

Y cuando nuestros ojos se acostumbraron á ver dentro de aquella húmeda obscuridad, ¡qué cuadro digno de la pluma de los grandes costumbristas el que se ofreció á nuestra contemplación profana!

El molino, de antigua y robusta construcción, constaba de cuatro macizos murallones de mampostería, sobre los cuales gravitaba enorme y negra armadura de madera al descubierto por dentro y protegida al exterior por viejo tejado puntiagudo, según habíamos visto desde el campo. Entre el viguerío de la armadura por donde pasaba en rayos oblicuos la luz que de altos ventanones caía, albergábase un pueblo de golondrinas y gorriónes que con sus píos y aleteos alegraba el blando silencio del apacible interior. Era éste obscuro en toda su dilatada extensión, como de nave de iglesia ó claustro conventual, y más obscuro aún en los ángulos y en algunos planos donde no alcanzaban los sesgos rayos que de los ventanales venían; pero delante de la puerta, que era el paraje en que nos encontrábamos, hacía un gran claro de luz verdosa y tibia, salpicada á trechos de sombras movibles y de diversa intensidad, como

proyectadas por las flotantes blondas de la parra que entoldaba la entrada del molino. En lo interior de él, muy á la izquierda y en plena sombra, vimos esbozarse primero y acentuarse y surgir poco á poco de la obscuridad, algo que al pronto nos pareció siniestro cadalso ó máquina de tortura, y luego distinguimos claramente ser la enorme piedra cónica, el verdadero molino, que reposaba en su negro embudo granítico, aguardando la animada estación de la molienda.

En esto llegó, traído por el aperador, el molinero, señor Pedro Gelves, como desde antiguo apellidaban á los miembros de aquella familia, por ser oriunda del ribereño pueblo de aquel nombre—el del famoso *bicho*, que no sabemos qué clase de animal fuese.—Del lugar de Gelves veníale á la casta del señor Pedro el apellido y de éste tomaba el molino su denominación, conocida ya en el contorno desde el tiempo de los franceses.

Al molinero, por su elevadísima estatura, llamábanle también en Sanlúcar y aledaños *señor Pedro er gigante*. Todo esto nos dijo, á modo de *presentación*, el aperador. En efecto, el señor Pedro justificaba cumplidamente su apodo, porque era un verdadero coloso, no tan grueso en proporción como alto, pero bien acompañado de carnes, ancho de hombros, de manos y de pies, recio de torso, y, aunque más que cincuenta y muy rucio de pelo, ágil de remos, derecho y *bien plantao* todavía. En cuanto á la cara, tenía la franca, expresiva y noble, como la pedía *er geniá* que nos trazó el aperador para completar la presentación en dos brochazos.

—“Aquí onde usted le ven, con toita esa fachá, este hombre no tié jíe pa naide, ej'un cordero. Yo lo tengo encomparao á la piedrota eza der molino, tan grandona, tan grandona y tan bien *maquiná* qu'un chiquiyo la maneja con er deo meñique.”

Y entró la molinera; ¡qué mujer, María Santísima! La verdad es que, como decía el aperador al presentarla:—“¡De eso no se cría má que en la tierra é la Girarda! ¡Como que es nasía en la mesma Triana, á la verita é la güerta é lo Remedio, y por eso le pusieron ese nombre!”

Y cierto que no se sabía qué admirar más en aquella acabadísima persona, si los colores de trigo y fuego de su tez morena y sedosa, el brillo fascinador de sus ojos de llama dormidos bajo los rayos de sombra de sus pestañas, la frescura jugosa de sus labios turgentes y encendidos como guindas, el rebrillar de los niveos dientes cuando hablaba, la cerrada negrura de la mata de pelo que en ondas lustrosas azuleaba sobre el tostado cuello mal velado por rojo pañizuelo de percal floreado de blanco; no se sabía cuál era mayor belleza, si la de todas aquellas perfecciones y la armoniosa proporción de su cuerpo de estatua, ó *el no se qué*, la gracia, el encanto, el prestigio de hechicera gitana que se desprendía del andar, del hablar, del reír, del moverse, del sér entero de aquella hembra perturbadora, irresistible, casi siniestra, como dotada de poder extraño, de cosa del otro mundo, que envenena y roba el albedrío con filtros y conjuros de magia negra. Por fuerza aquella mujer era gitana.

Mientras así pensaba yo, Remedios, con los

morenos brazos desnudos y tremolando airosamente al moverse la blanca falda almidonada que la envolvía como nube, aliñaba el gazpacho machacando sal, ajos, tomate y pimiento verde en el dornillo de madera, y agregándole miga de pan y aceite en abundancia *sobaba el majao*, desmigajaba media telera en el pintarrajado barreño trianero, volcaba encima el contenido del dornillo, derramaba sobre todo ello buen golpe de agua fresca de un cántaro que tomó de un rincón, revolvía con una cuchara de madera el sonrosado caldo en que nadaban trozos de tomate, de pepino y de cebolla, y, acercándose la cuchara a los labios, sorbía levemente, y aprobando con el gesto su obra, convidábanos á gustar de ella con un saladísimo "Ajaja; señore, al avío", que nos hizo agua todo el paladar. Y no sé si fue la sed y el ansia que de aquel refrigerio teníamos; pero lo cierto es que en mi vida probé gazpacho más fresco, sabroso y bien sazonado.

Aún estábamos tomándolo cuando entró Manuel, el ahijado del molinero, un mozo alto, moreno, gallardísimo, ¡guapo de veras!

Por el aperador supimos luego—cuando con la fresca salimos del molino en busca del coche para volvernos á Sevilla—que el señor Pedro, que era güeno como er pan de Dio, había recogido á Manuel recién nacido y huérfano y le había criado como á hijo y como á hijo le quería; y que no hizo menos con Remedios, que, en efecto, era gitana, por lo cual habíase opuesto furiosamente al casamiento la parentela toda de los Gelves, que tenía por la mayor deshonra el entroncar con semejante casta; pero que el

señor Pedro, "que quería á la mosa con lo reaño del arma, había echao por medio, isiendo que en casándose er con eya vadría tanto como la primé zeñora, cuantimá que eya era cristiana y honrá de suyo y en el mirá de sus ojo tenía má noblesa y señorío que toítas las emperatrise junta. Asina é que como é l'ha jecho presona y l'ha dao er sé que tiene, y como eya é tan mosa y er va pa viejo... la quiere como mario, como padre, y con toito lo quereré junto".

Pero, volviendo al molino, debo decir que, apurado el delicioso gazpacho, quiso el molinero hacernos los honores de su rústico palacio, y nos enseñó la casa en que él y su Remedios vivían, á espaldas de la entrada del molino, y con anchas ventanas que rebosaban flores, mirando hacia el camino de Sanlúcar; y vueltos á la gran estancia en que reposamos, y abierta una angosta puerta que frontera de la ancha de entrada había, nos introdujo en la otra nave de aquella especie de toscá y lúgubre iglesia; nave aún más estrecha y encallejonada que la primera y que recibía como ella la luz de arriba; y para que se pareciese más á una iglesia, tenía elevada tribuna con escalerilla y barandal de madera, en todo semejante á un coro alto ó tribuna de órgano. Pero lo que daba á la nave sombría su aspecto especial y característico, era la gran viga, la enorme viga armada que diagonalmente cruzaba aquel callejón de alto á bajo, partiendo de la tribuna y viniendo á dar cerca del otro extremo y próxima al suelo. Aquel verdadero gigantesco que tenía trazas de catapulta ó ariete formidable, era la gran prensa del antiguo sistema, la *viga de lagar ó de sangre*.

Varios jayanes colocados en la tribuna hacían girar la enorme palanca de la prensa, con cuyo impulso el ingente madero iba cayendo con fuerza pulverizadora sobre las haces de capachos entre los cuales previamente se colocaba, alternando con cada uno de ellos densa capa de orujo, con mayor propiedad *vianda*, que así llaman los del oficio á la aceituna triturada ya con la piedra.

Caía la viga, "¡y qué juersa no mandaría la condená cuando er primer orujo onde otavía estaban vivitos el hollejo, el hueso y la pulpa, queaba consumío como un arrope y más masiso y apretao que er pan d'Arcalá ó el jabón de Mora!"

Todo esto nos explicó en su hablar ceceoso, vivo y singularmente pintoresco el señó Pedro —¡no le hablaran á él de prensas de hierro ni de maquinarias de extranjis!, —animándonos con empeño á que fuésemos en día de molienda:—"Entonse—decía—entonse é cuando tié que vé mi molino; entonse resusita, y paese que habla y resueya por toita su piedra; ahora está como cuerpo sin arma. ¡Vengan usté pa'r tiempo é la faena y verán qué *abolengo* se arma de trabajo y de jolgorio!"

Tal era el molino de los Gelves: y tan grata la impresión que de él conservábamos, que ya nos disponíamos á aceptar el convite del señó Pedro, yéndonos á pasar allí un día de molienda, cuando acontecieron en él los gravísimos sucesos que me atrevo á referir como testigo presencial, y que fueron causa de que jamás se borrara de mi memoria el escenario de aquel drama.

II

Nubes de zorzales envolvían el molino atraídos por el olor de la aceituna nueva, que sin cesar descargaban á su puerta, de las carretas y recuas de mulas que no bastaban aquel año al acarreo del codiciado fruto. Por las gavias de los vallados cercanos corría en oscuros y fétidos arroyales el alpechín, que de continuo fluía bajo la piedra siempre en movimiento, y caía á las gavias por los negros vertederos. La chimenea del molino humeaba como nunca, y de sus altas ventanas salía de noche luz, y á toda hora tumulto de voces y silbidos, cantos y risas varoniles. De vez en cuando arreciaba el barullo; sentíanse agrios y continuos chirridos; duro pataleo de gañanes en las tablas de la *tribuna*; fuertes voces de mando del señó Pedro ó de su *segundo*, Manuel, y luego gritos, jadeos, interjecciones y crujidos; señales de que *cargaban la viga*, ó de que ésta se iba descargando.

Era que, según la gráfica expresión de su dueño, el molino había resucitado, y se agitaba, traginaba, latía, hablaba y respiraba por todo su organismo poderoso.

Todo era en él vida, movimiento, zambra y escarceo. Pero... ¿qué tenía el señó Pedro, él que siempre fue el alma del molino, el nervio de la faena, el corazón de aquel cuerpo de gigante? Nada y mucho, sin duda. Nada, puesto que no paraba ni dejaba de dar órdenes, ni de acudir solícito allí donde era más necesaria su

presencia, ni de madrugar antes que el alba, ni de vigilar asiduamente los más nimios pormenores de la molienda.

Mucho, puesto que su voz sonaba sorda y cavernosa, sus ojos miraban sin luz ó fulminaban con súbito centelleo; y entre sus dientes, blancos y apretados todavía, no estallaban ya nunca aquellas francas y estrepitosas carcajadas tan frecuentes en él en los días de su mayor alborozo, en los días de faena.

Pero lo más extraño era que á Manuel le sucedía otro tanto. Él siempre tan listo, tan alegre y decidor, tan activo y mandón y tan animado de vivo celo por la hacienda de su padrino, este año parecía tonto. Estaba mudo, inquieto, desvaído, y como acobardado y torpe para todo. Y el caso era que entre padrino y ahijado no había pasado nada, ni el más leve rozamiento. Ambos se querían, se hablaban, auxiliábanse y se consultaban para todo. Lo que no hacían desde el principio de la molienda era mirarse muy de frente. ¿Por qué...?

En cambio, Remedios parecía más alegre, más cantadora y reidora, más hechicera, más bonita, más gitana y más temible que nunca.

Si algo sucedió entre ellos, nadie lo supo; lo cierto fue que una tarde, al final de la molienda, cuando ya no se velaba ni se madrugaba tanto, y apenas si quedaba aceituna entera ni tarea para dos días, el señor Pedro dijo á Remedios con mayor seriedad de la que solía mostrar con ella: "Óyeme bien lo que te digo: ar só puesto hay que serrarlo y atrancarlo tó, porque tengo que dime ar cortijo é lo Varga, y como pué que d'ayí m'alargue á otra parte y me en-

tretenga, me yevo la yave de casa, y no me esperes jasta muy entrao er día."

—¿Vas de cuentas?—preguntóle tímidamente Remedios.

—Voy de negocio y de camino... ¡por sierto! bájame las *tarjas* que están en el arca grande.

La tarja es una vara sin descortezar, cortada diagonalmente en dos mitades, de las que una guarda el molinero y otra el trabajador; cada cual por su parte va marcando á punta de navaja, y con signos convenidos, en su media tarja los días y las semanas vencidas, y para ajustar cuentas se integra la tarja y se confrontan las cifras. No hay otras matemáticas posibles para aquellos patanes.

Hízose todo como el señor Pedro lo previno, y cuando el sol se ponía enrojeciendo los pálidos olivares, el molinero cabalgaba en su jaca negra, vereda adelante, hacia el cortijo de los Vargas.

III

Alboreaba apenas, y apenas por cercas y bardales comenzaban los gallos á pregonar el día, cuando, como centinela que repite el jaleta! lejano, sacó el gallo del molino la crestuda cabeza por el ventanuco del gallinero, y soltó al aire las resonantes notas de su rural diana saludadora del sol.

Su voz penetrante como la de un clarín guerrero despertó sin duda á las gentes que dormían en la casa, porque á poco de la estrepitosa llamada, abrióse de golpe una de las venta-

nas que daban al camino de Sanlúcar—la de la alcoba del matrimonio,—y por ella asomó primero una cabeza varonil, cubierta de negros y revueltos rizos, luego el recio busto á que pertenecía la cabeza, y después todo el cuerpo de un hombre mozo, alto, arrogante.

Montado en el poyo de la ventana exploró ansiosamente con la vista el camino solitario, y ágilmente se asió á las ramas despojadas de una higuera, cuya copa se apoyaba contra el muro; dos brazos desnudos, y tan morenos como de hembra gitana, asieron el torso del hombre como para sostenerle; volvi6se él, y junto á su cabeza se dibujó, á la tibia luz, otra cabeza envuelta en larga melena... Por el tupidó bosque que frente á la casa y á la vera del vallado formaban, enredándose con las pitas y chumberas, las zarzamoras y lentiscos, oy6se brusco ruido, y corri6 largo estremecimiento, como el que produce la carrera del perro cazador persiguiendo la pieza por entre los jales.

El mozo de la ventana vacil6 un momento, pero después, deslizándose por las desnudas ramas de la higuera, saltó á tierra. Era Manuel: pálido, y con la respiración anhelosa, se acercó al bosque, separó las ramas, miró, escuchó, y como nada viese ni oyera, más tranquilo y rehecho tornó á cruzar al otro lado, dió la vuelta al molino—que no se comunicaba con la casa,—y abriendo la puerta principal con llave, que guardaba, entró, y pronto se oyó dentro el ruido preliminar de las faenas.

IV

Poco á poco fueron llegando los trabajadores, marsellés al hombro y telera bajo el brazo; vinieron después los arrieros con las bestias de vacío y cubiertas de lacias odres para henchirlas del aceite nuevo; y al cabo, por la vereda del cortijo de los Vargas, se vió avanzar á trote largo en su jaca *Morena* al señor Pedro.

Saltó á tierra ligero y seguro como á los veinte años, entró en el molino y comenzó á mandar la maniobra y á trabajar afanoso como siempre.

Sin embargo, aquel día sucedíale algo, no parecía el mismo; ni subió siquiera á ver á su Remedios, después de pasar la noche fuera de casa. ¿Cuándo había él hecho eso? Además estaba tan pálido, tan pálido, que su frente, su nariz, su cara, parecían de cera transparente y en torno á sus ojos se extendían dos halos cárdenos, sombríos, casi negros, que se prolongaban hacia la boca; creeríase que, según gráficamente dicen allí, tenía marcada en el semblante la *herradura de la muerte*.

Desde que Manuel le vió entrar con aquella cara, no hacía cosa con acierto ni hablaba palabra con sentido ni se atrevía á mirarle ni acertaba á separar de él los ojos que, tímidos y de soslayo, le veían y le seguían inquietos, asustados.

Remedios, por su parte, bajó también alarmada y recelosa ante aquel retraimiento de su marido; pero al mirarle la cara, cohibida, des-

concertada, temerosa, abultó los quehaceres de Pedro, protestando de no querer entretenerle; además tenía ella arriba tal bataola de limpieza! Y se volvió a subir, temblando la hora de la comida, frente a frente con Pedro y con Manuel.

Avanzada ya la mañana, y como el señor Pedro, que desde la víspera no probaba bocado ni sueño, se apoyase de pronto en el muro para no caer, Manuel no pudo dominarse, y con ansia, con miedo, con llanto de remordimiento y de ternura en la voz, le preguntó:

—¿Se ha puesto usted malo, padrino?

—¡Estoy mejor que nunca!—respondió señor Pedro con tono tan duro, terminante y amenazador, que atajó en seco la palabra y casi el alentar del desconcertado mozo.

Pero después nada aconteció. Siguieron ordenadamente los trabajos del día; y antes de las doce, hora de comer, mandó señor Pedro cargar la viga, para un segundo *aprieto, á toda fuerza*. Objetaron los cargadores que apenas si había motivo para ello, porque, en efecto, nunca estuvieron más bajas las pilas de capachos entreverados de orujo; pero señor Pedro repitióles con mayor imperio la orden; mandó que les repartiesen el aguardiente guardado para tales casos, y volviéndose á ellos les gritó:

—Po lo mesmo que las pilas suben poco, la viga tié que bajá más y jasen farta mucho puño. ¡Conque purso y jalá de firme! ¡Venga!

—¡Juuuisa!—clamaron á compás los de la prensa, y comenzó el chirriar de la tuerca.

La nave sombría tomó el aspecto de un barco de vela en maniobras; todo contribuía á tal

semejanza, la forma del local, las siluetas de los palos, barandillas y escaleras de la tribuna, el trajin de los hombres medio desnudos, el tronar de la voz de mando, que repetía "¡Venga, venga!" y el bufar y el jadear anheloso de la gente. Por fin la nave comenzó á trepidar, se oyó recio crujir prolongado y agrio, y la viga, la enorme viga, comenzó á descender lenta, pesadamente.

Entonces el señor Pedro, encarándose con Manuel y mostrándole un charco de aceite que junto á los capachos había, díjole con voz alterada:

—¿No te paese que hogaño va mu claro el aceite?

Manuel hallaba el jugo de la aceituna tan dorado y oleoso como siempre; pero sorprendido por aquella extraña salida, y no osando contradecir á su padrino, respondió:

—Sí, señor; claro va este año.

—¡Po hay que darle coló y que espesarlo!—rugió con voz ronca y ahogada el molinero, y asiendo del cuello á Manuel con ímpetu y garras de tigre, lo tumbó de golpe sobre el montón de capachos, á punto que la viga, crujiendo y haciendo trepidar el molino, bajaba, se venía encima, iba á caer como tremenda catapulta sobre la pila y sobre el mozo, á quien tenían enclavado en ella dos manos de hierro las trágicas manos de la venganza. Y como Manuel, viendo horrorizado decrecer el espacio entre el madero y su cabeza, hiciese desesperado esfuerzo por desasirse del gigante, éste le oprimió tan frenéticamente el cuello, que se sintió un crujido siniestro y el singulto sofocado de la estrangulación.

—¡Jalá, jalá, muchachos, venga, venga!— voceó señó Pedro á la gente, que lejos, abrazada á la palanca y concentrada en su esfuerzo, ni veía ni hubiera sóspechado jamás tal escena entre padrino y ahijado.

Nuevo redoble de patadas y jadeos y un estallido de interjecciones y blasfemias acusaron un último brutal esfuerzo de los jayanes.

Y la viga bajó de firme á tiempo que el señó Pedro, lanzándose fuera de su alcance, gritaba con toda la fuerza de sus pulmones, acercando la cabeza á un ventanillo que caía al pie de su casa:

—¡Remedios, Remedios, baja!

Y el madero, ingente como ariete formidable, gravitaba sobre el cuerpo agonizante de Manuel... Y se oyó un gemido espantoso, oyóse crujir de huesos partidos y de músculos magullados deshechos; y saltar, chorrear, volcarse de golpe toda la sangre de un cuerpo humano.

¡Aquella justicia salvaje era el bárbaro desquite de una vida de amor y de abnegación tan mal pagados!

LA CASA Á FLOTE

I

La condesa Clara, como familiarmente llamaban mis paisanos á la ilustre de Soto-Lindes, duquesa de Albaflorida, heredera por su casa de los más ínclitos blasones andaluces y entroncada por la de su marido en la flor de la grandeza castellana, juntaba á las dos coronas de su escudo otra inmateral y eterna que parecía esplender en torno de su cabeza rubia. Era una santa, y todos, empezando por el conde, inclinábanse respetuosamente delante de aquella virtud coronada. Por su caridad inagotable la llamaban con justicia los sevillanos *la madre de los pobres*, título que ella estimaba en más que todos los de su histórica nobleza.

En 1876 merecían por infelices la predilección de la condesa Clara, Curro, un pobre mozo de veintidós años á quien consumía la tisis, y Salud, su mujer, que se hallaba próxima á dar á luz su primer hijo. Curro era zapatero, y cuando se casó ganaba buen jornal; pero como la tos y las fiebres imponente continuas paradas, pronto se vió falto de recursos y obligado á re-

—¡Jalá, jalá, muchachos, venga, venga!— voceó señó Pedro á la gente, que lejos, abrazada á la palanca y concentrada en su esfuerzo, ni veía ni hubiera sóspechado jamás tal escena entre padrino y ahijado.

Nuevo redoble de patadas y jadeos y un estallido de interjecciones y blasfemias acusaron un último brutal esfuerzo de los jayanes.

Y la viga bajó de firme á tiempo que el señó Pedro, lanzándose fuera de su alcance, gritaba con toda la fuerza de sus pulmones, acercando la cabeza á un ventanillo que caía al pie de su casa:

—¡Remedios, Remedios, baja!

Y el madero, ingente como ariete formidable, gravitaba sobre el cuerpo agonizante de Manuel... Y se oyó un gemido espantoso, oyóse crujir de huesos partidos y de músculos magullados deshechos; y saltar, chorrear, volcarse de golpe toda la sangre de un cuerpo humano.

¡Aquella justicia salvaje era el bárbaro desquite de una vida de amor y de abnegación tan mal pagados!

LA CASA Á FLOTE

I

La condesa Clara, como familiarmente llamaban mis paisanos á la ilustre de Soto-Lindes, duquesa de Albaflorida, heredera por su casa de los más ínclitos blasones andaluces y entroncada por la de su marido en la flor de la grandeza castellana, juntaba á las dos coronas de su escudo otra inmaterial y eterna que parecía esplender en torno de su cabeza rubia. Era una santa, y todos, empezando por el conde, inclinábanse respetuosamente delante de aquella virtud coronada. Por su caridad inagotable la llamaban con justicia los sevillanos *la madre de los pobres*, título que ella estimaba en más que todos los de su histórica nobleza.

En 1876 merecían por infelices la predilección de la condesa Clara, Curro, un pobre mozo de veintidós años á quien consumía la tisis, y Salud, su mujer, que se hallaba próxima á dar á luz su primer hijo. Curro era zapatero, y cuando se casó ganaba buen jornal; pero como la tos y las fiebres imponente continuas paradas, pronto se vió falto de recursos y obligado á re-

fugiarse con su mujer en un cuartucho bajo y humedísimo de una de las calles más hondas y sucias de Triana, que más que calle era vertedero infecto por donde bajaban al río las inmundicias del barrio.

Allí vivían; él devorado por la tuberculosis, ella próxima a la maternidad y ambos sin alimentación ni cuidado alguno, pero en medio de su miseria dichosos, porque se amaban, y casi siempre alegres, con esa lozana alegría que es pura flor de la sangre andaluza.

Una ligera enfermedad de la condesa y los furiosos temporales de aquel Noviembre incomunicaron por algunos días a protectora y protegidos; pero cuando supo la dama que el Guadalquivir crecía por momentos y que toda la parte baja de Triana se hallaba ya inundada, acordóse del desamparo de Curro y de Salud. Ella próxima a su alumbramiento—pensó,—el tísico, la casa anegada, las camas y las ropas empapadas ó arrastradas por el agua, ¿qué será de ellos, Dios mío?

Y reprochándose duramente su abandono mandó enganchar el landó, echóse sobre los hombros una capa de pieles—que haría menester para preservarse de la glacial humedad que envolvía a Sevilla,—y sin pensar en que se hallaba convaleciente y débil, sin calcular los riesgos de la empresa á que se arrojaba, subió ágilmente al coche diciendo al lacayo que cerraba la blasonada portezuela:—A Triana.

II

Los soberbios caballos del conde, los mejores que pacieron la yerba de sus dehesas, arrancaron á trote largo, sacudiéndose gallardamente la lluvia con las encrespadas crines, cruzaron rápidamente laberintos de calles angostas y enlodadas; bajo un aguacero torrencial atravesaron el puente, desde cuya altura se veían los grandes vapores volcados quilla arriba sobre el muelle; y manchando de oro las aguas cenagosas, millares de naranjas que la inundación sorprendió amontonadas para su embalaje. El Guadalquivir venía tan bravo, que estremecía al puente sobre sus firmes estribos, y tan crecido que cegaba ya sus anchos ojos de hierro; y como de la parte de Triana se oyese de pronto confuso griterío y se viera correr hacia Sevilla numerosa turba de fugitivos astrosos y espantados, Juan, el cochero de la condesa, paró en seco los caballos y preguntó en voz alta á su señora á través del biselado vidrio: ¿Le parece á S. E. que volvamos?—Pues... ¿qué pasa?—La gente grita que va subiendo el río, y, si V. E. lo permite, creo que debemos volvernos.—¡Adelante!—ordenó la dama, que con tales noticias sintió redoblarse la inquietud por sus protegidos.

Los caballos partieron al galope excitados por la furiosa lluvia incesante; pero á la entrada de la calle de Castilla se encabritaron espantados y se plantaron en firme ante una laguna invadable, donde chapoteaban enfangados co-

ches, hombres y bestias, que difícilmente luchaban ya contra las aguas en alarmante crecida. La condesa, asomada al vidrio, reconocía, no sin susto, el terreno, y por un instante pareció vacilar; pero como viera que la lluvia aplacaba:—Aguárdame aquí—dijo á su cochero;—y saltando ligeramente del coche, subió resuelta á los escurridizos *borriquetes*, que parecían muelles improvisados en calle veneciana. Apoyando en la pared la enguantada mano para no perder el equilibrio al andar por las cimbreantes y estrechas tablas, volvió á la derecha y tornó á volver en igual dirección tomando la inundada calleja donde vivía Curro, hasta dar, arrojando sustos y peligros, con el destartalado portalón del *corral* en que habitaba el zapatero.

Con el borriquete de la calle empalmábase otro aún más ruin y frágil, que llegaba hasta el portón del patio, donde bruscamente se cortaba. Decidida avanzó la condesa hasta el extremo de la insegura tabla, y desde allí, agarrándose al viejo cerco de cuarterones del portón, alcanzó á ver el ancho patio y toda la casa baja convertida en verdadera alberca, y en las galerías altas amontonados los vecinos, que gritaban, lloraban ó reñían furiosamente.

De improviso hirió sus oídos una voz ronca y débil que cantaba con alegre entonación estos versos de popularísima zarzuela:

Dichoso aquel que tiene,
Su casa á flote, su casa á flote...

—¡Frescura se necesita!—pensó la condesa; pero ella conocía aquella voz... volvióse hacia donde sonaba, y su asombro no tuvo límites

cuando en el donoso cantor reconoció al desventurado Curro, que en el descanso de la escalera temblaba de frío, procurando envolver con su rota chaquetilla á Salud, que tiritaba con el recién nacido en brazos.

Si la condesa hubiera pertenecido al número de los espíritus fuertes, ó de los psicólogos al uso, que por el más leve indicio externo descubren toda una conciencia y condenan sin formación de causa á cualquier prójimo que cae al alcance de su análisis, de fijo que sin aguardar á más, se marcha indignada ante semejante cinismo, y aun corrida de la sandia credulidad que la llevó á meterse en tan andantescas empresas, con riesgo de la salud y acaso de la vida, para acudir en socorro de unas bestias que se encontraban tan bien halladas en su zahurda.

Pero la condesa conocía bien á su gente andaluza, y sobre todo era tan profundamente cristiana y caritativa, que antes quería ser engañada noventa y nueve veces que abandonar á un solo menesteroso.

Así, no pensó sino en la urgencia de auxiliar á aquellos infelices, á la convaleciente Salud, al recién nacido, á Curro que temblaba de fiebre y de frío. Pero... ¿cómo llegar á ellos? ¿Cómo traerlos? La señora reconoció entonces su imprevisión en no haberse llevado consigo al lacayo; pero al ver á un gitanillo que diableaba desnudo por el agua, ofrecióle unas monedas de plata si era capaz de ir volando al río y traerse un par de marineros á quienes ofrecería pingüe propina de parte de la condesa Clara, que necesitaba al momento de sus servicios.

Alejóse el chaval braceando por la corriente, acudieron en breve al conjuro mágico dos mocetones trianeros, desnudos de los cuatro remos, y tan empapados en sudor que llevaban las blusas azules pegadas á los atléticos torsos; tanto habían trabajado en el acarreo de balsas y lanchas para transporte de víveres, y salvamento ó trasiego de gentes.

A una orden de la condesa atravesaron, agua al pecho, el extenso patio, subieron chapoteando la media escalera hasta llegar al descanso, y con gentil desenvoltura echóse el uno á cuestas á Curro, mientras el otro tomaba en los recios brazos á Salud, que alzaba en los suyos al niño. Y en aquella guisa, agua adelante los marineros y por los borriquetes la condesa, llegaron todos al punto en que había quedado el coche.

Dejaron los jayanes sus cargas, y recibida generosa propina volviéronse corriendo al trágin. Sobre los blancos almohadones de brocatel del landó ducal acomodó la señora á su lado á Salud y enfrente á Curro, y despojándose de su capa de pieles, envolvió con ella á la madre y al niño que estaba moradito de frío, mandó al lacayo que abrigase con su pelerina á Curro; y ya libre de sustos y confortada con el tibio ambiente de su coche, ordenó satisfecha: A casa.

Rodaba el landó á todo el trotar del poderoso tronco, y la condesa, que no era ciertamente una beata ñoña y lacrimosa, sino un espíritu sano, un temperamento bien equilibrado y un carácter jovial, casi infantil, tan pronto como se recobró de los sobresaltos, del frío y de la fatigosa marcha, sintió grandes ímpetus de risa

al recordar el chistoso aspecto de Curro medio desnudo en la escalera, cantando un trozo de *Marina*, mientras sus pobres muebles y sus cuatro trapos, su casa toda, *flotaba*, en efecto, sobre las desbordadas aguas.

A punto estuvo la condesa de soltar una de sus más sonoras carcajadas cuando al levantar los ojos hacia Curro, como para completar el efecto de su cómico recuerdo, vió que el pobre mozo, pálido como la cera, miraba de hito en hito el grupo conmovedor que formaban la madre y el niño, que envueltos en el rico abrigo de la señora, comenzaban á cobrar el calor y la animación de la vida; y como si toda el alma del misero padre se derritiese en gratitud, dos gruesas lágrimas brotaron de sus ojos y resbalaron por sus demacradas mejillas.

La risa de la dama se resolvió también en llanto, é inundado su espíritu en el goce inefable del bien realizado, parecióle que en aquellas lágrimas del pobre agradecido brillaba un destello de lo alto, y á la luz de aquel esplendor efusivo que parecía emanar de las almas unidas por la caridad, percibió la condesa Clara muchas cosas que no se razonan en frío, y comprendió que aquella extraña alegría de Curro en medio de tan absoluto abandono, era la estoica y viril alegría española, la misma que resonaba en el guitarrillo del soldado hambriento y expuesto á infinitos riesgos en los arenales de África, la que confortó á nuestra gente en todo peligro, la que entonaba la jota entre los escombros épicos de Zaragoza, la que cantaba hace poco amenazada de mil muertes en la magnua.

Esa alegría, salud del alma, que es nuestra levadura étnica, nuestra savia nacional tan propia como lo es de las cepas jerezanas el dorado mosto que inspira los cantares de mi tierra andaluza. Y ¡ay de España cuando nuestros *civilizadores* acaben de aguarnos el vino y la alegría!

MARINES Y GUMIELES

I

Cerca de la sierra del Pinar, uno de los brazos que la serranía de Ronda mete por la provincia de Cádiz, asiéntase, entre pedregales y trigos, la villa de Benaocaz, donde todavía dominan los árabes. El nombre del lugar, el tipo de las gentes, la raza de los caballos, la disposición de las casas, los usos, trajes, fiestas, serenatas y cantares, y sobre todo los odios y las venganzas, son allí tan morunos y africanos como antes de la Reconquista.

Buena prueba de ello el cuento que voy á referir, que en Dios y en mi ánima, tiene más de sucedido que de inventado.

Los Gumieles y Marines de Benaocaz eran dos familias rivales tan opuestas y enemigas, que junto á sus odios de raza eran flor de cantueso y puro juego de niños los odios de los *Capuletti* y *Montechi* de Verona, de los Monroyes y Manzanos de Salamanca, de los Acuñaes y Sandovalos de Toledo y tantos otros rencores de casta como registra la historia.

Eran los Gumieles de cepa hidalga, arraiga-

da desde luengos siglos al riñón de la Sierra, aunque sus antagonistas los daban por moriscos descendientes de los Gomeles granadinos. Procedían los Marines de la costa malagueña, y sus adversarios los diputaban redondamente por gitanos y aun les regalaban de añadidura algunas gotas de sangre judía.

El cómo empezó la enemistad y el cómo se fueron afiliando poco á poco todos los benaocacenos en el uno ó en el otro bando, hasta dividirse la villa entera en los dos opuestos y encarnizados de *gumieles* y *marines*, punto es que, por arduo y nebuloso, abandono al acierto de más feliz ó paciencizado cronista: básteme consignar que el torrente de aquellos enconos venía de lejos y arrastraba ya mucho fango y mucha sangre.

Desde antes de *la francesada* habíase mezclado en las calles de Benaocaz la de Marines y Gumieles, y desde entonces no pasaba generación de una y de otra casa que no llorase un muerto ó un presidiario, según que se iban pagando unos á otros aquel irredimible tributo de venganza.

Pero sin llegar á la navaja ó al trabuco, sin mencionar las cruentas luchas de ambos partidos—y hubo verdaderas batallas campales,—el tiroteo, las escaramuzas y las hostilidades, más ó menos embozadas, no cesaban nunca entre ellos. Esgrímían unos contra otros el sarcasmo, la *guasa*—la provocadora guasa andaluza aliada perpetua de la navaja—y sobre todo el cantar, ese alado poema del pueblo que así puede ser flor de amores, endecha de desengaños ó lamentación religiosa, como arma arrojadiza

de punta envenenada que abre en las carnes herida enconosa y mortal.

En *las cuatro esquinas*, donde los mozos, marsellés al hombro, se juntaban—siempre en dos grupos contrapuestos—á charlar, fumando y escupiendo por el colmillo, en la fuente, en el mercado, en las fiestas, donde quiera que se reunía gente, surgían y culebreaban centellas del oculto rescoldo. Y á deshora, de uno de los opuestos grupos saltaba vibrante y encendida la copla, como chispa propagadora del fuego. La copla soez y villana de ralea que acoceaba como pezuña de bestia; la copla aguda y maliciosa que pinchaba y escocía como alfilerazo femenino la copla roja y candente como el odio de raza que escaldaba chirriando la carne viva; la copla infame y bajuna que pedía sangre como un salivazo en pleno rostro.

II

Al comenzar la acción de mi cuento, las dinastías de los Gumieles y Marines benaocacenos constaban de los respectivos matrimonios, de los cuales el de Marín tenía tres hijos, los dos mayores hembras y el menor varón, y el de Gumiel cuatro vástagos, dos de cada sexo.

Llamábanse los cónyuges Marín—que por ser primos llevaban el mismo apellido—Lucas y Juana, y sus retoños Natividad, Amparo y Andrés; y los esposos Gumiel, que también eran parientes, tenían por nombres Martín y Catalina, siendo los de sus hijos Fernando, Enrique, Isabel y Leonor, porque ya queda dicho que los

Gumieles se picaban de ahidalgados y linajudos, y aunque labriegos y tan pobres como el que más de sus convecinos, en algo habían de poner y ostentar la heredada nobleza.

Cuando más encendida arda la guerra de Cuba, tocóle á Fernando Gumiel la suerte de soldado. Y no bien en casa de Marín se tuvo noticia de ello y de la justa pena que embargaba á los Gumieles, singularmente á Martín y Catalina, fue tal y tan grande el bárbaro júbilo que poseyó á todos los de la familia y aun á los del bando entero, que acordaron con cruel refinamiento celebrar la ajena desventura con un baile que dejara memoria en los fastos benaoacacenses y que hiciera temblar de rabia á los Gumieles, que por fuerza tenían que oír y aun ver aquellas provocativas expansiones.

Porque las casas de Marínes y Gumieles, situadas á una y otra esquina de una calluja que cortaba la calle principal del pueblo, estaban fronteras y soslayadas, como si se espíaran mirándose de reojo, ó como si se provocaran hurtando el cuerpo.

No se contentaron los Marínes con la peligrosa cercanía, y aprovechando la benignidad de la noche, que era de las serenas de Mayo, sacaron á la calle sillas y taburetes, y allí, al aire libre y á la luz de la luna, agrupáronse todos, hicieron ruedo y comenzó el fuerte rasguear de guitarras y badurrias, el tronar de las palmas y el alto y primoroso gorjear de las gargantas más flamencas y poderosas del bando.

Nubes de polvo alzaban de la calle terriza las almidonadas faldas de las bailadoras y los duros zapatos de sus parejas, que herían á com-

pás el suelo, marcando el ritmo de la voladora seguidilla ó del voluptuoso fandango, mientras que con varas ó regatos, con las manos ó con los pies, golpeaban furiosamente los jaleadores contra la madera ó los hierros de puertas y ventanas.

Aquello era una provocación en toda regla. Y no hay que decir cuánto y cuán justamente se enardecería ante ella la sangre, de suyo inflamable y vindicativa de los Gumieles. Apenas oyeron los preludios del bailoteo, cerraron á piedra y lodo la puerta y ventanas de la casaca, y como poco á poco fuesen acudiendo al puesto de honor los jeques y valentones del bando, pronto resonó en la casa el grito de guerra, y á punto estaban ya de caer en masa sobre sus adversarios y convertir en tragedia el agresivo holgorio, cuando llegaron, en buena hora, el alcalde—que lo era entonces el más pacífico de los Gumieles—y el bendito párroco D. Celestino Cordiales. Y mientras el primero contenía, casi á viva fuerza, los ímpetus de los ofendidos, lo graba el segundo, merced á blandos ruegos, múltiples resortes y negociaciones habilísimas, la retirada de los ofensores al interior de la casa de Marín, desde donde el estrépito de la fiesta no insultara tan de frente la pena ni desafiara tan de cerca el enojo de los antagonistas. Con lo cual se paró el golpe y se conjuró, á lo menos por aquella noche, la tormenta. Pero el guante estaba arrojado, la ofensa quedaba en pie y los Gumieles aguardaban ansiosos la ocasión de vengarla con creces.

III

Presentóse ésta cuando menos se la esperaba, pero llegó en mala sazón para los Gumieles. Porque como providencial castigo á los Marines, que tan inhumanamente se gozaron en el infortunio ajeno, tocóle á Andrés la misma suerte que á Fernando, y aún fue en peores condiciones. Pertenecía el mozo á la reserva del 93; pero corridos los tres años—entonces reglamentarios—de soltería forzosa, sin que la patria le reclamase, creyóse libre, y confiando en que en último término compraría un sustituto, se casó. Cuando iba á ver colmada su dicha con el hijo que Dios le enviaba, llamaron á las armas á su reserva; y como los gastos del casamiento y los malos años habían consumido los ahorros de la familia, tuvo que cargar con el chopo y marcharse desesperado del pueblo, con el temor—pronto justificado—de que le enviasen á la guerra, donde ya estaba hacía un año Fernando Gumiel, de cuya desgracia tan malamente se holgaron él y los suyos.

Ocasión era aquella que ni mandada hacer, para que los Gumieles se tomaran el desquite; es decir, así lo creían ellos; pero hacía dos meses que no les llegaban noticias de Fernando, y como las que venían de la guerra eran tan malas, no tuvieron humor de juerga:—*Arrierito semo y en el caminito nos encontraremos*; ya, ya nos tocará la vez á nosotros,—decía en tono sentencioso el viejo Martín Gumiel, paladeando previa y fruitivamente la apetecida venganza.

IV

Dos meses tendría el niño de Andrés, nacido en su ausencia, cuando recibieron los Marines carta de Cuba, en que un sobrino del Sr. Lucas, natural de Villamartín y soldado del mismo regimiento que su primo, participábales con brutal ingenuidad: “Como Andrés había sido muerto en una acción, y como él mismo, con sus propias manos, ayudó á enterrarle en la manigua, recogiendo y guardando para los suyos las ropas y dineros del pobre difunto, que esté en gloria.”

Tan formidable fue el estallido de dolor que provocó en los padres, en las hermanas y en Marta, la viuda, el súbito rayo de su desgracia, que por sus gritos y alaridos desgarradores supieron los Gumieles el trágico fin de Andrés.

¡Y aquí de la crueldad humana! En aquella gran desventura que privaba á los míseros viejos de su único hijo, á las hermanas de cariñoso amparo, á la esposa de todo bien, al inocente niño de su no conocido padre, no vieron los Gumieles otra cosa que la suspirada ocasión á su venganza. Y como poco antes recibieran noticias tranquilizadoras del ausente, libres de zozobra y sobrepujando cuantas crueldades sugirió el rencor á entrambos partidos rivales, prepararon para aquella misma noche una fiesta que alborotase al pueblo y envenenara con veneno de odio el llanto de los Marines.

V

Y no hallara tantos adictos ni tan entusiasta cooperación una buena obra. Hízose entre los del bando colecta de sillas, acopio de tortas, aguardiente, piñonates, alfajores y masa frita; y desde media tarde empezaron á emperifollarse mozas y mozos, á componerse y ascarse los viejos, y la chiquillería de ambos sexos á trasegar sillas y bancos, bandejas de golosinas, salvas de copas y jarros de lo añejo á casa de los Gumieles.

Al dar *las oraciones* ya no se cabía en ella de pie; el portal, la sala, las alcobas, la cocina y parte del *soberao*, hervían de gente alegre, emperijilada y bullanguera, que hacía temblar la endeble construcción con sus bailes, carreras y pataleos, y con sus voces, canciones, risotadas y relinchos.

Y como la algazara y baraúnda crecían por momentos y tomaban proporciones de salvaje desquite, de ofensa y provocación mortal, fáciles de colegir el efecto que en los Marines produciría. Pero tan grande era la pena del viejo Sr. Lucas, que le apagaba los fuegos, y todos sus bríos y rencores yacían anegados y como desleídos en llanto. No acontecía lo mismo á las hembras de la familia, las cuales, empezando por Juana, la madre, y por Marta, la viuda, se revolvían furiosamente contra el sangriento festejo de sus rivales. Y como Natividad y Amparo, las hermanas de Andrés, soliviantaran á sus novios con quejas y lagrimeo, alzaron éstos

banderín de enganche, y pronto, dentro y en torno de la casa de los Marines sintióse latir, zumbiar y crecer sordamente la sedición, que amenazaba tomar mucho más formidables vuelos que la iniciada por los Gumieles en ocasión semejante.

Por eso, apenas concluyó el Rosario—al cual no asistieron aquella tarde sino dos viejas y el monaguillo—el bueno de D. Celestino Cordiales, corriendo cuanto permitían sus setenta y cinco años, acudió al lugar de mayor peligro, la casa de los Marines.

Quando llegó á ella, el estruendo de la jarana de los Gumieles asordaba la calle, y Marta, la viuda, vestida de luto, desgrenada y poseída de un dolor furioso, casi epiléptico, de pie en el portal de su casa y alzando en alto al huerfanito, pedía venganza al cielo y á la tierra contra los desalmados que se gozaban en tanta desventura.

—Razón tienes que te sobra para dolerte de ello, hija mía—articuló el párroco al entrar, con sobrealiento y sofoco;—pero... vamos á ver, pobre Marta, ¿no fuisteis vosotros los primeros en insultar con regocijos la pena de los Gumieles, cuando á Fernando le tocó la suerte de soldado?

—Pero... ¿es igual el caso, Padre Celestino? ¿No es preciso tener entrañas de tigre para alegrarse de una desgracia como la nuestra? ¿Mi pobre Andrés muerto por aquellos salvajes, mi niño huérfano y sin amparo, y esos verdugos abofeteándonos la cara con su alegría! ¿Los oye usted, Padre?—gritaba Marta más exaltada, al paso que crecía el estrépito.—¡Yo no puedo, no puedo oír esto; yo voy á volverme local!

Murmullos de aprobación, duras protestas, gritos de venganza acogían las quejas de la viuda, y entretanto el piadoso anciano la hablaba con apostólico acento.

—¡Padre, Padre, libreme usted de ese martirio, haga usted que se callen, por la Virgen Santísima! ¡Que se callen... ó no respondo de mí!

—¡Bueno, bueno, pobrecita, yo haré lo que quieras; yo te prometo, en nombre de Dios, lograr que se aplaquen esos locos... pero concede, concédeme tú, hija mía, que vosotros fúisteis los primeros en faltar gravemente á la caridad y en provocar la justicia del Señor gozándoos en el mal del prójimo; dime que te arrepientes, que os arrepentís de ello todos, y yo te ofrezco alcanzar lo que desees.

Y apartándose á un rincón el sacerdote y la dolorida mujer, siguieron hablando en voz muy queda y como en tono y secreto de confesión.

VI

En casa de los Gumieles había llegado la juerga al delirio, á la locura. Diríase que aquellas gentes trataban de cegar y ensordecen á fuerza de libaciones, de movimiento y de ruido; que una vez lanzados al torbellino de aquella orgía de venganza, sentían el vértigo de la caída, el horror y el asco de su inhumano júbilo, pero no osaban retroceder, por miedo al silencio y al reposo en que tan alto habla el remordimiento; diríase que adivinando cuanto estorba para el mal el albedrío, querían desha-

cerse de él, ahogarle en alcohol, como los que se emborrachan para cometer un crimen.

Por eso, cuando al abrirse de improviso la puerta apareció la venerable figura del P. Celestino, todos se estremecieron espantados, cada cual creyó tener delante á su propia conciencia.

—La paz de Dios sea en esta casa—dijo el sacerdote, y al sonido de aquella voz todos se quedaron mudos, sobrecogidos y como petrificados; los guitarristas con los dedos en los trastes; los cantadores boquiabiertos y con las notas en la garganta; los jaleadores con las palmas en el aire; los mirones con los brazos caídos; todos con los ojos en el suelo.

—¡Hijos míos—pronunció con evangélica unción el sacerdote,—un hermano nuestro, un hijo de este pueblo, un español, un valiente... acaba de dar su sangre por la patria! Deja unos padres viejos, una viuda desvalida, un niño á quien no conoció, sumidos en el desamparo y en la desolación. Y cuando vuestros paisanos, vuestros vecinos, vuestros hermanos lloran sin consuelo, ¿es justo, es caritativo, es humano si quiera que en una casa cristiana se insulte con fiestas provocativas la desgracia y el dolor? ¿No es esto más propio de fieras que de hombres?

Silencio profundo y solemne acogió la voz del Padre; pero de pronto osó romperlo una voz femenil, la de Catalina Gumiel, que preguntó vibrante de ira:

—Padre, y cuando á mi hijo le tocó la suerte de soldado, cuando todos llorábamos en esta casa, viéndole, con razón, camino de la gue-

rra... ¿qué hicieron los Marínes? ¿Quién nos dió pie? ¿Quién ofendió primero?

—¡Eso, eso!—gritaron muchas voces, y los Gumieles comenzaron á aletear y á envalentonarse.

—Cierto es eso, hija—declaró con firmeza el Padre,—pero, por ventura, una culpa puede justificar otra mayor? ¿Acaso nos manda Dios devolver mal por mal y ofensa por ofensa? ¿Creéis vosotros que para ser cristianos basta con estar bautizados? No; cristiano es el que ama al prójimo como á sí mismo; el que le odia, el que se duele de su bien ó se alegra de su desgracia, ese no es cristiano, ese reniega del santo nombre de Cristo. ¡Y yo, que os eché á todos, amados míos, el agua del bautismo en las sagradas fuentes, yo...—la voz se le mojava en lágrimas—yo no os tendré por cristianos ni por hijos en el Señor si ahora mismo todos juntos no perdonáis de corazón á los que tuvisteis por enemigos!

—¿Perdonan ellos?—preguntó, entre conmovida y desconfiada, Catalina.

—¡Sí, perdonan!—contestó solemnemente el sacerdote, y volviéndose, con el vacilante andar de su vejez, hacia la puerta, abrióla despacio y apareció en ella, destacándose sobre la calle bañada en luna, la tétrica y enlutada figura de Marta, con su niño dormido en los brazos.

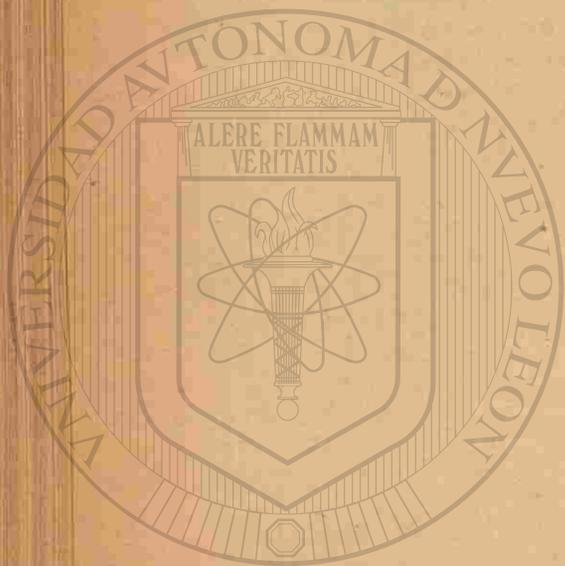
—¿No es verdad, hija mía—preguntóle el cura, atrayéndola por la mano hasta obligarla á traspasar aquel umbral aborrecido,—no es verdad, mi pobre Marta, que tú y todos los tuyos perdonais de corazón á los presentes, para que Dios os perdone?

Todas las miradas se volvieron á Marta, cuya dolorida cabeza se dobló lentamente en señal de asentimiento.

—¿No es cierto, hija mía—interrogó de nuevo el paternal anciano,—que tú y todos los Marínes, en cuyo nombre has venido, pedís sinceramente perdón á todos los Gumieles presentes por las ofensas que les hicisteis con aquel inoportuno festejo, que desde hoy no volverá á recordarse?

La cabeza de Marta doblóse otra vez humildemente, y aquí sus nervios contraídos, su pena represada, su orgullo quebrantado, la grandeza de su propio sacrificio, la solemnidad de aquel acto, todo determinó en ella una violenta crisis de llanto, un estallido de dolor, que despertó en su regazo al niño y conmovió hasta el fondo de las entrañas á sus propios enemigos.

Entonces el P. Celestino, señalando con la mano á la dolorida madre y á la inocente criatura, gritó á los amansados Gumieles:—¡De rodillas!—Y cuando lo estuvieron todos, cuando en el dramático silencio se oían sollozos de mujer y agitadas respiraciones varoniles, el ministro de Dios rogó piadosamente:—¡Hermanos míos, hijos míos en el Señor, un Padrenuestro por el alma del padre de ese pobrecito niño!



NIETA DE REYES

I

Yo no sé si el tipo femenino será, por misterios fisiológicos, suma y trasunto de la naturaleza ambiente; pero consigno mi impresión de que en Andalucía cada provincia *da su mujer* que la condensa y personifica: así, la gaditana tiene el balanceo y movilidad de las ondas que besan sus playas; la sevillana reproduce en su mórbida plenitud los contornos de olivos y naranjos, y transpira más intenso perfume de vida, como amasada con la tierra que produce narcisos y azahares; la granadina, en cambio, recuerda en su esbeltez las siluetas de los altos montes y de los árboles cimbreantes, y en la oriental poesía de su mirar distante y vago evoca la visión de todo aquel país de ensueño y de leyenda, hecho de suelo volcánico, crestas de nieve, cármens floridos y alcázares de hadas.

Así era Angustias, la mocita más garbosa y linda de Granada, que para encarnar mejor el tipo regional tenía también su leyenda, según las gentes, y tenía su ensueño que se transparenta en toda su persona.

De su padre, Pedro Andarás, tornero de oficio, rezaba la tradición oral que descendía no

menos que del rey Abdallah (el Zagal), que después de la toma de Guadix, y perdidos todos sus estados, se retiró á su señorío de *Andarax*, nombre que en lenguas cristianas se convirtió en Andarás.

Y no sé si por lo bien que la tradición sentaba á Angustias, ó por haberse ella modelado dentro de aquel recuerdo de realeza, ello era que la llamaban la *Princesa* y que el sobrenombre le venía como anillo al dedo, porque aun tocada con el pañuelo de seda y envuelta en el mantoncillo de espuma, parecía una princesa de leyenda cuando al cadencioso ritmo de su andar de andaluza hollaba las calles de Granada.

II

Pero la leyenda de Angustias no andaba sólo en lenguas del vulgo; tenía ella dentro, porque á no mantenerse del jugo ideal de un ensueño, no se comprendía que hembra tan seductora pasase como sonámbula por la tierra, sin fijar nunca los ojos en los mozos de toda Granada que bebían por ella los vientos, ni siquiera en Pepe el *Centellas*, gallardo picador de caballos, y el más atrevido y fogoso de sus rondadores.

Pero Pepe procedía de gentes del Albaicín, y se susurraba que era de sangre gitana con levadura morisca—ralea de panteras cruzada con raza de leones—; y á Pepe se le había puesto en el magín que Angustias había de quererle, y lo juró por *la gloria é su pare y por la salutta é su mare* en la taberna y en el corro de los que más le envidiaban; ¡y malo era que *el Centellas*

se emperrase en una cosa! Pero ni ruegos, ni ternezas, ni rendimientos, ni locuras, ni amenazas de Pepe, conmovían á la desamorada *Princesa*; porque la *Princesa* era insensible á cuanto venía de afuera; vivía dentro de sí misma acariciando un ensueño, esperando un ideal.

He aquí su secreto, ignorado de todos. Un día, cuando la hija de Pedro Andarás era muy niña, y su belleza como esplendor de amanecer granadino, en una cuesta del Albaicín orillada de altas chumberas, encontróse á solas con una gitana vieja á quien decían la *Zajori*, la cual, tomándola una mano, la dijo: "Oye, gloria de Sierra Nevada, rosa de la Alhambra, sangre de reyes moros, de lo alto viene tu casta, y un *divé* me dice que no te cases, jasta que llegue el Príncipe que te ha de poné en un trono."

¿Fue misterioso atavismo de realeza? ¿Fue exaltación enfermiza de la fantasía, alucinación infantil, ó hereditario delirio de grandezas?

Lo cierto era que desde aquel día, y como si la gitana la hubiese hechizado con maléfico sortilegio, la niña inculta y apasionada vivía esperando al prometido Príncipe, y que á nadie, ni á su madre moribunda, confió su secreto.

III

La noche de un día de verano en que Pepe se pasó la siesta asido á la reja de Angustias, y llegó á llorar desesperado sobre sus hierros, con los ojos escaldados todavía por aquel llanto de fuego, con las mejillas rojas de rabia y de vergüenza, entróse en la taberna resuelto á sorber copas y copas con obstinación suicida, hasta

apurar en ellas el delirio, la locura, la muerte. Y bebió, bebió como un insensato... Pero cuando la flama del alcohol comenzó á serpear por sus venas, una furia ciega apoderóse de él, un instinto salvaje se alzó de los más innobles yacimientos étnicos de su sér, y los hombres que había en la taberna le vieron retorcerse como un epiléptico, y salir con pasos de fiera asiéndose á las paredes.

En la acera de su calle—una calle toda granadina sombreada por anchos aleros y balcones floridos,—sentada en una silla de aneas y respaldada contra la pared de su casita, estábanse Angustias mirando cómo la luz de la luna resbalaba lechosa y opalina por los muros blanqueados, ó se quebraba en los cristales del balconaje arrancándoles claros rieles de chispas azules ó diamantinas. Sin duda era la hora de sus misteriosas citas con el esperado Príncipe; acaso en aquella tibia luz de ensueño veíanle los ojos de su fantasía... De improviso, una forma negra surgió de las sombras que proyectaban los aleros y saltó con salto de tigre sobre la extática visionaria; dos veces se vió brillar en el aire un relámpago de acero, dos veces se hundió en el seno virginal la navaja del *Centellas*, y Angustias cayó de golpe al suelo anegada en el raudal de toda su sangre. Mientras el matador huía despavorido, la cara de la agonizante, bañada en luna, tomó una expresión mística como si columbrara algo divino.

Tal vez, á no esperar un ideal, Angustias se hubiera contentado con un hombre; pero... ¡caso la niña granadina era encarnación de toda una raza!

POR LA REPÚBLICA

I

UN RETAZO DE HISTORIA.

Al Conde de las Navas.

Tra-la-ra-ra-ri, tra-la-ra-ra-rii.

Hace veintisiete años, y aún me chilla dentro de los oídos aquel maldito clamoreo de las cornetas cantonales. ¿Que si presencié ó no presencié las escenas del 73 en Sevilla? Con que las refiera como si las hubiese presenciado, ¿qué más da que las viese ó que me figure haberlas visto?

Aquello, lectores carísimos, no cabe en descripciones, porque hay cosas que no reconstruye jamás la memoria, ni entran en las veinticinco letras del alfabeto, ni alcanza á pintarlas la misera pluma, tan pobre de recursos cuando se mete por los mundos maravillosos del color, del sonido ó de las sensaciones.

¿Ustedes aciertan á explicarse lo que es todo un pueblo, toda una gran ciudad con calentura? Pues eso era Sevilla en los días de Junio y Julio de 1873.

apurar en ellas el delirio, la locura, la muerte. Y bebió, bebió como un insensato... Pero cuando la flama del alcohol comenzó á serpear por sus venas, una furia ciega apoderóse de él, un instinto salvaje se alzó de los más innobles yacimientos étnicos de su sér, y los hombres que había en la taberna le vieron retorcerse como un epiléptico, y salir con pasos de fiera asiéndose á las paredes.

En la acera de su calle—una calle toda granadina sombreada por anchos aleros y balcones floridos,—sentada en una silla de aneas y respaldada contra la pared de su casita, estábase Angustias mirando cómo la luz de la luna resbalaba lechosa y opalina por los muros blanqueados, ó se quebraba en los cristales del balconaje arrancádoles claros rieles de chispas azules ó diamantinas. Sin duda era la hora de sus misteriosas citas con el esperado Príncipe; acaso en aquella tibia luz de ensueño veíanle los ojos de su fantasía... De improviso, una forma negra surgió de las sombras que proyectaban los aleros y saltó con salto de tigre sobre la extática visionaria; dos veces se vió brillar en el aire un relámpago de acero, dos veces se hundió en el seno virginal la navaja del *Centellas*, y Angustias cayó de golpe al suelo anegada en el raudal de toda su sangre. Mientras el matador huía despavorido, la cara de la agonizante, bañada en luna, tomó una expresión mística como si columbrara algo divino.

Tal vez, á no esperar un ideal, Angustias se hubiera contentado con un hombre; pero... ¡caso la niña granadina era encarnación de toda una raza!

POR LA REPÚBLICA

I

UN RETAZO DE HISTORIA.

Al Conde de las Navas.

Tra-la-ra-ra-ri, tra-la-ra-ra-rii.

Hace veintisiete años, y aún me chilla dentro de los oídos aquel maldito clamoreo de las cornetas cantonales. ¿Que si presencié ó no presencié las escenas del 73 en Sevilla? Con que las refiera como si las hubiese presenciado, ¿qué más da que las viese ó que me figure haberlas visto?

Aquello, lectores carísimos, no cabe en descripciones, porque hay cosas que no reconstruye jamás la memoria, ni entran en las veinticinco letras del alfabeto, ni alcanza á pintarlas la misera pluma, tan pobre de recursos cuando se mete por los mundos maravillosos del color, del sonido ó de las sensaciones.

¿Ustedes aciertan á explicarse lo que es todo un pueblo, toda una gran ciudad con calentura? Pues eso era Sevilla en los días de Junio y Julio de 1873.

Las losas de las aceras ardían y brillaban al sol como anchas placas de recién fundido acero; las paredes despedían vapores de horno; las puertas de las casas exudaban goterones de savia; los llamadores quemaban como planchas puestas á la lumbre, y no había materia que no se alterase, exhalando vaho caliginoso y penetrantes olores.

¿Paréceles á ustedes demasiado calor? Pues aún había en la ciudad tres hogares que competían con ventaja con los altos hornos bilbaínos. ¡Había tres barrios ardiendo! Los de Santa Cruz, San Bartolomé y Santa María la Blanca. Y aún más calor que el que llovía el sol, y el que irradiaba la tierra, y más que el que lanzaban los formidables incendios, contenían las cabezas volcánicas de un puñado de locos, borrachos de sol, de aguardiente y de alucinaciones, que, fusil en mano, machete al cinto y gorrilla colorada en la pelambre, se batían como fieras en las barricadas, y alborotaban como energúmenos por las calles. ¿Eran aquéllos los mismos que días antes jugaban á los soldados, con sus cartucheras charoladas sobre la blusa azul, ó sobre el uniforme de crudillo con rojas vueltas? ¿Eran aquéllas las aguerridas falanjes de Carretero, el pintor adornista; de Miguel Mingorance, el barbero de la calle de Caldereros, que, por más señas, ostentaba en la muestra de su tienda, á entrambos lados de su nombre, un pie desnudo y una mano colgante, surtiendo sendos chorros de sangre en blancas palanganas?

Aquellos mismos eran, si bien había que restar, de entre los combatientes, muchos, muchísimos de los que figuraron en las paradas, pa-

seos militares y alardes lucidísimos, como aquel de la noche de la fiesta de la Proclamación en la Alameda de Hércules, donde, rodeados de sartas de llamitas de gas, lucían los retratos de Castelar, Ruíz Zorrilla, Figueras, Pi y Margall, etc., etc., en torno del gran cuadro de la gigante Andandona, es decir, de una República federal, que parecía pintada por algún cabecilla carlista, según era de zafia, corpulenta y ordinariota la bellaca.—La pintura, digo, que con la señora República ¡guárdeme Dios de meterme!—Valiente hubo de aquellos que tanto se contonearon en la Alameda, á quien, en los días de la *junción gorda*, sacóle su brava mitad, á puros cachetes, del zaquizamí donde estaba zurradito de *canguelo*, y con la roja gorrilla, guarnecida de telarañas, llevaronle sus compañeros á morir sobre los adoquines de la Puerta de la Carne.

Ustedes, lectores amigos, no vieron aquello, ni le dieron importancia alguna, ni tendrán acaso noticia de sucesos tales, y, sin embargo, aquello es un jirón, un retacillo de historia patria, retacillo roto, enlodado, sangriento, y, por añadidura, muy parecido á otros muchos que andan rodando por las trasteras de la señora Clío. Mas, al cabo, es un jironcillo de epopeya nacional, empapado en sangre y en lágrimas.

No, no crean ustedes que voy á hacer historia. ¡Dios me libre del atrevimiento! Novela es, ó novelita, ¡y gracias!, ó como ustedes gusten llamarlo, esto que voy á trazar aquí de prisa, y en forma descarnada y monda de follajes y arrumacos retóricos.

II

FRASQUITO LLAMAS

¡Qué guapo era, señores, qué guapísimo, aquel pillete de Frasquito Llamas, aquel avisado oficialillo de herrero que...! Pero dejemos hablar á su madre, sevillana neta, creyente y pacífica, que, á la puerta de la fundición de San Antonio, acaloradamente discute con un grupo de señoras de la manifestación, — así dieron los periódicos en llamar á las amazonas republicanas.

— ¡Cáyese usted la boca, señora! — decía la señá Remedios. — ¡Qué tié que vé Maoliyo er Manco, ni Mengue er Mondonguero, ni er Cartujano, ni denguno? ¡Si no es porque yo lo diga, pero onde se pone Frasquito Llamas, republicano y tó, onde se planta mi Frasquito con er *suniforme* cantoná, y aquer garbo y aqueyo andare y aqueya sar de Dió, se pué poné... er Niño é la Vingé de lo Reye! ¡Y ya se me fué la lengua, porque en tocando á mi Frasquito...!

Y lloraba como una tonta. Razón tenía la buena mujer para entusiasmarse con el crío: primero, porque le había echado al mundo, y además porque Frasquito era hermoso como una escultura griega, valiente como un héroe del Romancero y más arrogante que el mejor matador de toros en medio del redondel. Desde que, niño aún, y con el pañal de fuera, acaudillaba aquellas heroicas pedreas que dejaron tan alta fama en los Humeros y Puérta de la

Barqueta, descubriase en el mocoso aquel don de mando, aquella certera vista, aquel arrojo y fiebre de acción que revelan á los grandes capitanes. De tal madera, ó más bien de tal bronce, fueron los Alejándros y Bonapartes. Lástima que aquel pollo de dictador gastase formas tan poco dignas del alto estilo de la epopeya, y que el prurito de hombrearse con los más desalmados ciclopes de la fundición, llevárale á presumir de bárbaro y á cultivar su animalidad, porque á no empeñarse tanto en parecer hombre, hubiéralo sido de veras.

Y de nada valían los gritos de la señá Remedios, ni sus plegarias y novenas para conseguir que su hijo se convirtiera y *ajurase* de aquella herejía de la República, que traía perdíos á los mozos é iba á concluir con el mundo, según lo que ella veía de *judiadas* y *animalds*; porque el hijo, cuantimás lagrimeaba y moqueteaba ella, más terne y más emperrao; ¡era el puro hierro aquer chavá! ¿Quedábale otra por dentro? Lo cierto era que él quería á la señá Remedios punto menos que á la Virgen de la Esperanza y al Señor del Gran Poder. ¡No le hablaban á él de otras Virgenes ni de otros Cristos!

Pero una personita había en Sevilla que hacía al mozo lavarse, ponerse camisa limpia, mirarse al espejo, lustrar el correaje, andar con más garbo y lucir los galones de cabo como si luciera un par de entorchados relumbrantes.

III

IDILIO

Aquella personita se llamaba Mercedes, y era lo singular del caso que tenía por padre al guardia López, uno de los guardias civiles incorporados a las tropas que Pavía acaudillaba contra Sevilla. Pero ¿qué importaba que fuese su padre un *sivi*, un verdugo del pueblo, si la chiquilla valía muchos *Peruses* y era bonita como las propias rosas de Mayo? ¿Ni qué culpa tenía ella de que su novio fuera cantonal, si era más valiente que Prim y más retenguapo que el ángel del paso de San Juan de la Palma? Así, que cuando ella oía cantar por las calles aquellas coplas de la República,

Ni me peino ni me lavo
ni me pongo la *resilla*,
hasta que no se establezca
la República en Sevilla,

y otras de igual arte, aunque su padre fuera civil se le alegraba el alma, porque ella no era republicana, ¡pero como su chiquillo lo era!

La noche que precedió al primer día de fuego—noche de indescriptible ansiedad para Sevilla!—Frasquito, de paso que llevaba un parte para el Comité central, se escurrió y llegó á la reja de Mercedes.—¡Así como así, acaso no la veré más!—pensó, y nó pudo resistir á aquel deseo. ¡Qué escena aquella á través de la reja

bañada en luna y rodeada de macetitas de albahaca!

—Frasquito, el corazón me da que se viene una desgracia muy grande; deja esa gorra, ese mardesfo fusí y eso galone colorao; métete en casa, y entre mi madre y yo te esconderemos, como... se han escondío otros.

—¿Qué dises, Mercedes, hay desertores por aquí? ¡Abre, abre la puerta!

—Sosiégate, chiquiyo, que aquí no hay nadie más que mi madre y yo.

—¡Ah!... creí... ¡Y lo que es como me engañes!

—¿Qué he de engañarte, si te quiero más que á mi alma!

—¡Sí, pero tú me hablabas de esconderme!... ¡Morena, si otro me lo disé!

—¡Jesús, que me asustas!

—¿Sabes tú lo que me proponías? ¡Eso se llama traición, cobardía, bajeza! ¡Eso es desertar, renegar... merecer cuatro tiros por la espalda! ¡Y quieres tú que yo haga eso! Mercedes, ¿me querrias tú así?

—¡No, niño, te quiero como eres; más hermoso que el sol y más valiente que el Cid! ¡Pero por lo mismo que te quiero tanto, no quiero, ¿lo oyes? no quiero que te maten!

—Déjate de lagrimeo, tontuela; vosotras las mujeres no sabéis de estas cosas. ¿Te acuerdas de aquer día que habló Castélar en la Lonja?

—¡Más te valía no haberle oído; desde aquer día estás chalaíto por estos belenes!

—¡No disparates, cariño! ¡Tú no le oiste, tú no viste aqueyo! Tú no sabes lo que es convertirse un hombre en un dios, y gorverse loco

toito un pueblo. ¡La fija! Así, tan retacuelo como es, y con su vosesiya é madama, ¡cabayeros, qué labia la suya! ¡Si le hubieras oído! Perlas y brillantes echaba por su boca, y estábamos lelos, y no se oía ni er resoyá de tanta arma; y ¡creelo, niña! mesmamente veía yo las *paderes* y las bóvedas del Consulaio *juirse* y *desapartarse* pa dejá sali toa aqueya música de palabras, toa aqueya fogará é luminarias y toíta la riola de gente gorda que aquer jesichero de hombre nos iba poniendo vivita allí elante los ojos... ¡Tú no sabes! ¿Qué sabes tú de aqueyas gentes de la antigüedad, de aqueyos héroes *estólicos*, que se morían riéndose y... ¡como ná, como tú te bebes un vaso de agual ¡por el honor de la patria, por la República, por la libertad del pueblo soberano! ¿Y aqueyo de la gloria y de las arpas *fólicas*, y aqueyos cielos abiertos y aqueyas palmas, y aqueyas *urnias sanatorias*, y aqueyo de la inmortalidad?... ¡Pues si uno no se mata por eso, por qué se va á matar en er mundo, chiquiya!

Y la chiquilla le contemplaba extasiada; su novio tomaba á sus ojos las proporciones de los héroes homéricos. ¡Qué hermoso era todo aquello! Verdaderamente... morir por tantas cosas ignoradas, incomprensibles, sobrenaturales... ¡qué dicha! ¡Pobres niños, lástima de corazones sin hiell! Pero todo aquello era por la patria, por la libertad, por la República.

—¿Sabes tú lo que es la República?—preguntó de pronto Mercedes.

—¿La República...? ¡Vaya! pues... eso, ya lo sabes. ¿Tú qué entiendes de ello?

—Pues tú tampoco lo entiendes, ¡no me digas!

¡Y mira que ir á matarse por una cosa que ni se sabe lo que es ni qué cara tiene!

—¡Cáyate la boca, cotorra...! ¿Sabes tú lo que es el querer, sí ó no?

—¡Toma!... yo... ¿la verdad?... ¿la verdad?... tanto como saberlo no lo sé; ¡pero lo siento y basta!

—Bueno, ¿y te dejaría matá por mi querer? ¡Si ó no, como Cristo nos enseña!

—¡Peasito asín me dejaría yo hasé por el querer tuyo, niño mío!

—¡Pue jate cuenta que eso digo yo de la República!

Y como sonarán de lejos cornetas destempladas, el pobre Frasquito, vuelto á la conciencia del deber, suspiró hondo, besó con delirio las manitas de Mercedes y hasta los hierros de su reja, y echó á correr calle adelante con el fusil al hombro, la cabeza muy erguida y los ojos llenos de lágrimas.

IV

DÍAS TRÁGICOS

Desde aquellos de la bárbara agresión á un entierro en la Macarena y del salvaje asalto á la Maestranza, no se vivía en Sevilla; todo era clamar de cornetas, patrullar de *pelotones*, alborotar de chiquillos, cierres inopinados de tiendas, insultos á los ricos, amenazas á los sacerdotes, registros y allanamientos de casas, silbidos, carreras, sustos y asonadas á toda hora. A la llegada de los malaguños, el escán-

dalo fue morrocotudo. ¿Pues y el día de la proclamación del *Cantón andaluz*? Pero cuando la algarada rayó en frenesí fue cuando triunfalmente entró en Sevilla el general Pierrad, cuando fulminó su proclama excitando á los federales á rechazar las tropas centralistas.

¡Con qué actividad maravillosa comenzaron los aprestos de defensa! No quedó piedra junto á piedra en las calles, ni herramienta ociosa en toda Sevilla, ni hubo ciudadano viviente que no llevase adoquín ó espuerta de tierra á las barricadas; sin que se eximiesen de tan honrosa labor pobres ni ricos, ancianos, señoras ó sacerdotes. ¡Allí no había clases, ni edades ni sexos! Que asomaba un *levita*, un *clerizonte* ó una señorona por la esquina de la calle... pues ¡al del *futraquel*! ó ¡al de la teja! ó ¡la pampingada! ¡Que carguen, que sirvan á los hijos del pueblo! ¡Jala, un adoquín ó una espuerta!... ¡Así, eso, eso! ¡Olé! ¡Viva la República!

Y en medio de aquella algazara de fiesta, entre palmoteos, cañas, piropos y coplas, iban subiendo los parapetos de adoquines, y amontonándose, por donde quiera, sacos de tierra ó colchones de lana, en bocacalles y barricadas. Por todas partes se oía rodar de cureñas y carros de municiones, voces de mando, tropel de voluntarios, tumultos, gritos y carreras de gentes, que huían despavoridas y hallaban atajadas las bocacalles, obstruidos los caminos, cerradas todas las salidas. ¡Con qué indecible afán se esperaban noticias de las tropas salvadoras! ¡Cuántas estupendas mentiras corrían por la ciudad! Y como no había correos, ni telégrafos, ni comunicación alguna con el resto

del mundo, la ansiedad ahogaba toda esperanza, y los continuos sobresaltos acababan por rendir los ánimos más valientes.

En aquella inolvidable noche del 27 al 28 sentíase, y hasta se respiraba, la inminencia del riesgo. Las horas de aquella noche no tenían sesenta minutos, se medían por siglos.

Angustioso fue el despertar de la señal Remedios, que no veía á su Frasquito desde la víspera, ni hallaba quien le diese noticias de él. Y como si su excitación fuera poca, aumentábanla y la exasperaban las oficiosas y levantiscas vecinas, con sus provocaciones y algaradas. Por fin, no pudiendo ya dominar su inquietud, lanzóse á la calle en busca de su hijo. Pero donde quiera que echaba el pie, una patrulla, un centinela, una barricada, un arma que amagaba á su pecho, una fiera voz que le gritaba: ¡Atrás!

A fuerza de vueltas y rodeos, llegó á la plaza del Duque, donde encontró, armado de un mandoble histórico—de los hurtados en la Maestranza,—y escoltando un carro, cargado de municiones, al gran Tirabeque, un aprendicillo de la fundición en que trabajaba Frasquito.

—¡Tirabeque, Tirabeque!—gritó la pobre mujer, á quien aquel encuentro sugirió una idea salvadora.—¿A onde vas, monigote, con ese escapadón y esa fantasía?

—¡No ponga motes, ciudadana! Vamos conduciendo municiones al Baratillo.

—¡Pue, don Tirabeque de mi vida, llévame contigo; dirle á esos señores der carro que soy la madre der cabo Llamas!

Tirabeque sabía, por experiencia dolorosa,

que el cabo Llamas tenía las puntas de los pies de puro hierro, y tras breve parlamento con los conductores del convoy, logró que la madre del cabo subiese al carro de municiones.

En el Baratillo vivía Mercedes, la novia de Frasquito, y la señá Remedios esperaba saber por ella de su hijo. A la mitad del camino atascóse el carro entre zanjas y barricadas; pero Tirabeque y Perdígón, otro federal de su talla, cumplieron como buenos, acompañando á la afligida anciana hasta la puerta de la casa de Mercedes.

Cuando la señá Remedios entró en ella, Mercedes lloraba acongojadísima, y su madre, la señá Pastora, poníale ante los ojos el índice, muy tieso, como quien amenaza ó reprende.

—Aunque usted perdonen, señora, aquí me trae la nesésida—resopló, jadeante, la señá Remedios.—Vengo buscando al condenao de mi Frasquito, que me tiene muerta!

—Por causa de él no vivimos aquí—respondió Pastora, sofocada.—Póngase usted en mi caso, señora: ¡Mi marío sív, y esta esaboría chalaíta por un rigolusionario!

—¡Ay, hija mía, más que á usted me duele á mí que lo sea! Que, aunque probe, soy honrá y temerosa der Señor. Pero si es mi hijo, ¿qué jago? ¡Si le quió más que á las telas de mi corasón!

Y sin más ceremonias, Mercedes y la señá Remedios se abrazaron, llorando á mares, confundiendo en aquel abrazo todo el amor que las dos sentían por el terrible sectario.

—Yo m'ajogo, señá Remedio, no sé palabra de Frasquito, y disen que hoy se va á ardé Sevilla; vamos á buscarlo.

—Vamos—sollozó la madre.

—¡Aguardáse usted—gritó Pastora,—que cuentan que por ese infierno de calles no puén pasá las mosita; dejen, que yo iré antes á buscá argo que comé, y echaré una mirá por ese jerviero.

Cuando salió Pastora, Remedios y Mercedes volvieron á abrazarse, y no acababan de decirse cuánto querían á Frasquito, lo bueno que era y la rabia que las dos tenían á *aquello* de la República. Cuando más enfrascadas estaban en sus confidencias... ¡prrrúm!... ¡púuum!... ¡próoom! ¡Sevilla se venía á abajo! ¡Santo Cristo de Torrijol! ¡Vinge de Consolación! ¿qué pasa?

En esto, apoyada en los bizarros Tirabeque y Perdígón, llegó Pastora más blanca que el papel. ¿Qué tenía? Entre los dos valientes contaron lo sucedido.

—Ná; que yo y Perdígón nos queamos ahí en la esquina, liando un pitiyo, y oyendo á esos malagueños, que isen que mos vamos á tragá á las tropas...

—¡Bueno, acaba!—ordenaba la señá Remedios.

—Pa abreviá—intervino Perdígón,—que yo y ese estábamo ahí plantao, cuando salió esta señora, y conforme salió, una ciudadana cantonala de ahí á la vera sartó chiyando: “¡A esa, á esa, que é una *sivila!*”, y... ¡cabayero!, se güerven los malagueño, y... ¡casi ná!, que si no es porque cuando ya me la tenían trincá, ¡cattarrataplum!, ¡plum!, sonó la primé andaná, y apartamo tós á juí, la espeazan.

—¡Grasias á la Virgen Santísima que te ha librao, madresita mía! Pero estate tú aquí

aguantá, y vámonos á traernos á Frasquito, señá Remedios, que nos lo van á matá.

¡Prrúm!... ¡prum!... ¡plómb!, el primer canonazo.

—¡Vámonos, vámonos volando!—gritaba la pobre Remedios; pero faltáronle las fuerzas: su congoja, su miedo y su debilidad—llevaba tres días de no comer—fueron tan grandes, que cayó casi desmayada en una silla; Pastora comenzó á echarle agua en la cara, pero Mercedes seguía gritando:—¡Vámonos, vámonos, señá Remedio!

—¿Qué te has de ir, atrevida, más que loca?—voceaba su madre;—y Mercedes lloraba convulsivamente, insistiendo en su desatinado empeño.

—No s'afija usted, señá Mersedita—dijo el gran Tirabeque,—ahora no premiten andá mujere por las cayes; pero nosotros, que somos hombres y cantonales—y mostraba las gorriilas, marcadas con la R y la F,—iremos á buscarle, y le traeremos aquí, si usted quiere. Este sabe dónde está el pelotón en que va el señó Llamas.

—¡Sí, eso, eso, que vayan!—exclamó señá Remedios, hallándose incapaz de ir ella misma.—Que vayan y le digan que yo me he puesto mala y quiero verle.—Y en cuantito que entre (al oído de Mercedes), le trincamos tú y yo, ya verás...—¡Sí, hijos míos, dir vosotros que sois dos valientes! ¡Como me lo traigáis, os vais á ganar más achuchones y más cuartos!—y los besuqueaba, llenándolos de lágrimas y babas, con grave mengua del alto decoro de tan bravos campeones.

Limpiándose las caras con las mangas de las blusas, saltan los dos héroes, cuando ¡prrróm!, próom!, ¡púm!, ¡aquello se ponía muy feo! Tirabeque sentía que las piernas se le blandeban, y muy bajito preguntó á Perdigón, como protegiéndole:—¿Tienes miedo, niño?—El amor propio del guerrero se ofendió gravemente, y aunque temblando como un azogado, contestó con estoico desdén:—¿Yo miedo?... Como no lo tengas tú, ¡puñales!—Y más muertos que vivos echaron á andar hacia el lugar de la refriega.

V

EN LAS BARRICADAS

Quando, con tanta curiosidad como terror, llegaron á él los dos gurripatos mensajeros, ¡qué habían de acordarse de su mensaje, ni de señá Remedios, ni de nada, si la Puerta de la Carne era un brasero, un volcán en erupción, el mismo infierno con sus calderas hervorosas, sus demonios tiznados, sus aullidos espeluznantes y su atmósfera negra, borrascosa, flamígera, densísima de polvo, humo, petróleo, pólvora, sangre y lumbre viva!—Camará, ¡la fin der mundo!—chilló Perdigón, asomando el hociquito ratonil por la esquina de la calle de Encisos, por donde habían logrado escurrirse.—¡Quitate ayá, cachorro!—pronunció el intrépido Tirabeque, con las pupilas dilatadas por el miedo; y cuando metió las narices en Santa María la Blanca, estuvo á punto de caer patas arriba de

aguantá, y vámonos á traernos á Frasquito, señá Remedios, que nos lo van á matá.

¡Prrúm!... ¡prum!... ¡plómb!, el primer canonazo.

—¡Vámonos, vámonos volando!—gritaba la pobre Remedios; pero faltáronle las fuerzas: su congoja, su miedo y su debilidad—llevaba tres días de no comer—fueron tan grandes, que cayó casi desmayada en una silla; Pastora comenzó á echarle agua en la cara, pero Mercedes seguía gritando:—¡Vámonos, vámonos, señá Remedio!

—¿Qué te has de ir, atrevida, más que loca?—voceaba su madre;—y Mercedes lloraba convulsivamente, insistiendo en su desatinado empeño.

—No s'afija usted, señá Mersedita—dijo el gran Tirabeque,—ahora no premiten andá mujere por las cayes; pero nosotros, que somos hombres y cantonales—y mostraba las gorriilas, marcadas con la R y la F,—iremos á buscarle, y le traeremos aquí, si usted quiere. Este sabe dónde está el pelotón en que va el señó Llamas.

—¡Sí, eso, eso, que vayan!—exclamó señá Remedios, hallándose incapaz de ir ella misma.—Que vayan y le digan que yo me he puesto mala y quiero verle.—Y en cuantito que entre (al oído de Mercedes), le trincamos tú y yo, ya verás...—¡Sí, hijos míos, dir vosotros que sois dos valientes! ¡Como me lo traigáis, os vais á ganar más achuchones y más cuartos!—y los besuqueaba, llenándolos de lágrimas y babas, con grave mengua del alto decoro de tan bravos campeones.

Limpiándose las caras con las mangas de las blusas, saltan los dos héroes, cuando ¡prrróm!, próom!, ¡púm!, ¡aquello se ponía muy feo! Tirabeque sentía que las piernas se le blandeban, y muy bajito preguntó á Perdigón, como protegiéndole:—¿Tienes miedo, niño?—El amor propio del guerrero se ofendió gravemente, y aunque temblando como un azogado, contestó con estoico desdén:—¿Yo miedo?... Como no lo tengas tú, ¡puñales!—Y más muertos que vivos echaron á andar hacia el lugar de la refriega.

V

EN LAS BARRICADAS

Quando, con tanta curiosidad como terror, llegaron á él los dos gurripatos mensajeros, ¡qué habían de acordarse de su mensaje, ni de señá Remedios, ni de nada, si la Puerta de la Carne era un brasero, un volcán en erupción, el mismo infierno con sus calderas hervorosas, sus demonios tiznados, sus aullidos espeluznantes y su atmósfera negra, borrascosa, flamígera, densísima de polvo, humo, petróleo, pólvora, sangre y lumbre viva!—Camará, ¡la fin der mundo!—chilló Perdigón, asomando el hociquito ratonil por la esquina de la calle de Encisos, por donde habían logrado escurrirse.—¡Quitate ayá, cachorro!—pronunció el intrépido Tirabeque, con las pupilas dilatadas por el miedo; y cuando metió las narices en Santa María la Blanca, estuvo á punto de caer patas arriba de

espanto.—¡Perdigón, Perdigón, Tirabeque, aquí!—gritó una voz conocida y que ejercía sobre ellos decisivo influjo, pero que partía del propio lugar del combate; por lo que los chiquillos temblaron, sobrecogidos.—¡Perdigón, Tirabeque, aquí ahora mismo!—mandó la voz formidable; y las criaturas, lívidas y castañeteando los dientes, acudieron al llamamiento. La voz imperiosa era la de Frasquito, bien la conocían; pero aquella cara negra, alargada, terrible; aquellas pupilas fieras y llameantes ¿eran las suyas?—¡Aquí, *morraya*, aquí de golpe, á traé cubos de agua pá refrescale las entraña á este berrendo!—ordenó Frasquito, señalando á un cañón de viejo sistema, que asomaba la humeante boca por la de la calleja abierta entre un palacio y una casa célebre por su patio y azulejos mudéjares. El artillero que servía la pieza cayó muerto á los primeros tiros, y apoderado Frasquito de ella, no se sabe por qué recóndito misterio estratégico, la imponente máquina había de cargarse dentro del callejón, y ya cargada, á poder de cuerdas, mulas, hombres, reniegos y blasfemias, sacábanla á la calle, y una vez allí, mejor ó peor apuntada, ¡brúm!, hundíase el barrio con el estrépito del zambombazo.

Desde que Perdigón y Tirabeque entraron al servicio de la terrible *chocolatera*, caldeóseles la sangre belicosa, y recordando con desprecio sus primeras armas de mentirijillas en las batidas del Muro y Puerta Real, hallábanse dignos de los rojos bonetes que honraban sus altaneras frentes; fiebre guerrera enardecía sus corazones, ansia de gloria dilatava sus pechos va-

roniles, y cuando desde lo alto del parapeto vieron caer á los soldados de Ramales barridos por la metralla, cuando les vieron huir poseídos de pánico, sus voces poderosas se mezclaron al coro atronador de aclamaciones y relinchos de gloria que ensordeció á Sevilla.

¡Qué fiebre aquella de entusiasmo, de fuego y de muerte! ¿Qué digo fiebre? Fue un delirio, un frenesí, una hidrofobia, un tétano que duró tres días. Pero tres días en los cuales no había días ni noches, ni descanso, ni alimento, ni medida del existir. Las horas de aquellas jornadas trágicas no se sucedieron con la inexorable sucesión del tiempo: cayeron unas sobre otras y se fundieron en una masa informe de fuego, humo, sombras, relámpagos, sangre, espanto y terrores indescriptibles.

Mientras las balas de los Remington de las tropas, cuyo alcance asombró á los sevillanos, atravesaban la ciudad de extremo á extremo, los cañones cantonales vomitaban metralla contra las filas de Pavía, y por lo alto de las casas de San Bartolomé y San Esteban cruzaban negros demonios derramando latas de petróleo, pastillas de azufre y pólvora y pelotas de estopa encendida que determinaban súbitos incendios: cuando las llamas subían al cielo, y las maderas crujían y los pisos se quebrantaban, y corrían espantadas las gentes, y el estrépito, el polvo y el horror de los desplomes ensordecía, cegaba y helaba la sangre, acudían en tropel las bombas de incendios pérfidamente llenas de petróleo, y al caer sobre aquellas hogueras ríos del inflamable líquido, nubes de humo negro y densísimo se amontonaban entre

los muros en apretados cúmulos, ofanse entre paredes y vignerío hondas regurgitaciones y estridentes estallidos, y allá iban, más altas que la Giralda, las gigantescas llamas rojazules, que palidecían ante la llama viva del sol, que amenazaba calcinar la tierra.

Al amanecer del día tercero se hizo un silencio hondísimo, una calma pesada, un reposo de sepulcro. Era que los hombres de aquende y de allende las barricadas caíanse á tierra rendidos al cansancio: la animalidad, exasperada por el largo ayuno, por la bárbara tensión nerviosa, imponíase brutalmente, eclipsando en ellos la conciencia, é indiferentes á la muerte ó á la vida, rodaban como odres lacios, quedándose dormidos sobre charcos de agua y sangre, sobre montones de agudas piedras, sobre cajas de municiones ó sobre los mismos troncos rígidos de los cadáveres.

Frasquito, como todos, cayó en aquel aplastante sueño; pero cuando la luz del amanecer se derramaba tibia y lechosa sobre el horrible escenario, despertó dolorido y ataraceado por las durezas del aspérrimo lecho formado por un montón de adoquines, donde hacía de almohada una de las ruedas del ya inutilizado cañón. Angustiadísimo despertó el mozo con la cruel pesadilla de que un soldado de caballería le cortaba á cercén la cabeza, como si sintiera hundirsele en el cuello el tajante sable, al paso que un cuerpo duro, sin duda la rodilla de su enemigo, le oprimía el estómago á punto de asfixiarle. Ya despierto, reconoció que el duro filo que le degollaba no era sino el de la llanta de la rueda sobre el cual gravitó su cuerpo

dormido hasta hundírsele en la garganta, donde conservaba hondísimo surco; y vió que el grave peso que él tuvo por rodilla de su enemigo, no era sino la cabeza espeluzniada del gran Perdigón que, despojada de la gorrilla, reposaba sobre su estómago como en la más blanda almohada. — ¡Pobres criaturas! — pensaba Llamas acomodando á Perdigón contra un saco de lana sobre el cual dormía el otro arrapiezo — ¡qué amarillos y desencajados están los inocentes! ¡Entretanto sus madres...! — Este nombre despertó súbitamente en él el recuerdo de la suya. — ¡Madre de mi vida! — clamó en sus entrañas la voz interior. — ¿Qué será de ella? — Probó á levantarse y halló que las piernas no le sostenían, y tropezando y cayendo, fué á dar en el parapeto de adoquines contra el cual dormían, como troncos, los centinelas, y como las fuerzas le faltasen, tendióse sobre un montón de sacos que dominaba la improvisada trinchera. Desde allí, y al pie del parapeto, descubrió un grupo trágico: dos soldados muertos que yacían uno sobre el otro. El de arriba cayó de boca, atravesado sobre el compañero; era un tronco amorfo, del cual no se destacaban sobre el uniforme enlodado y la tierra sangrienta sino las suelas de las alpargatas y la funda y cogotera blancas del ros. El de abajo había caído de espaldas con las piernas y los brazos extendidos en cruz; Frasquito veía perfectamente sus pies amarillos como la cera cruzados por las negras cintas de las alpargatas, sus manos crispadas en el espasmo de la muerte, su cárdena boca abierta al exhalar el espíritu, y en sus pupilas vidriosas cuajado el espanto de la última mira-

da; la luz del amanecer, resbalando por aquella faz marmórea, aumentaba el horror de su inmovilidad de estatua.—¡Pobre mozo, en la flor de su vida!—sintió Frasquito.—Y tendría madre, y tendría novia!... Y todo ¿por qué? ¿por qué?... ¡Dios mío!

Como si dentro de su corazón se rompiese un enorme témpano de hielo, el cabo de cantonales sintió que toda el alma se le derretía y que toda la sangre se le hacía lágrimas. Aquel estallido del sentimiento, aquella reacción de la conciencia determináronse en enérgico, arrollador deseo.—¡Sí, sí, quiero verlas, necesito verlas, no quiero que me maten sin haberme hartado los ojos de mirarlas!—Y la imagen de Mercedes y la cara llorosa de la señá Remedios se dibujaban distintamente en el espacio por delante del pobre soldado, que también tendría madre y novia y no volvería á verlas. Tan grande era la exaltación de Frasquito, que sintió ganas de bajar y poner en aquella helada frente el beso que no podía darle su madre; pero mayores ímpetus le impulsaban á ir á arrojarle, como cuando niño, en los brazos de la suya y sentir en las mejillas los besos hambrientos y las calientes lágrimas de su vieja. ¡Sí, él no podía ir á la muerte sin aquel viático de amor! Quiso levantarse, pero sus miembros no le obedecían; un intenso calofrío sacudió su cuerpo, y cayó en un marasmo invencible, á través del cual sentía que su voluntad iba como desasida del cuerpo, llamando inútilmente á los sentidos. ¿Si estaría él también muerto como el infeliz soldado?... Pero no; al cabo de largo, larguísimo tiempo, comenzaron á picarle las

carnes con el ardor del sol; sonaron clarines fuera y dentro de la ciudad...; pasó el tío *Trinquís* repartiendo el aguardiente, y alguien le puso en los labios una copa de aquel líquido fuego, que él apuró con ansia. Después llegó el señor *Quintales*, capitán de su pelotón; sacudióle fuertemente y le dijo:—Cabo Llamas, por su *güen* comportamiento de ayer, es usted *sagunto*. Frasquito se encontró instantáneamente de pie, erguido, cuadrado, en arrogante postura militar. El calor del sol, el rescoldo del aguardiente, la voz de los clarines, las palabras del capitán, caldearon de nuevo su sangre meridional.—¡Ahora vuelvo á ser hombre!—pensó; y arrepintiéndose de haberlo sido aquella madrugada, tornó á sentirse fiero y se lanzó lleno de entusiasmo, sediento de acción, al bárbaro torbellino de la ya empeñada lucha.

VI

AMOR Y MUERTE

Entretanto, ¿qué había sido de su madre y de su novia? Adivinando con el certero instinto del amor la tregua que el cansancio impuso á los combatientes, antes que clarease el día Mercedes y señá Remedios salieron quedamente de la sala donde dejaban dormida á Pastora, y guiadas por la ciega fe de su cariño lanzáronse al imponente dédalo de las calles, erizadas de peligros. Fácilmente vencieron los primeros obstáculos, porque el sueño de los centinelas

dejábales por todas partes el paso libre; pero tenían que subir verdaderos montes de adoquines y saltar desde lo alto de parapetos de uno ó dos metros de elevación, ó pasar llenas de susto sobre los cuerpos de los dormidos guardianes; así fueron desde la calle de Santas Patronas á las Gradas de la Catedral, y de allí á la Borceguinería, dirigiéndose por las de Fabíola y Farnesio á Santa María la Blanca; pero ya en la esquina de esta última, un muchacho á quien preguntaron por el cabo Llamas, dijoles por error que éste se hallaba en la puerta de Carmona, y las pobres mujeres, sin medir el peligro que arrostraban, corrieron á meterse en el barrio incendiado de San Bartolomé por la calle de Levies; pero al atravesar la de San José, una bala de las muchas que por allí cruzaban hirió en un brazo á la señá Remedios, que sin cuidarse del dolor ni de la sangre que perdía, obstinábase en seguir adelante. En la calle de Levies encontraron una ambulancia de la Cruz Roja, que recogió á la herida, llevándosela al hospital de sangre que unas piadosas monjas habían improvisado en lo que fue convento de San José, y una vez acogida y curada allí la anciana, Mercedes continuó resuelta su peligrosa odisea en busca de Frasquito. ¡Qué riesgos de muerte arrostró y qué siniestras escenas presenció por aquellas espantosas calles! Sitios había donde los montones de negros escombros y los haces de maderos incendiados le cerraban el paso; parajes donde los desplomes de las opuestas manzanas se cruzaban, cegando las calles con sus enormes detritus. Hogares halló volcados trágicamente en medio de la

calle; reliquias de amor y devoción anegadas en el fango negruzco, en aquel lodazal de petróleo, tierra y hollín que lo manchaba todo; vió cuadros de santos hechos jirones; una cuna de mimbres incendiada; montones de libros humeantes; un gato achicharrado, tumefacto y ya en descomposición; un retrato y un paquete de cartas ardiendo entre el cascote; todas las intimidades domésticas profanadas, caídas en el arroyo. Ella no quería ver nada; pero todos estos horrores le salían al paso, la manchaban con sus negras cenizas ó la quemaban con sus rojos tizones. Y con los pies llagados y heridos de pisar brasas, clavos y cristales, unas veces rodeando, otras huyendo de los hundimientos, otras perdida en aquel laberinto incendiado como en región de pesadilla, llegó á la calle del Vidrio y salió á la puerta de Carmona, donde los soldados de Pavía y las gentes del cantón se batían ya cuerpo á cuerpo, y en el huir desesperado y en el salvaje embestir lo arrollaban todo; pero Mercedes no veía nada, no retrocedía ante nada, y preguntaba con demente obstinación á aquellos poseídos: "¿El cabo Llamas?... ¿Dónde está el cabo Llamas?" Nadie la oía, nadie reparaba en ella; su voz se perdía en el bárbaro fragor de la lucha, y los círculos de aquel ciclón de muerte la envolvían en sus vertiginosos giros. De pronto una áspera voz contestó á la suya:—El cabo Llamas, que ya no es cabo, sino arferes, está en la puerta de la Carne; si quíe verle vivo, niña, vente, que pá ayá voy yo—gruñó el tío *Trinquis*, el repartidor de aguardiente, que iba hacia donde dijo, cargado de cartuchos, de

que había allí grande falta. Oyéndolo sintió Mercedes que le nacían alas por todo el cuerpo; y como si los llagados pies no le sangraran, como si quedaran energías en su agotado organismo, comenzó á correr, llevada de su deseo; y, alejándose, oía la voz del tío *Trinquís*, que seguía narrando las hazañas y ascensos de Frasquito.—Esta mañana me lo jisieron sagento, y cuando s'estiró er capitán Quintales, er tiniente le arrancó ar muerto una de las estrellas, y con un arfilé se la apuntó ar señó Llamas en la manga erecha, y, ¡cátatelo ofisiál! digo, si es que no lo han matao, porque está jecho un león y...—Mercedes no oyó lo demás, porque aturdida y jadeante salió de la calle del Vidrio, entró en la de Céspedes, y volvía ya á Santa María la Blanca, cuando un grupo de cantonales fugitivos que corrían arrojando armas, gorras y correaes, la arrolló en su ciega desbandada.—¡Dios mío, esto es que entran las tropas! ¿qué será de Frasquito?—pensaba Mercedes, refugiada en el hueco de una puerta. Cuando pasó el tropel emprendió de nuevo su ansiosa carrera, y despreciando infinitos peligros, sorda al formidable estruendo del combate, ciega á las masas de hombres que la empujaban y oprimían, insensible á los golpes, indiferente á la muerte, poseída de un solo deseo, de un anhelo infinito, llegó ante el mismo parapeto de la última barricada á punto que se cruzaban los postreros tiros, á punto que las gentes de Pavía tomaban carrera para lanzarse como tigres á la bayoneta.—¿A dónde vas, mi vida?—gritó una voz que la estremeció hasta el fondo del alma; y en lo alto del parapeto, en-

vuelto en humo, alumbrado por los fogonazos de las descargas finales, negro, desencajado, frenético, hermoso con la trágica y salvaje hermosura de un héroe ó de un poseído, vió Mercedes á su novio, que ostentaba en la manga derecha del roto uniforme una estrella bañada en la sangre que le corría del brazo, y con el fusil enarbolado á modo de maza en la mano izquierda, se aprestaba temerario á recibir el bárbaro asalto á la bayoneta. Apenas si los ojos de la muchacha pudieron llenarse de aquella visión hermosa y terrible que duró lo que el esplendor de un rayo, porque Frasquito, herido en la mitad del pecho por una de aquellas postreras balas, rodó dando vueltas desde lo alto del parapeto y fué á caer á lo hondo de un hoyo que cerca de las casas de la acera derecha se abría entre montones de tierra, de colchones y adoquines. Allí se hundió también Mercedes asida al cuerpo de su adorado; allí se abrazaron con ansia infinita en el sublime impudor de la muerte. El herido quería hablar, y las angustias mortales y la sangre que le brotaba de la boca se lo impedían; Mercedes mojó su pañuelo en un cubo de agua que allí había y lavó la cara de su novio, mojó sus labios sedientos y empapó sus sienas, con lo que, limpio de su máscara de humo, el rostro del muchacho apareció en toda su varonil hermosura, pero velado ya por la trágica lividez de la agonía. Mercedes, al ver la descomposición de aquel adorado semblante, creyó que el alma se le rompía en pedazos; y en tal momento, un estrépito salvaje sonó sobre ellos; los adoquines del parapeto rodaban empujados por una fuerza inva-

sora; por donde quiera sonaban gritos de muerte, aullidos de venganza, y un sordo tropel como de huracán desatado ó desbordada marea lo llenaba todo con su creciente oleada; era que miles de pies hollaban el parapeto; que millares de hombres corrían por la brecha como tromba desencadenada; que los infantes de Pavía entraban á la bayoneta, ciegos, frenéticos, arrollándolo todo.

Un grupo de soldados, poseídos del vértigo de la matanza, asomó por el negro agujero donde yacían Frasquito y Mercedes; por un momento pareció que sus bayonetas ensangrentadas y hambrientas iban á cebarse en los cuerpos de los novios... Pero no; los vencedores retrocedieron un paso y se les vió volver las caras, como poseídos de emoción y respeto: lo que habían visto podía más que el furor de la victoria; ¡era el amor y la muerte!; y pasaron.

En un momento de postrera lucidez, el moribundo se llevó la mano sana al pecho, arrancó de él un escapulario empapado en sangre (todos aquellos herejes llevaban el suyo), y dijo á Mercedes:—¡Toma... para mi... madre... y... y...—la extrema agonía cortaba su voz estertorosa; pero aún quería hablar, se obstinaba en decir algo—y... dile... dile—acabó haciendo un supremo esfuerzo—que... maldita sea... la República!—Y espiró sin haber sospechado lo que era.

CUENTOS VARIOS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

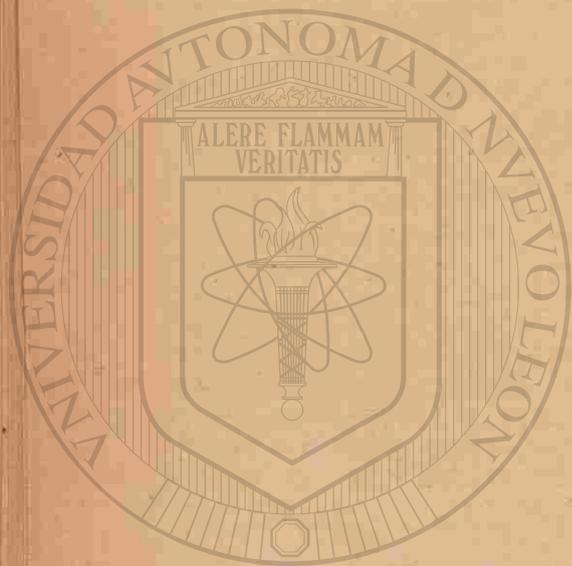
sora; por donde quiera sonaban gritos de muerte, aullidos de venganza, y un sordo tropel como de huracán desatado ó desbordada marea lo llenaba todo con su creciente oleada; era que miles de pies hollaban el parapeto; que millares de hombres corrían por la brecha como tromba desencadenada; que los infantes de Pavía entraban á la bayoneta, ciegos, frenéticos, arrollándolo todo.

Un grupo de soldados, poseídos del vértigo de la matanza, asomó por el negro agujero donde yacían Frasquito y Mercedes; por un momento pareció que sus bayonetas ensangrentadas y hambrientas iban á cebarse en los cuerpos de los novios... Pero no; los vencedores retrocedieron un paso y se les vió volver las caras, como poseídos de emoción y respeto: lo que habían visto podía más que el furor de la victoria; ¡era el amor y la muerte!; y pasaron.

En un momento de postrera lucidez, el moribundo se llevó la mano sana al pecho, arrancó de él un escapulario empapado en sangre (todos aquellos herejes llevaban el suyo), y dijo á Mercedes:—¡Toma... para mi... madre... y... y...—la extrema agonía cortaba su voz estertorosa; pero aún quería hablar, se obstinaba en decir algo—y... dile... dile—acabó haciendo un supremo esfuerzo—que... maldita sea... la República!—Y espiró sin haber sospechado lo que era.

CUENTOS VARIOS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL SALVADOR

I

Hallábame convaleciente de enfermedad gravísima, que me tuvo al borde del sepulcro, y el bueno del doctor Mediano se esforzaba por distraerme, contándome historias que parecían hechas de encargo para alborotar mi sistema nervioso y mi sensibilidad, fuerzas tan desencadenadas entonces que amenazaban acabar con mi endeble y, á la sazón, demacradísimas persona. Pero el viejo Galeno creía que á las niñas anémicas y románticas—para él cuanto no fuese animalidad era romanticismo—había que curarlas por el sistema homeopático, *similia similibus*... Y lo mejor del caso estaba en que aquel tremendo materialista era un poeta inconsciente; así, después de arrellanarse junto á mi butaca, empezando por carraspear y liar un cigarrillo de papel higiénico, me atizaba cuentos ó sucedidos, que de todo en todo contradecían sus teorías, como éste que á la letra reproduzco:

“Hacia 1868 duraba aún en Sevilla la costumbre de poner á los cadáveres de cuerpo pre-

sente en las salas bajas y ante una ventana que diese á la calle, abierta de par en par, á fin de que cuantos pasasen pudieran ver al difunto, descubrirse ante él, y, si fueren piadosos, rezarle, y si no, *hacerle las honras*, como acá decían. Corrientes de cultura y de libertad han ido desterrando esa vieja usanza, á nombre del respeto debido á los muertos, á quienes se exponía, como en escaparate, á la curiosidad profana, y con frecuencia á las burlas y groserías del vulgacho. Y es que tal costumbre, hecha para tiempos de fanatismo en que todo repetía el desesperante *morir habemus* de los cartujos, resultaba impracticable en estos días, en que el pueblo ha perdido el miedo á los muertos, y las clases educadas han cobrado, con razón, *asco* á esos espectáculos, que ya se nos dan de sobra en la vida, sin que vayamos á buscarlos. Y en efecto, eso de pasar uno por la calle y encontrarse, á deshora, ante una ventana que le mostraba, quieras que no, la pavorosa capilla, con su muerto tieso y lívido, ¡vamos!, eso era una salvajada que ponía los pelos de punta, alteraba la digestión, crispaba los nervios, y con frecuencia ofendía la vista, con pormenores de *Morgue*, y el olfato, con emanaciones nauseabundas y, sobre todo, antihigiénicas. Así, á nombre de la salubridad, del progreso y aun del *ornato* público, debía desaparecer, y desapareció felizmente aquel resto de barbarie mística, bueno para los tiempos de *Mañaras* y *Tenorios*, para la época en que á los disolutos se les aparecía su propio entierro á la vuelta de una esquina, si ya no se animaban las estatuas para sermonearles y

convidarlos á cenar; para los días en que el pueblo español, metido á teólogo, se regodeaba con los *autos sacramentales*, y veía sin bascas los *pueritos* de Valdés Leal, como veían entonces entusiasmadas las gentes de todo el mundo los cuadros de santos despellejados, los *juicios finales* ó los *triumfos de la muerte*.

Pero... ¿ahora? ¡Para pensar en la muerte están los tiempos! El que quiere á la muerte, la tiene cuando se le antoja en el cañón de su revólver, ó se la compra á precio módico en un frasquito de láudano, ó, más barata, en un par de cajas de cerillas de Cascante, ó la busca de un salto desde un tercer piso á las piedras de la calle. Pero al que no la busca, ni la necesita, ni quiere acordarse de ella, ¿para qué meterla por los ojos?"

Un furioso golpe de tos cortó la palabra al pobre doctor asmático; y mientras él tosía, bebía y se serenaba, por mi débil cabeza de enferma cruzaban silenciosamente pálidas ideas, empapadas sin duda en la efusiva ternura de los convalecientes, y que se guardaban muy mucho de exponerse á las profanas miradas del médico. Aquellas ideitas femeninas iban y venían desde este material y efímero á otros mundos que empiezan donde el presente acaba, y cuya vida suprasensible y prestigiosa se filtra, á pesar nuestro, en esta complicada máquina de nuestro ser, mucho más de lo que piensan y sienten los doctores Medianos. En virtud de aquellas ideitas mujeriles—en nosotras todo es chiquito y limitado, hasta las ideas—pensaba yo que no era todo prosa é insalubridad en aquella vieja costumbre de que

abominaba el doctor, y hasta se me ocurría que atesoraba intensa belleza romántica—á título de bellezas románticas se perdonan todavía las sublimidades cristianas—aquella práctica piadosa, que lo fue, como la representación de los *autos*, mientras hubo almas creyentes, y se volvió profanación desde que las almas se profanizaron.

Pero mi doctor, repuesto de su ataque, reanudaba el cuento que anunció como interesante, y yo me volví toda oídos y curiosidad impaciente.

—Ustedes recordarán á mi pobre amigo y discípulo Pepe Águilas—empezó, yo no podía recordarle, mi madre sí, y asintió con la cabeza.—Pues bien, Pepito Águilas era un buen muchacho, y hubiera sido un médico perfecto, á no adolecer, como la niña de ustedes, del achaque del romanticismo. Pero, en fin, él se era como Dios, ó quien fuere, le hizo, y tal como era, yo le quería como á hijo; así, lo que voy á contar me llega tan á lo vivo, que... ustedes me perdonarán si, contradiciéndome á mí propio, cayera en romanticismo al remover memorias que están como empapadas en él.

Era, como dije antes, en 1868, una mañana de las primeras de nuestro Abril sevillano, todavía frescas, pero ya claras, floridas y tan tempranas, que á las cuatro amanece; y no había hueco de fachada ni pretil de azotea sin su golpe de macetas reventando de claveles, jacintos y lirios... y digo esto porque importa á mi cuento,

no por meterme en dibujos. Como Pepillo era tan estudioso, pasábase las noches de claro en claro sobre los libros; pero cuando asomaba el sol los ojos, envolviase en la pañosa, como estudiante bohemio, y se iba por esas calles de Dios á ver *despertarse la ciudad*, como él decía; cosa á la cual maldita la gracia que le veo; pero Águilas era así, nació más para poeta que para médico, y si me aprietan, diré que casi tenía vocación de cura, de misionero ó cosa tal, según vivía entre contemplaciones y soledades.

Esta mañana á que me refiero, el demonio le tentó con la idea de meterse por uno de sus barrios favoritos, los alrededores del Alcázar, allá por la *Plaza de Doña Elvira*, calles de la *Gloria*, del *Ataúd*, de la *Susona*... en fin, lo más mohoso, asombrado y feo, y para él lo más *poético* de Sevilla.

Justamente en una de esas calles que he dicho, no sé si en la de la *Gloria* ó en la del *Ataúd*, había una ventana baja abierta, y tras de su reja, en una sala colgada de paños blancos y ante un altar donde entre luces y flores se alzaba una imagen de la Purísima, metida ya en su ataúd blanco, puesto sobre una mesa y levantado por la cabecera, veíase á una muchacha que había muerto aquella madrugada.

Pepe Águilas sintióse atraído por el brillo de las luces y el perfume de las flores, primero; y después, por la juventud y belleza de la muchacha, ¡que eso sí, era preciosa! y quizás también por la influencia que ejerce en nosotros ese lujo teatral de que suelen rodear á los muertos. Y ¡claro está! que eso tiene su belleza... especial; pero en fin, que el espectáculo de la juven-

tud, la muerte, las flores frescas, las gasas y los tules vaporosos, y el influjo que las mañanas de Abril ejercen sobre el organismo, todo ello determinó en Pepe una de aquellas alucinaciones poéticas que él padecía, y así; en vez de haber mirado y pasado de largo como hubiese hecho cualquiera, Pepe ¡no señor! se agarró á los hierros de la reja y allí se quedó como arrojado y traspuesto.

Verdad es que la muerta estaba hermosísima; se parecía á la Santa Cecilia yacente que yo vi en Roma, y confieso á ustedes que, á pesar de mi incredulidad religiosa, me gustó más que la Venus de Milo. Quizás porque yo lo veo todo con ojos de médico y la robusta diosa del Louvre no pertenece á mis dominios, mientras que la blanca muerta romana, tendida sobre la losa sepulcral, que á mi se me antojaba losa clínica, parecíame, no estatua, un cadáver, el cadáver mismo de la mártir patricia, contraído por el último espasmo de su agonizar de tres días; pero sereno, virginal, suavísimo... con la frente hincada en la arrollada toca, la mortal herida abierta en el cuello de nieve, y la tronchada cabeza á medio segar como una rosa temprana... ¡Sí, sí, no me mire usted niña, ya sé que estoy haciendo poesía! Pero no es que yo la hago, es que ella sale y mana por los poros de ciertos asuntos... ¡y aquella Santa Cecilia de Roma! En fin, yo comprendería que esos locos que se enamoran de una estatua, se enamorasen de aquella virgencita de alabastro.

Ello es que la muerta de mi historia se parecía como una perla á otra, á la Santa Cecilia del *Trastevere*, y Pepe Águilas se quedó extá-

tico delante de aquella belleza blanca, exangüe, mística, sideral. Si les digo á ustedes que lo que allí pasó daba asunto para un cuadro, para un poema, ó para una novela, ¡qué sé yo!

Con la cabeza pegada á la reja, el sombrero caído atrás, los rizos negros revueltos sobre la frente, sudoroso y desemejante estaba el mocito, cuando yo, que venía de mi casa, acerté á pasar por allí, por ser aquel mi obligado camino y la hora de emprender mis visitas. ¿Qué haces ahí, visionario? —le digo, dándole una palmadita en el hombro.— ¡Capáz serías de enamorarte de una muerta!

—Déjeme usted de bromas, D. Pedro— me contestó secamente y sin apartar los ojos del cadáver.

—Pero... ¿qué diablos te pasa? Anda, vente conmigo.

—Mire usted esa muerta.

—Ya la miro, ¿y qué?

—Observe usted esa epidermis, las alas de esa nariz, la inclinación de esa cabeza, las curvas movidas y la coloración ténue de esos labios.

—¡Hombre de Dios! Yo no veo en ese cuerpo más que la abolición absoluta de toda función y apariencia vital, la expresión inconfundible que imprimen á la fisonomía inanimada la depresión de los músculos, la retracción de la piel, la vacuidad capilar, la amarillez cérea... ¡la muerte!

—¡No, y mil veces no! Esa epidermis está pálida como la de los catalépticos, pero no muerta; esos párpados están caídos, pero con leve tendencia á la revulsión, á la titilación nerviosa; las alas de esa nariz, la posición de esa cabeza, la curvatura de esos labios... todo tradu-

ce una vaga determinación de la voluntad... todo tiende á buscar aire, á respirar... ¡todo respira! Además... yo he creído ver... ¡yo he visto ciertos movimientos!

—Bien sabes que después de la muerte se observan movimientos aparentemente espontáneos; bien sabes que el establecimiento de la rigidez muscular no difiere esencialmente de la contracción fisiológica que...

—Recuerde usted los extraños fenómenos catalepticos, *la inervación de estabilidad*, la muerte aparente... ¡sí, sí, yo veo, yo percibo la vida bajo esa máscara cadavérica!

Créanme ustedes, señoras, yo no veía ni el más remoto indicio de vida en aquel cuerpo; pero Pepillo era un genio, un iluminado, un santo ó un *medium*, y si no veía tales cosas, las presentía ó las husmeaba... ¡qué sé yo! Lo cierto fue que, después de pasarme allí largo rato desojándome de mirar y sin ver nada más sino una muerta, tan muerta como mi abuela; convencido de que me las había con un loco rematado y que no lograría apartarle de allí, por evitar escándalos, corté discusiones y eché calle adelante, dejándome clavado en la reja. ¡Nunca lo hiciera, porque mi presencia hubiese salvado á aquel pobre mártir, y seguramente también...! Pero no anticipemos los sucesos.

Tomaré el relato desde el punto de mi marcha, y procuraré recordar hasta las mismas palabras que empleaba mi pobre Pepillo cuando me lo contaba con angustia mortal, y yo ¡bruto de mí! no le creía. Pero... ¿Quién había de creerle?

Al formidable ateo se le llenaron los ojos de lágrimas, y protestando de que no era él, sino Pepe Águilas, quien hablaba ahora, reanudó así la narración.

III

Quando dobló usted la esquina de la calle, D. Pedro de mi alma, yo empezaba á dudar de mí mismo; sentía que mis pulsaciones se aceleraban con alarmante crecimiento febril, y comenzaba á creermé presa de una alucinación; pero mi conciencia afirmaba cuanto vieron mis ojos: los de la muerta habían pestañeado levemente más de una vez, y sus labios habíanse estremecido como hojas de blancas rosas movidas por levísimo soplo; eso yo lo ví, ó estaba loco. Y este horrible dilema comenzó á pasar delante de mí, como extraña rueda de luz y sombra. ¿Es verdad ó mentira? ¿Pienso ó deliro? ¿Veo ó sueño? Luchando con estas angustiosas dudas, ví de improviso que la muerta volvió á pestañear levemente: entonces mi duda se convirtió en indescriptible tormento.

Una voz dentro de mí gritaba:—¡La muerta pestañea, respira á veces, está viva, y si no acudes instantáneamente á salvarla, serás un asesino!—Y otra voz íntima respondía:—No se mueve, no respira, es que sueñas; que el insomnio determina en tí una alucinación morbosa.—Y la otra voz:—Todo ese tiempo que pierdas en dudas lo gana la muerte, y si no te apresuras á socorrer á esa desgraciada, la catalepsia se empalmará con el sueño eterno.—¿Pero

no ves que médico tan experto como D. Pedro asegura que ese cadáver no guarda ni resto de vida? ¿No lo ves inmóvil, rígido, estatuario?— ¿Pero no la has visto por tus ojos pestañear, moverse? ¿Dejarás que se muera sin auxilio, médico sin conciencia? ¿Consentirás en que la entierren viva?—¡Horror! ¡Voy, voy!—gritaba mi voluntad atajando el afanoso diálogo, y la otra voz me clavaba á la ventana con estas re-
criminationes:—¡Loco de remate! ¿por una falsa ilusión vas á atreverte á llamar á esa puerta, á perturbar á esa familia brindándole con una esperanza que, si resultase fallida, engendraría catástrofes ciertas? Esa joven muerta tendrá madre... ¿sabes lo que significa dejar entrever á una madre la posibilidad de que la hija que lloraba muerta no lo esté?—Y la otra voz insinuaba:—Pero si tiene madre y logras devolverle á su hija, ¡qué dicha, qué triunfo, qué gloria igual á tu gloria de médico!—Reflexiona que esa criatura en su enfermedad habrá tenido asistencia facultativa, á juzgar por el aspecto de la casa, asistencia buena, y piensa que si cuando el médico de cabecera la dió por muerta te aventuras tú, sin certidumbre, á darla por viva, te creas un formidable enemigo, el cual, si como es de creer te equivocas, te escupirá á la cara y arrastrará tu prestigio médico por el lodo de las calles... y entonces, ¡adiós carrera, adiós reputación, adiós esperanzas de tu vida y sustento de tu madre!—Pero... ¿qué, te atreves á dudar? ¡egoísta! ¡Tú que te creías sacerdote de la ciencia encargado de proteger con tu mano la llama sagrada de la vida, cuando percibes su fulgor á través de ese divino cuerpo,

serás capaz de abandonar cobardemente á esa víctima indefensa al más bárbaro de los suplicios, al de ser enterrada viva! ¿Y con semejante duda podrás vivir, dormir, ni amar, ni respirar libremente?—Piensa que tu crédito de médico es tu dignidad, que si perdieses la dignidad no vivirías, y si dejases de vivir, ¿qué sería de tu pobre madre?—Pero si tu madre, tan cristiana, viera tu duda, ¿qué había de aconsejarte, sino que lo arrostrases todo antes que perder esa vida, y acaso ese alma, ya que la desesperación de verse sepultada viva pudiera determinar una espantosa rebeldía en ese pobre sér?—Pero ¿vive? ¿Si está muerta, Dios mío!

De pronto, las negras pestañas que bordeaban los párpados de cuajada cera tililaron imperceptiblemente, y Pepe Águilas, movido del impulso irresistible que lleva á los mártires á arrostrar la befa del vulgo y la muerte con escarnio, se lanzó hacia el zaguán de la casa.

La reja, según costumbre en las casas mortuorias, estaba solamente entornada, y en los ángulos del patio ardían altos blandones, cuya amarilla luz caía sobre las macetas de flores, acaso cuidadas por la muerta. Pepe empujó la puerta de la fúnebre estancia; entre sus batientes y las colgaduras blancas que vestían las paredes yacía acurrucado un viejo servidor de la funeraria, uno de esos cuervos humanos que ventean la muerte y se alimentan de ella. El vejete quiso cerrar el paso á Águilas, pero éste le cortó los vuelos con una moneda, y adelantándose resueltamente cerró la ventana, ante

la cual—gracias á lo apartado del sitio y á lo temprano de la hora—no había nadie.

—Toma más dinero—dijo al funerario, alargándole un centén isabelino;—si me traes á escape, volando, ¿entiendes? sinapismos de la botica, y de la cocina agua hirviendo en frascos de Ginebra ó botellas de cristal, ó, si no hubiese agua, planchas calientes; si me traes todo eso, te doblo la propina; si no me lo traes, ¡ay de tí! ¡Ah, oye: pero si hablas palabra de mí ó de lo que te encargo, te mato! El viejo huyó desparovido como alimaña asustada. Pepillo tiró á un rincón fieltro y capa, separó afanosamente los montones de rosas húmedas que cubrían el cuerpo virginal, y rodeándolo con sus brazos con femenina blandura y religioso respeto lo incorporó suavemente, apoyando la fría cabeza en su hombro izquierdo, mientras con la mano derecha doblaba la almohada, hundida en el ataúd, para que éste se convirtiese en lecho. Teniendo contra su rostro el rostro de la muerta pareció sentir una expiración, tan leve, que era como el conato de un aliento. Rápidamente levantó con sus manos temblorosas la inánime cabeza, y con el calor de su pecho, con el de su aliento, con el de sus labios que apoyó castamente en su frente glacial, intentó reanimarla. De improviso, la ténue ráfaga de aliento se hizo suspiro; los pálidos labios temblaron; los párpados céreos se entreabrieron; las cuajadas pupilas se aclararon, vivieron un instante, y Pepe vió la divina estatua animarse, y la vaga mirada, impregnada en misterio, flotar indecisa unos segundos en la penumbra que separa la vida de la muerte. ¡Qué momento de es-

peranza y de fascinación para aquel romántico! Después... el seno virginal se levantó por tres veces, los labios exhalaban tres débiles expiraciones, y la cabeza de la niña, envuelta otra vez en la serenidad suprema, cayó pesadamente sobre el brazo del médico, que, aterrado, loco de dolor, intentó nuevamente reanimarla con el calor de su pecho y de sus labios.

De pronto la puerta se abrió con brutal sacudida y un joven, lívido de rabia, descompuesto hasta la demencia, se precipitó hacia Águilas:—¡Infame!—gritó ronco de ira.—¿Qué viene usted á hacer aquí? ¿Ni con qué derecho se atreve á tocar el cadáver de la que debió ser mi esposa? En aquel momento terrible, Pepe creyó reconocer en el prometido de la muerta á un grande amigo suyo, pero lo veía como vemos en sueños á los muertos queridos, como si algo sobrenatural se interpusiera entre ellos y nosotros, y sus ojos volvieron á clavarse ávidamente en el inanimado semblante de la niña. Toda su curiosidad de sabio, su piedad de hombre, su crédito, su gloria, su vida, quizás su razón, estaban pendientes del fugitivo rayo de vida que había visto alborear en aquel gélido rostro; si reaparecía, estaba salvado; si no reaparecía, perdido para siempre. Y lo terrible lo trágico, lo desolador era que el estatuario cuerpo no presentaba ya ni el más remoto signo de vida.

—¡Miserable!—rugió frenético ya el novio de la muerta oprimiendo brutalmente el brazo de Águilas.—¿Qué hace usted aquí?—¡Salvarla, reanimarla, devolverla el calor y la vida!—¿La vida?... ¡Qué sarcasmo!—¡La vida, sí, porque yo

la he visto pestañear, respirar, abrir los ojos y mirarme! — ¡Já, já, já! — rió histéricamente el novio. — ¡Este hombre está haciendo burla de mi desgracia! ¡Que se lleven á este desdichado loco!

A todo esto íbase juntando gente, porque el miserable vejete funerario que dió el soplo al novio había ido propalando la noticia, que cundió como fuego por reguero de pólvora, y el patio hervía en curiosos, y el llorar y el gemir de los dolientes estallaba en la casa alta con redobladas explosiones; oíanse voces y estrépito de lucha y forcejeo de varias personas que trataban de contener á otras en lo alto de la escalera. Allí luchaban con amigos y criados el padre de la muerta, empeñado en ir á lanzarse sobre el impostor, y la madre, que se asía desesperadamente á la impostura y quería bajar á ver la resurrección de su hija. — ¡Vive, vive! — gritaba la desolada señora. — ¡El corazón me dice que vive! ¡Milagro de la Virgen! ¡Soltadme, soltadme, quiero verla! — ¡Fuera, dejadme pasar, que yo lo mato! — voceaba furibundo el padre.

El patio, el zaguán, las escaleras, la calle, todo rebosaba de curiosos, y sobre aquella encrepada marea viva flotaban como notas dominantes dos palabras terribles, símbolo de aquel conflicto: ¡Muerta! ¡Loco! y todos se oprimían y se estrujaban por ver al loco y á la muerta.

Y Pepe oía aquel escarnio de su razón, y como viese el semblante de la niña inundarse de creciente serenidad, de esa imponente rigidez cadavérica que es mecánica prolongación

de la algidez agónica, cuanto más muerta la veía más seguro estaba de pasar por loco, y aquella calumniosa y trágica apariencia amenazaba derrocar su firme razón. Agobiado, más bajo el peso de la fatalidad que le condenaba, que bajo la presión y amenaza del prometido de la muerta, habíala abandonado de entre sus brazos, los cuales, como invadidos del eterno hielo del no sér, cayeron lacios é inertes á lo largo de su cuerpo. Calumniado, escarnecido, arrojado ignominiosamente de aquella casa, denostado de la plebe y sintiendo sumergirse bajo las olas turbias de la difamación su porvenir, su nombre, su personalidad legal y humana, anulada bajo la terrible acusación de demencia arrojada contra él por tantas bocas á un tiempo y seguro de que no le quedaba medio humano de reivindicar su razón, retiróse el pobre Pepe bajo la soez rechifla de la gentuza y llegó á su casa poseído de fiero acceso de desesperación que todos ¡yo mismo! confundimos con la locura.

Pero ¿y la pobre madre?... Aquello partía el corazón; ella fue la única que no dudó de la razón de su hijo. ¡Ah!... porque, á todo esto, no he dicho que el médico de cabecera, el que había certificado la defunción de la muchacha, el eminente doctor Morales, quiso matar al pobre Pepe, y si no le mató fue por haberse convencido de su locura. Y no hubo ni una sola persona en Sevilla que no le tuviese por rematado... es decir, sí hubo una, ya lo he dicho, su madre. La desgraciada pasó un verdadero Calvario viéndose menguar, día por día, la salud y las energías mentales de su hijo, á quien minaba una cruel

pasión de ánimo que todos teníamos por demencia pacífica, viendo decrecer los escasos ahorros del médico, ya sin enfermos, sin nombre, sin acción ni para salir de su casa, donde se confinó huyendo la mofa de las gentes ó su compasión fisgona y humillante. Allí, hundido en su sillón de vaqueta, con los brazos enclavados en los del mueble y la vista perdida en el espacio ó siniestramente fija en algún punto de su despacho de sabio, donde el polvo invadía libros, aparatos é instrumentos quirúrgicos y donde la fría soledad y pavorosa quietud remedaban la paz del sepulcro. Allí, sentado ante una ventana que daba al jardín abandonado, perdida la mirada, ausente el espíritu, se consumía el sinventura de dolor resignado pero mortal, mientras su santa madre morfíase calladamente viéndole morir á él en aquel lento, irremediable suplicio.

V

Cinco años llevaba Pepe de agonía moral, que degeneró en anemia incurable por haber roído el dolor todas las fibras de aquel organismo, cuando falleció la madre de la muerta de mi historia. Y entonces ocurrió una cosa horrenda, terrorífica, que no puedo contar con voz serena. Levantada la losa del panteón familiar para enterrar á la difunta, hallaron el cadáver de su hija crispado en las convulsiones de una agonía frenética, durante la cual había hecho saltar con fuerza de demente las bisagras y cerraduras del ataúd, destrozado con sus manos

las tablas y arrancándose, á jirones, la blanca mortaja.

El terror de los testigos de aquella aparición macabra fue indescriptible. Pasados los primeros momentos de espanto, en todos los labios sonó unánimemente un nombre, el nombre del calumniado mártir que había intentado la salvación de aquella mil veces desventurada víctima.

¡Pepe Águilas! ¡Pepe Águilas! Era el nombre que flotaba sobre la escena de reacción tumultuosa que sucedió al estupor de aquel descubrimiento. — ¡Pepe Águilas tenía razón! — Pepe Águilas es un sabio. — ¡Un genio! — ¡Ya lo decía yo! — Nunca me convencí de que estuviese muerta. — ¡Qué injusta ha sido la opinión con ese desdichado! — ¡Si es un sabio! — ¡Un héroe! — ¡Un mártir! — ¡Un santo! — ¡Qué rehabilitación le espera! — ¡Yo quiero ser el primero en llevarle la noticia! — ¡Todos estamos obligados á ello! — ¡Qué triunfo va á ser el suyo! — ¡Hay que echar las campanas á vuelo! — ¡Un banquete! — Y luego ¡á la prensa! — Pero... ¿qué ha sido del doctor Morales? — ¡Ignorante más hinchado! — Hizo bien en irse, porque si se queda escapa mal...

Y los mismos que lo crucificaron fueron á llevarle las palmas y olivas en aquella invertida historia de la Pasión del Justo.

Inundóse la casa de amigos, todos leales, todos *invariables*, todos profetas, que siempre le habían compadecido y comprendido y adivinado; que eran *los mismos de siempre* — sólo en esto decían verdad! — Y quitándose unos á otros la palabra, entre abrazos y palmaditas dadas

ya en el esqueleto del pobre amigo, contáronle *el hecho*, "la irrecusable realidad que con elocuencia avasalladora—esto lo decía un abogado reciente—salía de la tumba á reivindicar al calumniado sabio, al noble mártir, al escarnecido salvador de aquella trágica víctima de la obcecación y de la ignorancia!"

Pero á todo esto, el pobre *salvador* había palidecido mortalmente; aquel cuerpo era ya demasiado frágil para contener emociones tan intensas, y tras de una convulsión, un espasmo y tres colapsos prolongados, el pobre de Pepe Águilas espiró en medio de sus generosos rehabilitadores. Todos afirmaron que le mató la alegría de su triunfo...; á mí nadie me saca de los sesos la idea de que le asesinó la noticia del trágico fin de la niña cataléptica... Para mí, el desgraciado se enamoró de aquella muerta, empenándose en salvarla como si se tratase de un ideal. Pero... para los pobres idealistas llega siempre la rehabilitación cuando el ideal ha perecido... Quizás no me crean ustedes; pero... yo, que me río de lo bajo y de lo alto, ¡desde aquel día ya no me río de los poetas!

EL SABOR DE LA VIDA

A Fr. Francisco Blanco García.

¿Quién había de decirme que al cabo de diez años de no saber ni del santo de su nombre, y nada menos que en el Lido, en la gentil lengua de tierra amurallada que separa del Adriático las lagunas de Venecia, y en la deliciosa terraza del Restaurant de los Baños, había de encontrarme á aquel perdido de Mario Siles, que salió de Sevilla con lo puesto, convertido en el más correcto *gentleman*, en el más refinado turista imaginable?

Ello sí, Mario fue siempre listo, flexible, dúctil como pocos; pero haragán, maleante, indisciplinable como el que más. Español de pura sangre, hábil para todo, útil para nada; ó, como dicen en mi tierra: *maestro de todos oficios y oficial de maldita la cosa*. Empezó con igual entusiasmo y facilidad tres carreras, leyes, medicina é ingeniería, y con el mismo entusiasmo y facilidad las dejó todas sin haber llegado en ninguna al tercer curso.

Al abandonar la última carrera, y convencido de que su vocación, su ardiente y apasiona-

ya en el esqueleto del pobre amigo, contáronle *el hecho*, "la irrecusable realidad que con elocuencia avasalladora—esto lo decía un abogado reciente—salía de la tumba á reivindicar al calumniado sabio, al noble mártir, al escarnecido salvador de aquella trágica víctima de la obcecación y de la ignorancia!"

Pero á todo esto, el pobre *salvador* había palidecido mortalmente; aquel cuerpo era ya demasiado frágil para contener emociones tan intensas, y tras de una convulsión, un espasmo y tres colapsos prolongados, el pobre de Pepe Águilas espiró en medio de sus generosos rehabilitadores. Todos afirmaron que le mató la alegría de su triunfo...; á mí nadie me saca de los sesos la idea de que le asesinó la noticia del trágico fin de la niña cataléptica... Para mí, el desgraciado se enamoró de aquella muerta, empenándose en salvarla como si se tratase de un ideal. Pero... para los pobres idealistas llega siempre la rehabilitación cuando el ideal ha perecido... Quizás no me crean ustedes; pero... yo, que me río de lo bajo y de lo alto, ¡desde aquel día ya no me río de los poetas!

EL SABOR DE LA VIDA

A Fr. Francisco Blanco García.

¿Quién había de decirme que al cabo de diez años de no saber ni del santo de su nombre, y nada menos que en el Lido, en la gentil lengua de tierra amurallada que separa del Adriático las lagunas de Venecia, y en la deliciosa terraza del Restaurant de los Baños, había de encontrarme á aquel perdido de Mario Siles, que salió de Sevilla con lo puesto, convertido en el más correcto *gentleman*, en el más refinado turista imaginable?

Ello sí, Mario fue siempre listo, flexible, dúctil como pocos; pero haragán, maleante, indisciplinable como el que más. Español de pura sangre, hábil para todo, útil para nada; ó, como dicen en mi tierra: *maestro de todos oficios y oficial de maldita la cosa*. Empezó con igual entusiasmo y facilidad tres carreras, leyes, medicina é ingeniería, y con el mismo entusiasmo y facilidad las dejó todas sin haber llegado en ninguna al tercer curso.

Al abandonar la última carrera, y convencido de que su vocación, su ardiente y apasiona-

da vocación eran las letras, acudió al periodismo, camino que á él le parecía el más llano y seguro para llegar á su anhelado fin: hacer efecto, llamar la atención, lograr un éxito inusitado, soberbio, *despampanante*. Para conseguirlo acudió al gran filón, el escándalo, y lo armó tan grande, logró con tantas creces su intento, que tuvo que largarse á escape de Sevilla, disfrazado, antes de que le echara la zarpa la Guardia civil.

¡Como que había puesto de ladrón al gobernador!, ofreciendo presentar pruebas fehacientes de la defraudación que no existió sino en su *erostrático* prurito de celebridad á *outrance*, como él decía, pues desde pequeño abusaba premeditadamente del galicismo.

¡Pero, vaya si iba acicalado y peripuesto el mozo, con su traje primaveral, cortado por el mejor sastré de *La City*; zapatos de cuero de Rusia, guantes de Suecia, el gallardo fieltro Rembrandt, colocado con soberano desgaire, y la fresca rosa del Lido en el ojal del *veston*, como él diría!

¿De dónde le vendrían todos aquellos lujos? No era fácil saberlo ni correcto preguntarlo.

Mas diríase que adivinó mi curiosidad, porque con su mismo gentil desenfado de siempre, como si hubiese dejado de verme la víspera en las *Delicias* ó en el teatro de San Fernando, vino á mi y me contó, gallarda y sabrosamente, su historia.

Y la exornó con tal copia de pintorescos pormenores, con tal lujo de vocablos y giros exóticos y singulares, con tales pruritos de *snobismo* original, y con tales melindres y tan altos

desdenes de hombre superior, de soberano escéptico, de excéntrico inimitable y exquisito; y la salpicó con tantos puñados de sal legítima de nuestra tierra, que siento no poder fonografiar aquel relato, que probaba, con irresistible evidencia, que el estilo es el hombre, y, en ocasiones, lo más bello del hombre.

Primero, cuando á uña de caballo, ó más bien á vapor de locomotora, huyó de Sevilla tan bonitamente disfrazado que no le hubiese conocido su propia madre, se plantó de un salto en los Estados Unidos:—"En ese soberbio mundo de la aventura y de los prodigios modernos, en ese formidable pulmón de coloso que absorbe y transforma con su potente vitalidad todo el aire viciado de esta podrida Europa."—Son sus propias y cínicas palabras.

No iba él allí á humo de pajas, ni en busca de imaginarias aventuras; contaba con antecedentes y arrimo de familia: un tío suyo, hermano de su padre, que había emigrado á Norte-América en circunstancias parecidas á las de él, si bien, por lo visto, más lucrativas. Era cajero de no sé qué casa de banca de Madrid, y... ¡una chiullada!, ¡el pícaro juégol! Porque, por lo demás, él era muy *honorable* (¡tanto como otros muchos honorables de *yankilandia!*).

En esto del origen de las fortunas—decía con gentil sacudimiento—acontece como con el origen de los imperios: *no cabe duda* que la moralidad está en razón directa de la *magnitud* de la empresa. A un pelagatos que roba ó sale á asesinar á un camino, impulsado por el hambre, se le *trinca*, y se ha fastidiado; pero al caballero que roba y asesina en grande, y me-

dian te cálculos y maquinarias científicas se le llama conquistador, se le alzan estatuas, se le diviniza!..

Pues otro tanto pasa con el capital; *nadie engorda lamiendo platos*. El que se eleva mediante magnas y audaces empresas, es porque tiene condiciones, porque es verdadero *estratega* en los negocios, como lo es el conquistador en la guerra; en fin, que se engrandece, porque es grande y merece serlo, por derecho de conquista financiera, en la lucha de los listos contra los tontos, que es otra lucha no menos formidable y legítima que la de los fuertes contra los débiles, pues no es otra cosa el poder militar que funda los imperios y cambia las fronteras de las naciones.

Uno de esos Césares, de esos Napoleones financieros era mi tío Marcos, el cual, á fuerza de cálculo, de previsión y de trabajo, de labor enorme, sobrehumana; á costa de mantenerse en máxima presión cerebral diez y seis ó veinte horas diarias durante cerca de treinta años, conquistó un mundo de oro, un verdadero mar de *dollars*, en que nadaba *eperdu*, desorientado, cuando yo llegué á Nueva York. Halléte sin fuerzas ya para aumentar ni casi para administrar tamaña fortuna, y sin vida para alcanzar á gozar de ella.

Padecía mi tío, en sus postrimerías opulentas, la enfermedad de todos los *parvenus*, achaque endémico de los improvisados millonarios de Nueva York, segunda ciudad del mundo y verdadera capital del plagio. Aquéjábale insaciable prurito de *européismo agudo*; afanábase por sustraerse á la nota infa-

mante de ricacho sórdido y grosero, y se perecía por vestir á la inglesa, comer á la francesa, ilustrarse á la alemana y hacer de su casa una preciosa abreviatura de Europa, compuesta de museo italiano, *hall* inglés y salón parisiense, con su brillante apéndice de pabellón árabe, *encombré* de tapices tangerinos, mantas jerezanas, pipas otomanas, chales de Smirna, muebles *arabizantes* del Cairo y una *foule* de objetos incoherentes y desparejados que á él le parecían de marcado españolismo y de selecto *cachet* y estilo. Otro tanto ocurría con el museo italiano, el *hall* británico y el salón parisiense. Todo ello era una parodia irritante de pura exactitud é impersonalidad desoladora; un remedo irracional, más propio de monos que de hombres; una *contrefaçon* indigna, pagada á peso de oro, porque mi tío ni se acordaba de España, ni conocía á Europa, ni tuvo jamás noción de lo que es arte y gusto y estética.

Avinole bien que llegó en hora feliz su sobrino, y con esta labia y despejo propios de nuestra tierra—decíalo con absoluta inmodestia,—y con esta pasmosa facilidad que tenemos los hijos del sol para aprender idiomas y naturalizarnos en todas partes, pronto acabé por dominar *en maître* la lengua, hasta el punto de manejar con suelto desparpajo el *social gossip*, aquella caricatura de conversación europea que ellos tienen por elegante *bavardage* social, y al mismo paso dominé á las gentes que nos rodeaban, y singularmente sojuzgué y sometí con pleno y dictatorial imperio al *pobre hombre* archimillonario que era mi buen tío Marcos.

¡María Santísima, qué río de oro el que fluyó

de las arcas prolíficas del potentado á las manos y bolsillos de este servidor de ustedes, en aquellos dos años pasados en la casa *paterna* y archipaterna de mi tío!

Pero también—y justo será decirlo—¡qué transformación la que el soberbio palacio de mármol de la *Quinta avenida* experimentó en tan breve plazo!

Mi trabajo, mi estudio y mis afanes, aunque también mis goces carísimos, me costó la tal metamórfosis.

Crucé varias veces el océano en el regio y rapidísimo *yatch* de mi magnífico tío, y viajando siempre en expresos, ó *direttissimi*, ó en trenes especiales, fui á París, á Viena, á Londres, y vine aquí, á Italia, estudié, leí, visité los grandes museos, y cargado de un mundo de arte en estatuas, cuadros, joyas y muebles magistrales, y de una multitud infinita de *brimborions* elegantes y chucherías exquisitas, volvíme otras tantas veces al palacio de mi viejo *Nabab*, que presenciaba extasiado el desembalaje é instalación de aquellas suntuosidades que tan caras le salían, y oía embebecido la no menos fastuosa elocuencia con que yo le presentaba y encarecía mi botín europeo.

A todo esto, y mientras mi paisano charlaba, habíamos abandonado el Lido y volvíamos cara á Venecia en uno de los *vaporetti* que constantemente recorren aquel delicioso camino. Aprovechando la bella ocasión en que la maravillosa ciudad se nos aparecía regiamente empurpurada con los fulgores vespertinos en medio de las resplandecientes lagunas, dijo Mario:

—Mi vuelta al palacio de aquel magnate del *dollar*, me recordaba la vuelta de los aventureros corsarios de la República veneciana, cuando deponían sus fabulosas presas orientales á las plantas de los Doges, en ese mismo palacio que allí se divisa.

Mi tío—continuó después de la oportuna cita—tuvo el buen gusto de morirse pronto, y el excelente acuerdo de legarme su reverenda fortuna. Dueño absoluto de ella, y pensando cuerdamente cuánto más grato y suave que sembrarla es recogerla y exprimir su delicioso jugo, realicé todas aquellas empresas mineras, ferroviarias ó fabriles que reclamaban trabajo y asidua vigilancia, reservándome todo lo saneadito, mollar y granado del capital, colocando el producto de lo demás—vendido todo con *suculentas primas*—en el Banco de Londres y en otros lugares no menos seguros, y resolví dar á todas aquellas riquezas el más filosófico y alto empleo imaginable...

—¿Resolvió usted invertir las en grandes obras benéficas, en magnas empresas caritativas que le produjesen el más puro de los goces humanos, el goce inefable de hacer bien?—Díjeme con espontáneo arranque de entusiasmo, que su respuesta convirtió en ironía.

—¡Vamos!—observó vivamente.—Veo que es usted como mi madre, de las escasas y beatíficas almas que creen todavía que con arrojar al océano de la miseria la gota de agua de la limosna individual, ó el cenagoso arroyo de la beneficencia reglamentada, se remedia el mundo y se compra un sitio de preferencia en el cielo. Así pensaba también mi pobre vieja, tan

poseída de las utopías y fanatismos de antaño, que, cuando lleno de alegría, corrí á Sevilla á derramar á sus pies un verdadero río de oro, á dulcificarle con un *confort* y un bienestar de reina las asperezas de la vejez... ¿qué creerán ustedes que hizo? Pues rechazó escandalizada mi fortuna, sometiéndola á un análisis y á un criterio que no resistiría hoy casi ninguno de los grandes capitales del mundo. Y abroquelándose con formidable resistencia en sus escrúpulos monjiles, cuando se convenció de que no me avenía yo á derramar sobre la pobreza, como estéril rocío, insuficiente para los miserables y cruelmente ruinoso para mí, el dinero que ella llamaba *del demonio*—¡qué sabía la pobre de industrias, empresas y adelantamientos modernos!—no sólo no quiso admitir ni un céntimo, ni un obsequio, ni una fineza de su hijo, sino que se negó á salir de aquella horrible casucha de la Borceguinería, de aquel abominable *trou*, donde no sé cómo pude vivir todos mis primeros años!

—¿Pero no le inspiraba á usted nada el lugar donde había nacido y pasado la flor de su vida? —pregunté yo cándidamente.

—¡Qué había de inspirarme después de vivir en Nueva York como un rey; qué había de inspirarme aquel miserable y antihigiénico palomar donde la triste anciana se consumía entre la anemia, el fanatismo y la ignorancia!

—¡Desgraciado!—pensé;— ¡no veía otra cosa en aquella santa que Dios le dió por madre! ¡No sabe sentir la patética belleza del recuerdo, ni gustó nunca la incondicional adoración que inspiran á los hijos las sublimes madres

cristianas... y sin embargo, se juzga muy dichoso!

—Verdadera contrariedad fue para mí—prosiguió—aquella supersticiosa aberración de mi pobre madre... pero ¡cualquiera la convencia! Atacada sin duda de histerismo ó de locura senil, llegó á cobrarle prevención, tanto que al verme lloraba, y sermoneándome—siempre sobre el mismo tema—se exaltaba, de modo que después de pasar unos días en el *Hotel de Madrid*—único sitio donde se puede vivir en nuestra Sevilla,—tuve que marcharme para dejarla tranquila; y... lo hice con tan mala fortuna, que muy poco tiempo después... se murió la infeliz abandonada, sola, pobrísima, miserable. Por su voluntad... pero aun así, es muy triste ¡caramba!...

En fin... ¡Delicias del fanatismo español!

—¿Con que murió la pobre doña Dolores, la amiga querida de mi familia?—dije con verdadera pena.

—¡Sí, por desgracia! ¡Hoy hace justamente dos años!

Y rehaciéndose en breve de la impresión, que en verdad no le llegó muy á lo hondo, prosiguió, como quien trata de desechar un recuerdo enojoso.

—Pues... no, señores; como no soy ningún San Francisco de Asís, ni es este siglo de santidades, no me propuse derretir mi fortuna en beneficencias, aunque no soy avaro ni sórdido, ciertamente. Mi ideal era menos divino, pero sin duda más humano, más práctico y singularmente más estético. Yo, desde luego, sentía verdadero *penchant* hacia los goces intelect-

tuales; y aunque primero—*estaba* en los veinticinco años!—tuve mi época de *dandysmo* y aun de *donjuanismo* prudente y discretamente aristocrático, una época en que Byron y De Musset eran mis ídolos favoritos, aunque anticuados; después me dió por leer, y leí, leí hasta emborracharme, casi todas las literaturas modernas.

Y en ese período de lectura *enragé*, desechados gran parte de los filósofos por mareantes; casi todos los científicos, por sistemáticos y amontonadores de lastre y aparato infundioso; y de entre los literatos Hugo, por *demodé*; Tolstoi, por ñoño; Ibsen, por chillado; Zola, por *shocking*, acabé por enamorarme de Taine, y después de su hijo literario Bourget, y del incomparable Pierre Loti, espíritu sublimemente pagano, deliciosamente epicúreo, y del sugestivo Anatole France; y á ratos gustábame saborear, como se saborea el ajenjo, á los exquisitos Goncourt, dotados como su héroe *Charles Demailly*, de un *talento nervioso*, de un verdadero *tacto sensitivo de la impresionabilidad*, impresionabilidad que de puro delicada llega á ser dolorosa y enfermiza. Estos maestros me han iniciado en la nueva y excelsa religión de los intelectualistas, que se proponen extraer la miel del arte, ó simplemente libar los inefables goces sensoriales de todas las flores puras, sanas ó venenosas de la vida; de la pasión, del placer, del dolor y hasta de la abyección y de la muerte. Paladear la vida, probar en copa de oro los infinitos gustos y sabores, presabores y *arrière-goûts*, ó dejos, de todas las impresiones humanas; ser erudito en goces

sensoriales, sabio en deleites, verdadero *dilettante* en este gran banquete y festival de la existencia que con tan sabrosos, regalados y variadísimos manjares nos convida. *¡Voilà mon rêve!*

¡Si vieran ustedes cuánto he viajado y visto y disfrutado! Pero...—añadió advirtiendo que entrábamos en el *Gran Canal*—¿llegaremos hasta *Florian*, eh?—Sí—contesté yo;—pero reclamo un breve paréntesis: quisiera entrar en *Santa María de la Salute*.

—Très volontier!—respondió galantemente. Y al dejar el vapor-tramway en el puente de la *Paglia*, tomamos una góndola que nos condujo frente al templo.

Todavía esperaba yo que Mario, impresionado por la fecha de aquel día—aniversario de la muerte de su madre—entrase con nosotros á rezar unos momentos, y así me atreví á insinuarlo, pensando: ¿quién sabe? La emoción, el recuerdo, la plegaria, ¿qué desierto moral no fecundarian?—Pero fina, correcta y friamente, se me excusó diciendo:—¡Lo siento de todas veras! Pero... no participo del cándido idealismo de ustedes: creo que de mí pobre vieja no queda ya más que un puñado de materia en evolución, allá en nuestro *primitivo* cementerio de San Fernando de Sevilla, y á la verdad, no sé qué beneficio puedan reportarle á aquel mísero abono humano unas cuantas palabras aprendidas y ya sin sentido para mí, recitadas ahí en el rincón oscuro de esa húmeda iglesia.

No le contesté, y poseída de hondísima tristeza, penetré en la santa mansión, donde la luz del crepúsculo, impregnada de melancolía,

agravaba el desconsuelo que dejaba en mi alma la aridez de aquel espíritu que á mí me parecía condensar y representar la muchedumbre egoísta y estéril de los espíritus contemporáneos, pagados de sólo el bien presente y contaminados de incurable paganismo; y arrodillándome á los pies de la *Madonna*, lloré y recé por el alma de aquella madre á quien olvidaba su hijo, y por el hijo ingrato de aquella santa;— por el alucinado que se juzgaba clarividente y estaba ciego á la eterna luz; por el triste epicúreo avaro de sensaciones y tan indigente de goces espirituales que desconocía las dulzuras del recuerdo, mística persistencia de lo pasado; la fruición divina de la caridad, sublime comunión de las almas, y el regalo sobrenatural de la oración, puerta de amor abierta á lo infinito, por donde el alma se comunica con su Dios.

Y como la oración es además bálsamo que suaviza y aquieta el corrosivo ardor de las pasiones humanas, cuando volví á ver á Mario ya se había dulcificado la violenta aversión que su egoísmo me inspiraba, y le miré con ojos de cristiana tolerancia y caridad. Está ciego—me dije;—pero acaso quede en esa alma un resquicio abierto á la luz espiritual.

Habléle jovialmente, y animado él por mis exhortaciones, reanudó el cuento de su vida.

Subimos en góndola hasta *Rialto*, y desde allí, hablando él y escuchándole nosotros, bajamos por la calle de la *Merceria* hasta San Marcos.

Así, á lento andar, entrecortado por frecuentes paradas, nos contó el resto de su historia, llena de incidentes pintorescos, variadísi-

mos, interesantes, digna de un libro por la copia y diversidad de los episodios, cuadros y aventuras acaecidos y desarrollados á través de toda la tierra, en los climas y países más remotos y opuestos; como que había recorrido toda Europa y América y gran parte del Asia, haciendo por donde quiera gala de su despilfarrero y franqueza andaluza, de su refinado exotismo y de su bizarra fanfarronería de archimillonario *yankí*.

Pendientes de su animado relato llegamos á *Florian*, y como la tarde era de Mayo y deliciosa, nos sentamos en torno de una de las mesitas colocadas á *l'aria aperta*, en medio de la grandiosa y originalísima plaza y frente á la oriental basilica de San Marcos, cuyos vidrios y mosaicos de oro incendiaba la llamarada roja del Poniente.

Un grupo de palomas rezagadas (pues para ellas había sonado ya la *queda*), un grupo de aquellas incomparables palomas venecianas, descendientes de las que coadyuvaron á la toma de Candía y, por lo tanto, beneméritas de la patria, se abatió bulliciosamente sobre nosotros, envolviéndonos en una nube de alas nerviosas y vibrantes que suavemente nos azotaban la cara con su desplegado plumaje, como gallardos abanicos vivientes. La alegre banda acabó por posarse en movible desorden sobre un veladorcito vecino al nuestro, desde el cual, alargando los gráciles cuellos tornasolados y afilando contra el borde del velador los rosados picos, nos miraban con pediguéna expresión interrogativa, como diciendo: ¿qué vais á darnos?

Respondiendo á la graciosa pregunta, exclamé:

mó enfáticamente Mario:—A estas ciudadanas de Venecia hay que tratarlas como á quienes son. Y llamando autoritariamente al mozo, pidióle con imperio de gran señor una verdadera carga de pasteles y pastas de toda especie, que con orgullo de *yanki* y rumbo de sevillano desmigajó allí mismo, arrojando á las palomas una verdadera lluvia, un maná torrencial de hojaldre y pastelería pulverizada. Aturdidas las medrosas aves bajo la espesa lluvia, comenzaron á sacudir con tanta violencia las alas, que desparrramaron por el suelo más de la mitad del migajero, con grande risa y contentamiento de Mario, que pidió al mozo nueva remesa de pasteles.

Atraído por el succulento olor que despedía la deshecha pastelada, acudió moviendo el alto plumero de su cola y derribando al paso sillas y mesas el enorme mastín canelo, concurrente asiduo de *Florian*, que hundió valientemente el húmedo befo y la roja lenguaza en aquel blando mar de golosinas.

Entusiasmado mi paisano con la lucida concurrencia que lograba su banquete, encargó nuevo y mayor refuerzo de provisiones al asombrado mozo; y como tardase éste más de lo que su vanidosa impaciencia consentía, alcanzó el millonario una gran bandeja de bombones y pralinas milanesas, que no sé con qué objeto habían dejado en otro velador cercano, y á manos llenas tiró, despachurró, deshizo en inútil alarde todo el montón de costosísimas confituras, sin provecho del perrazo que las dejó desdeñosamente, y con daño de las palomas que huyeron despavoridas y apedreadas bajo el intempestivo granizo.

Adivinando sin duda que ellos eran los llamados á gozar de la dulce y sabrosa lluvia que aun en sueños les hubiera parecido fantástica, vedada é intangible, acudieron en bulliciosa turba unos cuantos *bambini* descalzos, casi desnudos, coloradotes, rubios, espelurciados, graciosísimos.

Y cuando con el ímpetu de los bárbaros de Atila caía el revuelto pelotón de frescos y redondos cuerpecillos sobre el derramado botín, cuando nos disponíamos á celebrar el triunfal alborozo y la belleza del adorable grupo, digno de Rubens, en aquel mismo punto, Mario de pie y rojo de cólera, con toda la *frank brutality* de los paisanos de sus *dollars*, alzaba furioso el bastón sobre el tierno coro de querubines aterrados.

—¡Eso sí que no lo hará usted en mi presencia!—grité yo interponiéndome entre el millonario y los niños.

Instantáneamente bajó el bastón, y conteniendo con esfuerzo el sobreamiento de la ira, pronunció lentamente, como apoyándose en las palabras para no perder el equilibrio de su afectada corrección:—¡Estos sentimentalistas son crueles, se dejarían comer de los insectos por tal de no hacerles daño!—Y agregó:—¡Pero, de veras, se compadecen ustedes de esta odiosa hampa de haraganes y viciosos que infesta á la desdichada Italia? Pues toda esa gentuza que vive y duerme al aire y al sol, es más feliz que nosotros y engorda con el oro que le dejamos los memos de los turistas.

Yo no le escuchaba: deseando indemnizar á los pequeñuelos del susto y resarcir mi propia

conciencia de la depresión que sobre ella ejercía el brutal egoísmo del pseudo-*yanki*, me desquité á mi gusto ofreciendo á los chiquillos, allí en las propias mesas de *Florian*, un hartazgo de dulces de que aún guardarán memoria.

Mario, ofendido por la lección, saludó cortésmente, y disfrazando su despecho de corrección exquisita, nos presentó su tarjeta acompañada de los más rendidos ofrecimientos.

Mientras se alejaba, traspirando de todo su ser ese aura de soberano orgullo que delata á los advenedizos de la fortuna, el alegre coro de los chiquillos palmoteaba y chillaba, ébrio, loco de alegría. Atraída por sus gritos, acudió la madre de tres de ellos, que transfigurada de gozo al verlos felices por una hora siquiera, me besó la mano llorando y exclamó con expresión que no olvidaré nunca:—*¡Ah poverini miei! ¡Gli avete fatto goddere il paradiso, che la Madonna vi benedica!*

Yo gusté entonces con el paladar del alma una delicia que nunca gustaría el opulento *diletante*, y lloré compadeciendo de todo corazón á aquel rico tan pobre, á aquel feliz tan desdichado, á aquel gozador de oficio que se jacta de regalarse con el intenso sabor de la vida y no ha probado más que el de los deleites que hastían y degradan.

¡Pobres degenerados de la civilización esos para quienes la Historia ha retrocedido diez y nueve siglos, son verdaderos paganos y viven como si todavía no hubiera nacido Jesús!

EL TALON DE AQUILES

Aquella noche estábamos en familia en casa de Ruidalgo, en el delicioso gabinetito azul que parece reducción de la *Tribuna* florentina, tan lleno está de magistrales obras de arte.

Todo Madrid conoce el severo orden aristocrático y el acompasamiento casi litúrgico de las costumbres de los viejos Marqueses. Al sonar la primera campanada de las doce aparece Gastón, el antiguo *maitre* francés, con el servicio del té, que viene á ser el punto final y como la *queda* de aquellas apacibles veladas, las cuales siempre habían sido representación fidelísima del carácter pacífico, piadoso é inalterable de los dueños de la casa, singularmente de la Marquesa, que odiaba las *novedades* tanto como las discusiones y el ruido, y que tenía absolutamente prohibidas las presentaciones, para no exponerse á recibir gentes desconocidas y aplebeyadas.

Pero el amor apasionado del Marqués por las letras y el culto de admiración que tributaba

conciencia de la depresión que sobre ella ejercía el brutal egoísmo del pseudo-*yanki*, me desquité á mi gusto ofreciendo á los chiquillos, allí en las propias mesas de *Florian*, un hartazgo de dulces de que aún guardarán memoria.

Mario, ofendido por la lección, saludó cortésmente, y disfrazando su despecho de corrección exquisita, nos presentó su tarjeta acompañada de los más rendidos ofrecimientos.

Mientras se alejaba, traspirando de todo su ser ese aura de soberano orgullo que delata á los advenedizos de la fortuna, el alegre coro de los chiquillos palmoteaba y chillaba, ébrio, loco de alegría. Atraída por sus gritos, acudió la madre de tres de ellos, que transfigurada de gozo al verlos felices por una hora siquiera, me besó la mano llorando y exclamó con expresión que no olvidaré nunca:—*¡Ah poverini miei! ¡Gli avete fatto goddere il paradiso, che la Madonna vi benedica!*

Yo gusté entonces con el paladar del alma una delicia que nunca gustaría el opulento *diletante*, y lloré compadeciendo de todo corazón á aquel rico tan pobre, á aquel feliz tan desdichado, á aquel gozador de oficio que se jacta de regalarse con el intenso sabor de la vida y no ha probado más que el de los deleites que hastían y degradan.

¡Pobres degenerados de la civilización esos para quienes la Historia ha retrocedido diez y nueve siglos, son verdaderos paganos y viven como si todavía no hubiera nacido Jesús!

EL TALON DE AQUILES

Aquella noche estábamos en familia en casa de Ruidalgo, en el delicioso gabinetito azul que parece reducción de la *Tribuna* florentina, tan lleno está de magistrales obras de arte.

Todo Madrid conoce el severo orden aristocrático y el acompasamiento casi litúrgico de las costumbres de los viejos Marqueses. Al sonar la primera campanada de las doce aparece Gastón, el antiguo *maitre* francés, con el servicio del té, que viene á ser el punto final y como la *queda* de aquellas apacibles veladas, las cuales siempre habían sido representación fidelísima del carácter pacífico, piadoso é inalterable de los dueños de la casa, singularmente de la Marquesa, que odiaba las *novedades* tanto como las discusiones y el ruido, y que tenía absolutamente prohibidas las presentaciones, para no exponerse á recibir gentes desconocidas y aplebeyadas.

Pero el amor apasionado del Marqués por las letras y el culto de admiración que tributaba

al ilustre Méndez-Alba, frecuentador asiduo de la casa, lograron que en ella fuese admitido nada ménos que Gustavo Fonseca, el hombre del día, mozo, como todos sabemos, de oscuro origen, si de brillantísimo presente, escritor novelero que se jacta de hacer tabla rasa así de los *antiguos moldes* como de los escrúpulos morales, satírico audacísimo, desollador sangriento de toda buena fama, *causer* chispeante, rápido, agresivo por sistema, vanidosísimo y siempre *enterado* en política, en chismes, en anécdotas y en escándalos; sabedor, en fin, *de todas las cosas y de otras muchas más*, pero sin asomo de aquello que antaño se tenía por *buen crianza*, atención, respetos, delicadeza—formas sociales de la caridad,—personaje, en suma, que parecía hecho de encargo para tener en continua tortura los nervios de la pobre Marquesa.

Obstinábase Fonseca en forzar el aplauso por todos los medios propios de los artistas sin genio, de los espíritus estériles que, faltos de virtud para producir generosamente la pura flor de la belleza, arrójanse como Erostrato á pedir al escándalo la celebridad que no puede darles la gloria.

Mentira parecía que el Marqués, aquel caballero tan cabal, comedido y misericordioso, aguantase con paciencia el golpe de infamias que supuraba aquella boca. Pero Fonseca, más que presentado, había sido impuesto á Ruidalgo por Méndez-Alba, el grande y prestigioso poeta, y...—¡como de estas injusticias suele producir la pasión que ciega con venda maravillosa!— los desafueros y libertades que en otros labios

hubieran escandalizado al Marqués, en los de Fonseca parecíanle donaires, agudezas, flor de ingenio. Además... ¡era tan joven, brotaba con tantos bríos la floración de su rica fantasía! Mástarde, con los años, vendrían la reflexión, el aplomo. Y cuando la Marquesa, harta de torturar entre los dedos el pañuelo ó el abanico, protestaba con enojo de las enormidades del satírico, el Marqués se contentaba con mascullar entre risitas y cabeceos:—¡Cosas de Fonseca, mujer; si hay que matarle ó dejarle!

La noche de mi cuento—que no es cuento, sino historia, y reciente—estábamos, como dije, en familia en el gabinetito azul, y por más esfuerzos que hizo la Marquesa para encauzar la conversación por cauces más limpios que los de la maledicencia, Fonseca—ayudado inconscientemente por la pícara curiosidad de todos—logró hacerla derivar hacia ellos y allá rodaba alborotada y turbia arrastrando por el podrido légame jirones de honra.

No estaba Méndez-Alba, y quiso la maldita casualidad que á uno de los presentes, á Conchita Santurce, ocurriérale advertir su falta, observando que estas ausencias del poeta iban menudeando, y eran tanto más de notar en tertulio tan puntual y asiduo, que le llamábamos, por su constancia, *el impertérrito*.

Y mientras los demás apoyaban la observación, Fonseca, con ese tono de impertinente pedantería que le es propio, preguntó ahuecando la voz:

—¡Recuerda usted, Conchita, la hermosa fábula de la invulnerabilidad de Aquiles?

--En francés la aprendí en el colegio; pero...

la verdad, estoy mal de mitología: si usted quisiera contarla...

Temeroso de que Gustavo accediese, previno el Marqués:

—Fonseca es sobrado discreto para intentar siquiera darnos semejante lección á estas alturas; pero en cambio va á ser tan amable que nos diga el por qué de su recuerdo gentilicio y la relación de éste con las ausencias de Méndez-Alba, pues creo que de esto hablábamos cuando sobrevino Aquiles.

—No pensaba yo, querido Marqués, poner cátedra de mitología, y ha hecho usted bien en comprenderlo así—contestó incisivamente Fonseca;—en cuanto á la oportunidad de mi cita, ó sea la relación que existe entre Aquiles y Méndez-Alba, fácilmente se adivina; ante todo, ya se sabe que ambos son inmortales, porque un semidiós y un poeta vienen á ser hermanos ó por lo menos *primos*:—el escritor *snob* era enemigo jurado de los versos.—Además—prosiguió,—ya saben ustedes que el hijo de Peleo era invulnerable en toda su divina persona, menos en aquel pícaro talón por el cual la señora Tétis, su madre, teníale agarrado al zambullirle en las sagradas aguas de la Estigia, que hicieron impenetrable á la muerte todo el cuerpo del héroe de Troya... todo, menos aquel condenado calcaño por donde el tuno de París le atizó la flechita que dió al traste con la inmortalidad del *crestudo* Aquiles, que dijo Virgilio.

Entraña, pues, la bella fábula griega un negro y profundo sentido pesimista, que traducido *al cristiano*, significa que por grande, impecable, glorioso é invencible que nos parezca

un hombre... tiene siempre ¡infaliblemente! un punto flaco y vulnerable que yo llamo *el talón de Aquiles*...

Miró el Marqués á Fonseca con mirada que hería y centelleaba, y dijole airadamente, como ázotándole al hablar el rostro verdoso consumido por la envidia:

—¿Es decir que también Méndez-Alba, nuestro querido amigo, el glorioso poeta, su noble protector de usted, tiene su punto vulnerable?—Y agregó duramente: Pues mire usted, Sr. Fonseca, no queremos conocerlo.

La Marquesa, radiante de júbilo, besó con los ojos á su marido.

Y Fonseca, trémulo de cólera y despecho, dijo simulando la mayor tranquilidad y frescura:

—¡Por Dios, Marqués, no es para tanto la cosa! Lo que yo pensaba decir es lo que á estas horas dice todo Madrid, que también nuestro gran poeta tiene su *talón de Aquiles*, y en plata ó en billetes, como ustedes quieran, que Méndez-Alba ha prestado dinero á su amigote Villares, que la mujer de Villares es de perlas y que...

—¡Basta, Sr. Fonseca!...—pronunciaba el Marqués cuando la puerta del gabinete se abrió, alzóse el cortinón blasonado y apareció tras él Méndez-Alba en persona, cuya presencia asustó á la Marquesa, alarmó al Marqués, desconcertó al imperturbable Fonseca y nos dejó á todos mudos y anhelantes de zozobra.

La noble y arrogante figura del poeta era de aquellas que se imponen por derecho de grandeza innata, y podía decirse de él que tenía la

presencia elocuente, la mirada insostenible y avasalladora la palabra.

Su llegada á aquellas horas no era insólita: á veces, desertando de teatros ó veladas literarias, solía entrar á punto de tomar el té con nosotros. Pero bastaba verle para leer en toda su persona que había escuchado las últimas palabras de su protegido. Con sólo mirarle lo comprendió Fonseca y perdió instantáneamente el color de los labios, único reflejo de vida en aquella cabeza de muerto.

Pero el poeta no venía de guerra, al contrario, sereno, muy sereno, sólo que su calma imponía. Un poco pálido estaba, pero tranquilo y hasta sonriente saludó á todos, tomó la taza de té que Gastón le sirvió como de costumbre, y revolviendo con la cucharilla de oro el aromático líquido, pronunció lentamente:

—A tiempo de entrar he oído que el amigo Fonseca hablaba del *talón de Aquiles*, su tema favorito, y como la tesis puede ser fecunda en asuntos, voy á ofrecerle uno interesantísimo, sangriento... moralmente —¡no se asusten ustedes, señoras!— y tan de actualidad que está fresco, sangra todavía.

—Amigo mío —intervino la Marquesa casi suplicante,— tome usted su té con sosiego, y otro día...

—Querida Marquesa, por una vez en la vida permítame usted que no la obedezca incondicionalmente. Pero usted se alegrará de mi desobediencia cuando conozca la historia prometida.

Fonseca se agitó cual si fuera á levantarse súbitamente, abrió la boca como para hablar;

pero desconcertado bajo las miradas del poeta, que no las apartaba de él, y pensando que sólo la audacia podía salvarle, se retorció nerviosamente el bigote, sonrió con forzada mueca y se preparó á recibir en plena faz el rayo que le amenazaba.

Y Méndez-Alba, sin apartar de Fonseca los ojos, empezó:

—Hace algunos años vino á Madrid desde una provincia levantina un mozo desvalido, á quien sus padres, prestamistas de baja estofa y de peores artes, dejaron por solo patrimonio la ignorancia, la miseria y, lo que es peor, la deshonra, porque el padre acababa de morir en presidio y la madre vivía de modo que más le hubiera valido morirse.

Los ojos de Fonseca echaron lumbres, su cuerpo se irguió como para levantarse, pero acabó por quedarse quieto y como clavado en la silla.

—Venía el muchacho tan roto y astroso que las carnes se le parecían por entre los jirones de las ropas, y no menos desnudo que el cuerpo traía el espíritu de toda educación y enseñanza. Pero era listo ¡eso sí! mostraba vivas ansias de saber, de progresar y hacerse hombre. Cualidades que cayeron en gracia á cierto amigo mío, escritor conocido, á quien llamaremos convencionalmente — porque vive y tiene nombre notorio— López-Blanco, el cual, mediante ciertas recomendaciones que el rapaz le trafa de su provincia, recibióle en calidad de criado-estudiante, de esos que cobran por salario el tiempo y la libertad que para sus estudios necesitan.

Mi amigo López-Blanco podrá carecer de genio poético, pero tiene un corazón todo misericordia, á prueba de ingraticudes, y no sólo recibió al despierto mozuelo, sino que, dolido de su suerte y del doble estigma de infamia que pesaba sobre él, pensó realizar una piadosa obra, apoyando al miserable para que con los bríos de su inteligencia se alzase de su nada y se redimiera de su heredada vergüenza.

Daba el mozo, desde luego, singulares muestras de arriscamiento y despejo y prometía de sí grandes cosas. Pero su mala educación y la perra levadura de su sangre, la herencia fisiológica, la ralea, dieron sus naturales frutos, y el hijo del presidiario y de la mala hembra, aficionado al vino, al juego, á todos los vicios, robó un día á su generoso amo tomando su nombre y aun su firma que maravillosamente contrahizo, para cobrar cierta importante suma con la cual, sin duda, pensaba fugarse, no sé si á Ultramar, con otros golfos de su laya.

Pero avínole mal, porque López-Blanco le cogió con el hurto en las manos y á punto estuvo de enviarle á presidio ó de aplastarle allí mismo el cráneo contra la pared, por villano y mal nacido, como se aplasta é un reptil venenoso.

Pasado el primer ímpetu y mientras el mozo, que era cobarde á fuer de traidor, se arrastraba á sus pies llorando acongojadamente y pidiéndole perdón de rodillas, mi noble amigo, que es piadoso con todo vencimiento y magnánimo hasta la insensatez, pensó que aún era tiempo de salvar á aquel desdichado excitando su enorme amor propio, despertando su

ambición y tratando de regenerarle por medio del trabajo y de la gloria.

Y—¡tonto é inocente de él! — abrióle los brazos, tratóle como á hijo culpable y perdonado. Estimuló su vanidad, fomentó sus aspiraciones, fustigó su ambición, le asoció á sus proyectos... le inició en los secretos de su divino arte... En suma, fue su maestro, su protector, ¡su padre!

Mas no salió el discípulo á su maestro, no sintió nunca la generosa poesía del bien y de la belleza. Como todos los menguados y envidiosos, se inspiró siempre en la sátira, no en la gran sátira justiciera de Juvenal, de Quevedo y de Tirso, sino en la sátira negativa, mordedora y ponzoñosa de las alusiones, de las personalidades, del libelo.

Y alcanzó éxitos, ganó dinero, popularidad... nombradía.

Y el pobre maestro que amaba en él su propia obra de regeneración, encariñado con el ingrato, estaba tan ciego que tomaba por agudeza el mal instinto, por desenfado la desvergüenza y por genio satírico la sañuda envidia espolada por la feroz ambición.

Pero el áspid que el incauto había calentado en su seno acaba de levantar la repugnante cabeza y de morderle en medio del corazón.

Ya ven ustedes—acabó Méndez-Alba hundiendo el rayo de su mirada en los extraviados ojos de Fonseca—cómo también los satíricos y desolladores tienen su punto vulnerable, su *talón de Aquiles*, que diría nuestro amigo.

Y aquí los ojos del maestro fulminaron tal descarga de ira sobre Fonseca, que el misera-

ble se sintió herido, anonadado, perdido irremediablemente, porque su caída era mortal, eterna; y sin despedirse ni proferir disculpa, ni protesta, ni queja, vacilante y como empujado y barrido por la cólera del poeta, se lanzó á la puerta del gabinete y por ella salió para siempre del seno de toda sociedad honrada.

LA DOGARESA

IMPRESIÓN VENECIANA

I

Todas las mañanas, después del imprescindible paseo por las poéticas lagunas, cuando los ojos deslumbrados al vivo reverberar del sol en los trémulos espejos del agua y la imaginación sobreexcitada por el sugestivo influjo de aquella ciudad de ensueño, pedíanme reposo y tranquilas realidades, gustábame hacer estación en la *Piazza*, en la única de Venecia y, por su estilo y singular fisonomía, única también en el mundo.

Mi arribada á la plaza de San Marcos era prelude de una hora deliciosa que tras el prolongado balanceo de la góndola, tras la incessante ondulación de las aguas, donde refulgía chispeante el sol de Mayo; tras del continuo espectáculo de construcciones desaplomadas, de miembros arquitectónicos desarticulados, sillares desengarzados de los muros y marmóreas graderías desprendidas ó rotas en anchas hien-das, en cuyo fondo gargoteaba la laguna, pro-

porcionábame primero la tranquilizadora sensación de la tierra firme, de las líneas serenas, de los edificios en reposo, y después el deleitable espectáculo de Bazar oriental, de feria cosmopolita, de romería artística que ofrece la histórica plaza, con su rica decoración monumental, que tiene por fondo el bizantino joyel de San Marcos, con sus caladas arquerías, jaspes brilladores, mosaicos de oro y centelleantes ventanales; y el aéreo palacio de los Doges, que parece hecho para espejar su gentileza en el cristal azul de la laguna; y ciñendo los soporales, como lujoso cingulo de pedrería, los cafés de muros de espejos y los escaparates deslumbrantes de joyas y gemas orientales, de fúlgidas lunas y multicolora cristalería veneciana, amontonada como fantásticas estalactitas en gruta prodigiosa; y bañándolo, abriéndolo todo, la caliente luz de Italia; y por donde quiera flotando en inquietas manchas vivas, como animadas nubes, las palomas que fraternizan bulliciosamente con niños y muchachas.

II

Entre San Marcos y el Palacio Ducal, junto á la rica puerta gótico-renaciente *della Carta*, hay un rinconcito que parece hecho para nido de ensueños de poetas y pintores; corren por el bajo plinto de blanco mármol ceñido al muro gallardas quimeras y fantasías del Renacimiento, que alarga aquella rama florida de su estilo hasta tocar las piedras de la Basílica,

más arriba, engastado en jaspe de brillante tonalidad, luce marmóreo ornamento de arábica tracería, y en la misma arista del ángulo, como partiendo jurisdicciones entre la Iglesia y el Palacio, levántanse cuatro adustos y misteriosos personajes de pórvido, dos extrañas parejas de guerreros abrazados, que con la mano libre oprimen enérgicamente el puño de la ancha espada, como si quisieran significar juntamente la guerra y la paz, ó la fuerza y el amor: supónelos la tradición traídos de Tolemaida en el siglo XIII, y con sus paños y actitudes hieráticas, y con los calientes tonos roji-sienosos del pórvido pulimentado, en cuyos resaltos brilla el sol en largos rieles, añaden al conjunto una deliciosa nota de color y de prestigio oriental. Aquel era mi rincón favorito en Venecia.

Más... ¿éralo por sí mismo, ó tal vez porque servía de fondo insustituible á un grupo sugestivo que atrajo todas mis simpatías?

Tan unidas están en mi recuerdo las figuras y el fondo de aquel inolvidable cuadro veneciano, que no acertaré á definir si el lugar embellecía á los personajes ó eran éstos los que infundían calor de alma á las venerandas piedras.

Sentadas en el marmóreo plinto hallaba yo todas las mañanas dos figuras femeninas, indescriptibles de puro delicadas, exquisitas y tiernamente interesantes.

Érase una jovencita gentil, aérea, romántica, ensoñadora como nos figuramos á Desdémona, cuya mansión legendaria se mira aún en las lagunas; tenía el cutis delicado y pálido como alabastro oriental; el sedoso cabello rubio con el rubio de sol vinculado en las venecianas; las

pupilas azules como el Adriático, y en torno á los ojos vago esplendor difuso como la niebla irisada que envuelve las remotas cumbres alpestres; vestía un traje rojo de tonos de brasa, que reverberaban en su palidez ebúrnea, y aunque por entonces mediaba Mayo, se envolvía en amplia esclavina roja forrada de blancos armiños. Creeríasela una gentil *Dogaresa* sentada á la puerta de su calado palacio. Era en toda su ideal persona tan ténue, tan incorpórea, que viéndola forzosamente se pensaba en una tierna azucena próxima á troncharse, en un aroma fuyente, en un alma pronta á tender el vuelo hacia lo infinito.

Ella misma debía sentir algo semejante, y aquella su presentida, inminente emancipación de la tierra, asociábala á seres tan leves y vagarosos como las palomas que parecen espíritus alados. Por eso diariamente iba á sentarse en aquel rincón predilecto, donde tenía cita con todas las palomas de San Marcos; por eso siempre se me aparecía su figura virginal rodeada de alas blancas, negras, plumizas, tornasoladas, que como nerviosos abanicos vivientes se plegaban y desplegaban en torno á su busto rafaelico; rozándola al pasar y envolviéndola en tumultuosos giros, revuelos y aleteos, que solían arrancarle súbitos gritos ó risas infantiles, que se rompían ó apagaban en su garganta con esfuerzo de asténico organismo.

La otra figura del grupo, así por el parecido que con la ideal *Dogaresa* tenía, como por el apasionado interés acariciador y temeroso con que la miraba, revelábase madre suya y era, más bien había sido en su plenitud, lo que hu-

biera llegado á ser su hija, á no hierla en capullo la muerte, una opulenta rubia hermana de las diosas del Ticiano. Siempre que la miraba acordábame del Partenón iluminado por el sol de Grecia, porque, en efecto, aquella mujer era la ruina de una helénica belleza, alumbrada por una llama abrasadora, el amor; amor de madre que alegraba y enjuvenecía con fulguraciones de aurora su vespertina hermosura; amor de madre tierno hasta las lágrimas en sus turbadas alegrías, generoso hasta la sonrisa en sus acallados sobresaltos.

¡Dios mío, qué cuadro, qué nuevo *triumfo de la muerte* brindaba á los pintores simbolistas aquel rincón histórico! La madre viendo avanzar hacia la rubia cabecita de la *Dogaresa* gentil el descarnado espectro invisible para la amenazada virgen, y enmascarando con heroicas sonrisas su terror apocalíptico; la hija viendo en las fugitivas palomas el símbolo del alma que va á levantar el vuelo, y sonriendo también á la madre, como si en aquel tumulto de alas no viese más que un alegre juego que la tornaba á sus niñeces... ¿Ocurría, en efecto, aquella muda tragedia? Yo de mí sé decir que la veía clara, distinta, obsesionante, y que poseída de ella, como si fuesen algo mío aquellas dos mujeres, en cuya intimidad se entrometía mi interés, ocasión hubo en que me adelanté hacia ellas, como si las conociese, resuelta á decirles... ¿qué?... Sin duda una inconveniencia; por eso siempre me reprimí á tiempo, y no llegué á cruzar con ellas, no ya el saludo, ni aun la mirada. Y era natural, no las conocía. Sin embargo, mi corazón estaba lleno de afecto por ellas,

las amaba con el amor efusivo con que amamos á los que padecen, á los que lloran, y más aún, á los que mueren callando.

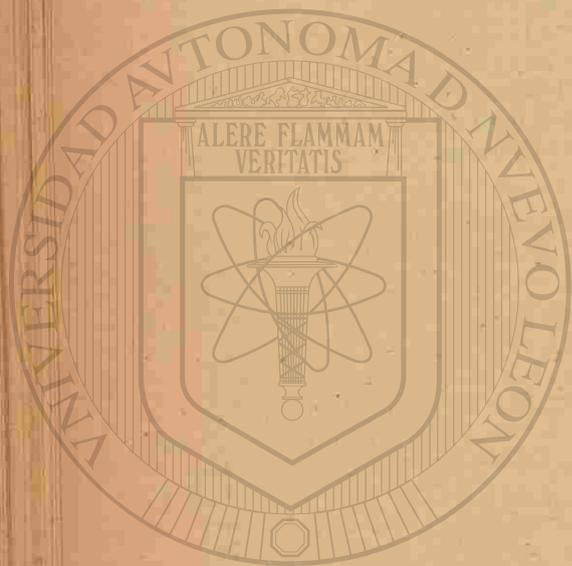
III

Algunos meses después volví á Venecia. En la mañana del día siguiente á mi llegada un interés vivísimo, apasionado, llevóme á buscar en el rincón favorito el grupo de la *Dogaresa* y su madre; y acaso no mientó si digo que aquel desinteresado interés fue la causa de mi vuelta á la ciudad de las lagunas.

Acudí al ángulo de San Marcos á la hora en que solía llegar la *Dogaresa* apoyada en el brazo de su madre, y... sin sorpresa alguna, como cosa fatalmente prevista, mas con dolor desconsolado, ví en el sitio de siempre á la madre sola, enlutada, cruelmente envejecida, envuelta en la misma nube de alas inquietas que envolvía diariamente á la gentil damita del traje rojo y de los blancos armiños. Había tal ternura inexpresable en aquella cita de la madre, ya desposeída de su hija, con las cariñosas palomas que parecían revolver en torno al recuerdo de la ideal ausente, que esta vez pudo más en mí la compasión que las conveniencias, y llevada de impulso irresistible, avancé hacia la madre. Cerca ya de ella me detuve; pero mi actitud y mi emoción fueron harto elocuentes para no ser comprendidas por aquella inconsolable: ¡Ah, lei la conosceva, lo so, lo so!—gimió sordamente, y señalando á las palomas,

añadió con voz ahogada en dolor: *¡Oggi non siamo sole intorno al suo ricordo!*

Si cien veces vuelvo á Venecia, sé que otras tantas se me aparecerá en el ángulo de San Marcos la patética imágen de la rubia *Dogaresa*, que será siempre para mí alma romántica de aquellas piedras históricas.



LA CARIDAD DE MALVINA

I

Fama tenía en Madrid por suntuoso, coquetón y aristocrático el hotelito de la Casa-Núñez, en la Castellana. Desde la blasonada verja que cerraba el lindo jardinito, sobre el cual se abría el marmóreo pórtico, vestido de espesa enredadera, hasta el *office* y las caballerizas, todo era allí gracioso, original, selecto.

El comedor de roble, decorado con *panneaux* pompeyanos; el *boudoir* Luis XVI; el saloncito *Watteau*, forrado de tapices tejidos expofeso en los Gobelinos; la alcoba Imperio, el gabinete-escritorio de palo rosa, la *serre*, la capilla, cada mueble, cada menudo objeto de lujo, llevaba impreso el sello del linaje, riqueza y buen gusto de su dueña, que brilló en las postrimerías fastuosas del reinado de Isabel II y viajó después por toda Europa.

Es verdad que Malvina Dávila, condesa viuda de Casa-Núñez, era una mujer completa. Guapa, noble distinguidísima, religiosa—pertenecía á todas las asociaciones de piedad elegante,—y hasta aquel su aristocrático *faible*,

por el exotismo, su desdeñosa indiferencia hacia los demás, la gentil volubilidad y flotante chifladura que la envolvían como aura fragante, preservándola del odioso contagio con la vulgaridad, todo aumentaba el prestigioso esplendor que la rodeaba, aislándola en sus alturas de diosa.

Cierta marquesa beata que, por haber sido grande amiga de su madre, trataba familiarmente á Malvina, atrevióse á decirle que todas aquellas sus arrogancias mundanas no eran sino vanidad y egoísmo, sequedad de alma y agresivo menosprecio del prójimo, de todo en todo opuestos á la mansedumbre, llaneza y caridad cristianas. Pero ha de advertirse que la buena marquesa estaba pobrísima, jamás fue guapa y cumplió ya los setenta, en cuyas condiciones ¡es tan fácil ser virtuosa y sermonear contra aquello que se envidió toda la vida!

En cambio, la caridad de Malvina pronto halló motivo de manifestarse de modo tan extraordinario, que dió ocasión á los plácemes de toda la buena sociedad y á un derroche de lirismo patético de los revisteros elegantes.

II

Fue el caso que á Francisco y Petra, los porteros del hotel, les nació una niña, y la ilustre condesa, dando un mentís á los que murmuraban de su orgullo, apadrinó en la pila á la criatura, habiéndola enviado previamente una *layette* de princesa.

Y no paró aquí la misericordia de la noble

dama, sino que como la chiquilla era bonita como unas flores y estaba monísima entre la niebla de encajes en que la envolvió su madrina, ésta, que antes se aburría mortalmente, solazábase después de tal modo con el arrapiezo, y fuese encariñando con él, de suerte que pronto no hubo medio de sacarle de sus habitaciones.

Allí, en su *boudoir*, y en la cestita de mimbres cubierta de raso y ricas blondas, tenía la señora como en tibio nido de caricias á su muñequita de carne.

Y en verdad que la nena parecía hecha de encargo para vivir entre mimos y fastuosidades. Era blanca, rubia, delicadísima y tenía los ojitos azules como zafiros animados.

Ya crecida, cuando atravesaba ese encantador período que llaman *edad de las gracias*, recién bañada, fresca, redonda, resplandeciente de vida y de blancura como un chiquillo de Rubens, solía tumbarse la niña desnudita sobre una hermosa piel de pantera que tenía Malvina en su *boudoir*, y allí jugaba á sus anchas, rodando y revolcándose sobre la espesa pelambre de colores, y agitando en el aire las mórvidas piernecitas, para darse el más codiciado de los gustos infantiles, el de cogerse alternativamente con ambas manos uno ú otro piececillo, en que los deditos sonrosados parecían tiernos botones de hortensia.

Un día en que Malvina, según costumbre, yacía tirada sobre la piel, jugando abandonadamente con su *Francillon*—así la llamaba—como con un juguete vivo, entró cierto artista, frecuentador del *boudoir* de la dama, y

sorprendiendo la clásica escena, declamó enfáticamente: — ¡Adorable grupo, Vénus y el Amor! — Y cierto que lo parecían.

Algún tiempo después, como para contrastar con la bella frase del artista, peroró la gruñona de la marquesa:

—Malvina, tu cariño hacia esa criatura es completamente físico y pagano. La quieres porque es bonita, y deleitándote voluptuosamente con su belleza, la esclavizas á tu recreo y la educas como si no tuviese alma, ni padres, ni misión futura en el mundo. ¿Piensas prohibirla? ¿No? Pues devuélvela á su familia. ¿No ves que es una pobre flor destinada á la intemperie, y la estás criando en estufa? ¿Piensas restituirla á su pobreza cuando esté ya inficionada de vanidades irrealizables? Eso, hija mía, consiente que te lo diga, en vez de caridad, es un crimen.

Pero lo que dijo Malvina: la marquesa, solterona involuntaria, tiene rabia á los niños.

—Claro es que la monina, *como tonta*—confesaba la condesa,—prefiere el hotel á la portería, y suele apartarse con despego, y hasta con cierto asco y bochorno saladísimos, de sus padres, sobre todo cuando los ve de trapillo fregando el *perrón* ó los bronces de la puerta; pero esto... *¡le moyen de l'éviter!*—exclamaba concluyentemente.

III

Lo peor fue que el picaro tiempo, que todo lo transforma, llevóse entre sus garras de viejo avariento los hechizos, monadas y gorjeos in-

fantiles de *Francillón*, y si bien le trajo, en cambio, otras gracias y atractivos harto seductores, no eran éstos los más propios para agradar y entretener á Malvina.

Y no porque su belleza, aunque al declinar, temiese el cotejo con aquel amanecer triunfante, sino porque el lindo *bebé* habíase convertido en una chicaza tremenda que... la verdad, estaba ya *deplacée* en aquella casa.

Porque, ¿podía la condesa presentar en *su mundo* á la chica de los porteros? Y las noches de Real, los días de comidas, visitas ó *five o'clock*, ¿había de dejarla sola, entre los demás criados, que la envidiaban ferozmente?

En cuanto á los padres, triste es decirlo, pero la verdad era que la muchacha, educada en otro medio, no los quería ni respetaba, y lo que era peor, avergonzabase de ellos.

—Y en realidad—observaba la condesa—¡es tan duro descender de un golpe del *boudoir* á la portería!

Era preciso arbitrar un medio para salir de aquella situación anómala, insostenible, que no producía sino perturbaciones, rabieta de la chica, protestas de los padres, disgustos y escenas desagradables, que alteraban la paz augusta del hotel.

Y al cabo, después de meditarlo seriamente, dió Malvina con la única solución del conflicto: casar á la muchacha.

—Así como así...—discurría la dama—*Francillón*, ahora que me fijo, está hermosísima—demasiado hermosa, porque su vigilancia constituye para mí un cuidado enojoso,—y siendo ella tan guapa, y teniéndome por madrina... no

será difícil hallarle novio. ¡Un último desembolso... *et voilà tout!*... ¡Ah, pero ya tengo á mi hombre, *Tony*, el cochero de la duquesa de Zeda! ¿Cómo no se me ocurrió antes? ¡Es un chicarrón magnífico, fuerte y hermoso como un gladiador! La librea *le va á maravilla*, y fuera del pescante viste muy á lo *sportsman* é imita á su señorito... ¡nada, que no desagradará á *Manzelle Francillón!* Y... sobre todo como será lo mejor que pueda sucederle... ya se conformará.

Du reste... la duquesa es muy amiga mía, mimá á *Tony*, por lo mucho que conviene un buen cochero; *Tony*, que se halla muy bien en su *canongía*, no querrá desagradar á su ama... y menos en cosa que tan bien ha de estarle á él, ¡qué más quisiera! Todo irá como una seda.

IV

Y en efecto, todo fue como la condesa preveía. *Francillón*, que se hallaba fuera de su centro en el hotel, donde no se le concedía puesto en los salones, ni ella quería tomarlo en la cocina, y más fuera de su centro aún hallábase en la portería, no resignándose á vivir en la estrechez y grosero trato de sus padres, y menos allí mismo, á las puertas de aquella casa, en que había campado como dueña y señora, accedió fácilmente á los halagüenos proyectos que le trazó Malvina, no sólo porque no le desagradaba del todo el guapísimo *Tony*, sino porque en realidad era lo mejor que podía sucederle.

Y en cuanto al mozo, si le pareció de perlas la chica, no le agradó menos el *item* de ajuar, equipo y arras con que se la ofreció su madrina.

Quiso la dama completar la obra de misericordia, y echó el resto á sus larguezas y buen gusto en telas, hechuras, y sobre todo en los encajes del *trousseau* de la novia del cochero, encajes y *trousseau* dignos de una duquesa, que fueron durante varios días encanto de las damas en los elegantes salones de la Castellana.

V

Recibidas las bendiciones en el oratorio de la condesa, y largamente agasajados por la dama, fuéronse *Tony* y *Francillón* al cuartito que en la calle de Embajadores les tenían arreglado, y donde habían de vivir con los padres del cochero.

¡Qué horrible descenso, desde un hotel aristocrático á un tabuco de los barrios bajos! ¡Y qué extraño y abigarrado contraste el que ofrecían el tocador *Pompadour*, la cama de bronce y los demás costosos muebles regalo de la condesa, y sobre todo las vaporosas *matinées*, las frescas galas y los riquísimos encajes de la novia, con aquel infame papel de horchatería y aquellas puertas de cuarterones apolladas y roñosas!

¿Pues y las gentes del barrio? ¿Y los vecinos de la casa, y los padres del cochero? ¿Y el cochero mismo, visto de cerca, en la intimidad,

en la plenitud de su natiya ordinarietz y grosería?

Y *Francillón*, que asida á las faldas de su madrina, habíase empapado de niña en todas las delicadas exigencias, nimios cuidados y puleros melindres de la vida aristocrática; *Francillón*, destetada con bombones de la Mahonesa, criada al calor de las estufas, entre besos y perfumes; aleccionada en el francés y en la música; nutrida con todos los romancescos delirios bebidos en las novelas encantadoras que guardaba Malvina en su biblioteca de palo de rosa; la ahijadita mimada de la condesa, la de los gustos exquisitos, las manos alabastrinas y el cutis de seda, ¿había de ocuparse en las rudas faenas de la casa y había de avenirse con aquella intratable gentuza? ¡Antes la muerte!

Y la señora Antonia, la zafia alcarreña madre del cochero, harta de trabajar toda la vida, y de lavar las pecheras y los *plastrones*, y de reparar los *futraques* y requilorios del señorito, ¿había de aguantar los dengues y holgazanería de "la cursi" de su nuera? ¡Primeró moral!

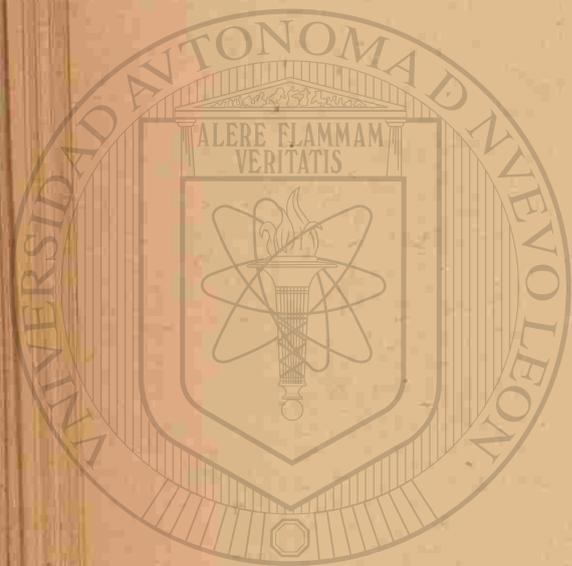
No hubo conciliación posible. Y sucedió lo que había de suceder: *Francillón*, que á fuer de niña mimada, nunca tuvo más religión que su capricho, ni otro amor que el de sí misma, no renunciaba á ningún precio á sus hábitos y pruritos señoriles; y comenzando por despreciar, acabó por aborrecer de muerte al ganso de su marido. Y mientras éste se pasaba la vida amarrado como un perro al pescante del coche ducal, lanzóse ella á lucir su persona y galas por todo Madrid. Como era de esperar, le so-

braron adoradores, de entre los cuales prefirió á cierto calavera célebre en el *Veloz*. Y... de la noche á la mañana, huyó con él no se sabe á dónde.

Aquella fuga fue el principio de su vergonzosa odisea.

Una tarde en que Malvina recibía á sus íntimos, saltó de improviso la Nava-de-Suso:— ¿Sabes que he visto á tu *Francillón* hecha una tarasca por esas calles?

—¡Ah, hija, es un horror!—exclamó la condesa, y generalizando su lamentación:—Ustedes, que vieron cómo se crió aquí esa desdichada y el *trousseau* de princesa que le hice, díganme si ante semejante *succès* me quedarán ganas de hacer caridades.



LA CAPILLA DE LOS DOLORES

I

En la iglesia lugareña de un convento de monjas, allá en Andalucía, y en la vetusta capilla donde tenían su enterramiento los Quiñones de Mendoza, venerábase una patética imagen de la Virgen de los Dolores, que era el amparo y el amor de todo aquel lugar. Pero entre los muchos devotos de la celestial Señora, ninguno tan fervoroso ni tan asiduo como una insignificante viejecilla pobre, sola, abandonada y enferma, que todo lo había perdido menos su fe inquebrantable y su dulce confianza en otra mejor vida.

Allí, al pie del altar de la Virgen, postrada sobre la dura y fría losa que cerraba el panteón de los Quiñones, pasábase la cuitada horas y horas sin contarlas ni medírlas, llorando ante la Dolorida Madre la muerte de su hijo único que la había dejado inconsolable y desvalida en su vejez.

Y en fuerza de verla siempre inmóvil y pálida, de rodillas sobre la marmórea losa, acos-

tumbráronse las gentes á considerarla como aditamento vivo de la sepulcral y lóbrega capilla de los Dolores.

II

Uno de los primeros días de Diciembre de 1850 murió D. Lázaro Quiñones de Mendoza, último vástago de aquellos poderosos señores, que lo habían sido por luengos siglos del lugar y de sus aldeaños.

Y á la mañana siguiente, celebradas en la iglesia las solemnes honras, cantados los responsos, á que respondían desde el coro las monjas, cuyas voces guturales y dolientes parecían llorar la pérdida del postrero de sus patronos; retirada la concurrencia, apagados cirios y lámparas, y tan pronto como colocaron sobre la negra abertura de la huesa la blanca piedra blasonada, automáticamente y como á impulsos de atracción irresistible, acudió la viejecilla á postrarse sobre ella. Y allí, acurrucada encima del sepulcro recién cerrado, como quien dice en el dintel mismo de la muerte, al borde de la eternidad, tornó la dolorida á su oración y á su llanto perdurables.

Pero con estar aquel día la iglesia más muda y solitaria que nunca, diríase que aquel mismo silencio sepulcral hablaba con mayor elocuencia á la anciana que los cotidianos rumores de la vida, diríase que un tumulto de ideas, inquietudes y visiones conturbadoras, alzándose medroso de las calladas tinieblas, cercaba en ronda macabra á la misera devota, según estaba

ésta de inquieta, nerviosa y azorada. Sobreco-gida al ver que no podía rezar oración completa y que dondequiera veía resplandores fosfóricos, calaveras reidoras, espectros y vestiglos espantables, se santiguaba presurosa y repetidamente murmurando con creciente afán: ¡Librame, Señor, de la tentación y las asechanzas del infierno!—Pero... ¡nada! la ronda de esqueletos, fantasmas y dragones de bocas flamígeras y pupilas fosforecentes crecía por momentos, y la misera vejezuela no hallaba medio de evadirse del círculo espantoso.

—¡Santo Dios, Santo fuerte,
Santo inmortal,
Librame, Señor, de todo mal!

Suplicó la atribulada; y no bien proferida la oración, los fantasmas se disiparon y la capilla volvió á quedar en sombra y en silencio.

Pero de improviso, en lo hondo del sepulcro, sonó claro y distinto un rumor lento é insistente, rumor medroso como de dientes que royeran hambrientos ó de uñas que arañasen ansiosas. La vieja sintió de la raíz de los cabellos brotarle sudor helado como el de la agonía.— ¡Misericordia, Señor! —gimió acongojada, y como siguiese oyendo claro y persistente el rumor subterráneo:—¿Habré yo perdido la razón?—preguntóse aterrada. Mas tratando de serenarse, pensó: “las ratas sin duda...”; y vió en su imaginación la negra horda de los repugnantes animales clavando uñas y dientes en el paño negro y en las doradas franjas del ataúd del señor de Quiñones... Y puesta á fantasear, pronto vió cómo los terribles minadores roían

la madera, y abriendo en ella ancha brecha, ce-
bábanse cruelmente en el livido cuerpo de don
Lázaro. ¡Pero qué pavorosas realidades adivi-
na ó erige la imaginación exaltada! ¡y cuántos
horrores y dantescas visiones sugiere aun á los
séres más sencillos y prosaicos la proximidad
de la muerte!

La pobre viejecilla creyó sentir algo como
un rudo y sofocado forcejear en el fondo mismo
de la huesa de los Quiñones; oyó luego distin-
tamente un estallido de tablas y de herrajes,
como el que produce al ser forzada la tapa de
una arca; sintió crujido de astillas y desgarrar-
duras de paños... quiso levantarse, pero ¡impo-
sible! El espanto la entumecía, la anestesiaba,
clavándola en la fría losa como si fuera la esta-
tua orante de aquella vieja tumba.

Sus arterias latían con desatada celeridad;
sus ojos, desencajados de terror, parecían pron-
tos á saltar de sus orbitas; quería huir, y sus ro-
dillas continuaban clavadas en el mármol; in-
tentaba gritar, y su garganta no arrojaba sino
singultos de congoja. Y allá abajo, en lo hondo
del panteón, el ruido crecía y, lo que era peor,
se acercaba. Sentíase claramente que algo pe-
sado y duro se arrastraba y subía, subía por las
escaleras de la bóveda.

La pobre vieja hizo un esfuerzo supremo, lo-
gró levantarse, y agarrándose á las rejas de la
capilla, á los bancos y á los altares, logró lle-
gar casi exánime á la sacristía.

—¡Señor... Antonio!— articuló débilmente,—
en... el panteón de los Quiñones...—el terror y
la extenuación cortaron sus palabras.

—¡Maldita estantigua—gritó brutalmente el

sacristán,—¡si querrá hacernos creer que los
muertos andan de juerga!

Los monaguillos, el enterrador y dos mozos
que habían ido á descolgar los paños negros
que cubrían la iglesia, acogieron el chiste sa-
cristanil con una carcajada salvaje.

—Señor... Anto... nio y la compañía, por el
alma de mi hijo les juro... que en el panteón de
los Quiñones!...

—¡Acabe de reventar!—rugió bárbaramente
el enterrador.

—Se oye, se oye...—balbució la anciana.

—¿Pero qué se oye, vieja de los demonios,
qué es lo que se oye?—gritó el sacristán colé-
rico y amenazador.

—¡Se oye... ruido... mucho ruido!—gimió ate-
rrozada la pobre vieja.

—¡Bruja del infierno, carlistona, fanática, le-
chuza, largo, que aquí no creemos en cuentos
de viejas!—vociferó el sacristán.

—¡Largo, largo, si no quíe que la echemos á
patás á la joya é D. Lázaro!—aulló el ente-
rrador.

—¡Fuera, fuera la bruja!—chillaron los mu-
chachós.

Y la sin ventura salió arrastrándose de la sa-
cristía. Inconsciente y como sonámbula atra-
vesó la iglesia, y llevada por invencible atrac-
ción, volvió á la capilla y á su sitio de siempre.

A tiempo que doblaba las rodillas sobre la lá-
pida, un cuerpo duro chocó violentamente con
el mármol por dentro de la bóveda. Terror de
muerte paralizó á la extenuada vieja, que en
vano intentó levantarse, gritar... Otra vez el
golpe seco, duro, resonante hirió desde adentro

la losa que retemblo trágicamente... La devota cayó de espaldas y su cráneo rebotó contra la piedra.

III

A la mañana siguiente, cuando el sacristán abrió la iglesia, halló sobre la tumba de los Quiñones el cadáver de la anciana.

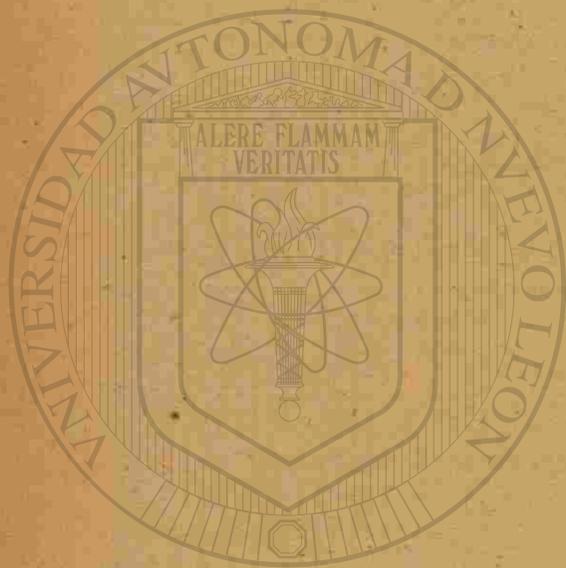
Por muy rudo y desalmado que aquel hombre fuese, á la vista de la pobre muerta no pudo menos de conmoverse hondamente. Inmóvil y mudo delante de aquellos tristes restos, poco á poco empezó á sentirse poseído por dudas perturbadoras que se convertían en crueles remordimientos. ¿Sería él culpable de la muerte de la pobre vieja? ¿Habría muerto sólo de imaginarios temores ó tendría razón la cuitada?... Y el Sr. Antonio, que había hecho para con la ferviente devota el papel del grosero vulgo mofador de todos los exaltados, místicos ó idealistas, pasó, como suelen los negadores, de la incredulidad provocativa á la superstición visionaria.

Sobresaltado y descompuesto fuése en busca del enterrador, comunicóle sus temores, y ayudado por él y por los dos mozos de la víspera, antes de que viniera el señor cura logró levantar la lápida del viejo entierro de los Quiñones.

Sentado en la escalerilla de la bóveda, con las manos crispadas entre las cuerdas con que las tenía atadas, cubierta de coagulada sangre la pechera de la camisa y desmesuradamente abiertos los ojos vidriosos, hallábase el cadá-

ver de D. Lázaro con el cráneo destrozado al chocar desesperadamente contra la losa de su tumba.

El sacristán, sobre cuya conciencia pesaban las muertes de D. Lázaro y de la anciana, se volvió loco de terror. El semblante de la muerta devota reflejaba en su luminosa palidez y en su expresión seráfica la beatitud de los elegidos. Las gentes del pueblo tuvieron por endemoniado al incrédulo sacristán y por santa á la piadosa viejecilla. ¡Acierta el pueblo tantas veces!



EL ESPEJO

A D. José Fernández Brzmba.

I

El coronel Pacheco, veterano de África, es uno de los más acabados ejemplares que nos restan del tipo del viejo soldado español, sin miedo y sin tacha. Buen cristiano, ardiente patriota, leal compañero, franco hasta la rudeza, pero siempre justo, puntual, aseado, gallardo en la vejez, sano, derecho y firme de cuerpo y de alma. El perfecto caballero.

Vive solo, porque en la flor de la mocedad tuvo la inmensa desventura de ver morir á su mujer en la hora solemne en que iba á darle el primer hijo. Nunca le oyeron hablar de su malograda familia.—¡Si será egoísta!—pensaban caritativamente algunos amigos. ¡Ay, no sabían que aquel silencio era miedo del gigante á su propia ternura! Porque... ¿hubiera podido hablar de ellos con los ojos enjutos? ¡Y había de llorar un veterano como él... á lo menos delante de las gentes! ¡Primeramente muerto!

No hay para qué decir si semejante hombre sería modelo de amigos. Éralo, en efecto, hasta el sacrificio, mas hasta el sacrificio mudo, completo como podía esperarse de aquella alma.

Pero si leal y generoso fue siempre con todos sus amigos, con ninguno lo fue tanto como con el viejo conde de Santurbi, aquel nobilísimo cuanto desgraciado caballero, á quien todos conocimos en la opulencia y de quien tan pocos se curan, ahora que agoniza en un desmantelado guardillón de la calle de *Isabel la Católica*.

¿Habrá quien no recuerde el soberbio palacio del magnífico Prócer en la misma calle en que hoy padece solo y olvidado?

Los salones de Santurbi competían con los de los Montijos y Medinacelis, sus trenes eclipsaban á los de Osuna y rivalizaban con los de la Casa Real. Pero... aquellos polvos de vanidad trajeron estos lodos de miseria. Aunque, en verdad sea dicho, no fueron ni la vanidad ni la mala administración las causas determinantes de la ruina del Conde. Consumáronla, como en complicidad siniestra, reveses de la Bolsa, pérdidas de cosechas, quiebras de sociedades de crédito y toda suerte de combinaciones fatales con que dieron en malograrse á un tiempo los más pingües negocios de la casa. El despreñamiento generoso del magnate y la rapacidad de los logreros de la desdicha completaron la obra.

Como la de Santurbi hánse desmoronado otras muy poderosas fortunas de nuestra nobleza, con las migajas de las cuales se enriquecieron muchos ruines.

Pero al cabo, la verdad, la desoladora verdad era que Santurbi, viudo como Pacheco desde la juventud, estaba pobre, absolutamente pobre, y por añadidura solo, abandonado y enfermo; enfermo de un crudelísimo reuma gotoso

so que le hacía pasar las noches en dolorosa vigilia y los días en atormentada somnolencia, enclavado en su sillón. Ya no podía andar ni vestirse solo, ni casi mover pie ni mano; siendo lo más desconsolador que la invasora dolencia iba en alarmante crecimiento.

Para prevenir sus deseos, para atender á sus necesidades, para sostener su pobre cuerpo paralítico y levantar su descaecido espíritu, allí estaban la mano siempre abierta, el brazo siempre fuerte, el corazón siempre joven, y la jovialidad inalterable del bravo coronel Pacheco.

Desde los primeros días de la enfermedad del conde, habíase él encargado de realizar los últimos valores que restaban al arruinado magnate. Unos cuantos títulos de la Deuda exterior, muy pocos ciertamente, y algunas alhajas de corto precio. Pero se ignora por qué maravillosa alquimia, ó por qué recónditas artes de magia, había logrado el Coronel que el producto de aquellos pobres restos fuese inagotable.

Lo cierto era que, gracias á aquel prolífico dinero, el enfermo tenía un criado para él solo y que no le faltaban mimos en la mesa, lumbre en la chimenea, medicinas, abrigo, ropa blanca, tabaco y cuanto pudiera apetecer para el cuidado de su persona un hombre de sus gustos y costumbres. Claro es que todo ello era modesto, porque el Coronel no tenía más capital que su paga, pero todo junto representaba un gasto tan superior á los últimos recursos del Conde, que cuando éste advirtió la cariñosa superchería de su amigo, no pudo contener las lágrimas; y llorando de gratitud, prohibióle

que continuase haciendo por él los sacrificios que aquellos dispendios delataban. Pero el Coronel insistió en negar sus liberalidades con obstinada negación, hasta con dureza. Dureza cómica y conmovedora á la vez, que era la expresión más alta de su generosidad. Hacíase adusto por abnegación, arisco á fuerza de ternura; y el Conde, que le conocía, llegaba á traslucir por sus esquiveces sus larguezas, y á leer en cada brusquedad de su amigo un nuevo sacrificio ignorado, que el misero noble—¡tan altivo y espléndido en la prosperidad!—herido ahora en su orgullo, desposeído de todo bien y privado de toda actividad que no fuese la del alma, veíase obligado á pagar sólo con gratitud, tan grande y tan viril, que era muda, y no hallaba expresión más sublime que las calladas lágrimas que resbalaban por su descaecido rostro hasta sus barbas de nieve.

Y esto era, justamente, lo que más exasperaba al Coronel, que cuando veía llorar al Conde, se clavaba las uñas en las rodillas, á punto de agujerear el pantalón, y enrojeciendo de ira, pateaba el suelo como niño enfurecido y soltaba cada terno como una montaña.

¿Quién hubiera dicho que aquellas groseras palabrotas de cuartel no eran sino los ariscos escarceos de su púdica generosidad avergonzada, que aquel furibundo gesto no era sino la sañuda máscara con que el gigante infantil trataba de ocultar su enternecimiento inefable, casi maternal?

Para que el conde ignorase que también los honorarios del médico eran de cuenta suya, fingió Pacheco que sólo por amistad hacía él

habíase empeñado en asistir á Santurbi el joven y elegante doctor Villegas, no menos afamado por sus curaciones, que por sus conquistas y galanteos. Pero como Villegas era especialista en afecciones reumáticas, á él y no á otro obstinóse el Coronel en encomendar—costara lo que costara—la cura de su amigo.

II

Una mañana en que D. Francisco Pacheco—así se llamaba el Coronel—hallábase absorto en la delicadísima operación de rasurarse las reacias barbas—pues, como él decía, nunca se las dejó tomar de ningún barbero,—cuidando escrupulosamente de no segar ni uno de los pelos de la blanca *luchana* que como niebla argentífera esfumábase en torno de su noble rostro, presentóse en la severa y limpia habitación del soldado el mediquito *sportsman*, irreprochablemente vestido *de mañana* y trascendiendo á esencias y cosméticos, y en breves razones le expuso el caso de conciencia que allí le llevaba á tan intempestiva hora.

El Conde empeoraba por días, y era absolutamente necesario—¡caso de vida ó muerte!—que, aprovechando la estación otoñal, tomase los baños de Archena. Él así se lo había ordenado, cumpliendo su deber de médico; pero Santurbi le declaró la total imposibilidad en que se hallaba de emprender tal viaje por falta de recursos, é hizo más, prohibiéndole rotundamente participar el caso al Coronel. Pero como semejante prohibición era atentatoria á la sa-

lud, acaso á la vida del enfermo, él—Villegas, —que consideraba como sacerdocio la medicina, habíase creído en el ineludible deber de comunicar al Sr. de Pacheco la verdadera situación del paciente y el grave riesgo que éste corría renunciando al único recurso que la ciencia alcanzaba para salvarle.

El Coronel, que mientras el médico hablaba estuvo más de una vez á punto de segarse la *luchana* de un tajo—tan nervioso le ponía lo que estaba oyendo,—cuando cesó la voz de Villegas quedóse alhelado y suspenso, como si no hallase palabras en que envolver sus ideas ni casi ideas que envolver en sus palabras.

En apoyo de su turbación y desconcierto, acudió con inalterable calma y corrección el mediquito; pero lo que dijo, antes que serenar al fogoso veterano, acabó de exaltarle por completo.

Con acento halagador é insinuante, comenzó por declarar que todo en la vida tiene sus límites y que el señor Pacheco había traspasado para con su ilustre amigo el Conde los de la generosidad, los del desprendimiento, los de la abnegación...

—¡Qué abnegación ni qué rayo, amigo Villegas, si el caso es que tengo las pagas empeñadas y que no puedo por ahora disponer de un céntimo!—rugió el Coronel con la ira en la voz y las lágrimas en el corazón.

A lo cual insistió el Doctor en que la abnegación del Coronel no había de ser infinita; y agregó con fina y penetrante intención algo que á través de circunloquios y veladuras significaba que la amistad, como el amor, requiere

correspondencia y que nada duele tanto como ver malogrados ó no bien agradecidos los sacrificios más generosos.

No hay que decir con cuánta vehemencia pediría el Coronel explicación pronta y clara de aquellas reticentes insinuaciones. Explicación que el médico se apresuró á dar cumplidamente en estos términos:

—La verdad, Señor de Pacheco, y perdóname que me atreva á mezclarme en asuntos de su intimidad; pero siendo usted tan excelente amigo mío y tan ejemplar amigo del Conde, no puedo negarle que me duele de veras que mientras usted se priva hasta de lo necesario—¡sí, no trate de negarlo!—hasta de lo preciso por el Conde, este señor, máspreciado por lo visto de sus caprichos aristocráticos que de su propia vida y de lo que debe á la heroica magnanidad de usted, prefiera morirse y que usted pida limosna por él antes que desprenderse de una alhaja de príncipe que sórdidamente se obstina en conservar.

—¡Qué alhaja ni qué niño muerto, Sr. Villegas!—tronó el Coronel exaltándose por grados.—¿Qué alhaja ha de guardar mi pobre Fernando si á costa de crueles desgarramientos se ha ido desprendiendo de todo? ¡De todo, hasta de los retratos de sus padres, miniaturas preciosas que yo vendí por mi mano para un Museo extánjero!

—Pues, sin embargo, el Conde posee una alhaja con cuyo precio podría asegurar el bienestar de su vida y librar á usted de tan pesada carga.

—Poco á poco, Sr. Villegas; el Conde no es

ni será nunca para mí carga ni pesada ni ligera! ¡O somos ó no somos amigos, cuerno! Y en cuanto á la joya... creo que usted padece una alucinación.

— Señor de Pacheco, si no estuviera seguro de lo que digo, si la joya no existiera y si no hubiese yo visto en ella la salvación posible de nuestro enfermo, no hubiera venido á molestar á usted.

— ¿Pero qué alhaja ó qué centella es esa en una casa donde no quedan ni los clavos?

— Un espejo.

— ¡Un espejo! (con sorpresa). ¡Ah... sí. Ya caigo, un espejillo de piedras de Francia que tiene allí Fernando sin duda para hacerse la *toilette*.

— ¡Cómo de piedras de Francia! ¡De brillantes y de los de roca antigua, más transparentes que el agua y más claros que el sol!

— ¿Pero está usted seguro?

— Segurísimo.

— ¡Si... eso no puede ser!

— ¡Conozco perfectamente los brillantes, y le juro á usted, bajo palabra de honor, que los que forman el marco de ese espejo son de la más pura roca, de la mejor talla; tienen más de cinco quilates; valen una fortuna!

— Pero...

— Vamos allá, y si convencemos al Conde á que se desprenda de ese juguete de rey, habremos salvado su vida y asegurado su subsistencia.

— Vamos—contestó secamente el Coronel.— Y mientras se vestía trémulo y aturrullado, una nube de tristeza y una contracción dolorosa alteraba su semblante siempre fresco y casi

juvenil.—¿Será verdad lo que dice este mediquillo de alcorza? ¿Será posible que Fernando?... ¡Pero no, no y mil veces no!—Y mientras monologaba así interiormente, por fuera parecía haber envejecido.

III

Para que el Conde no sospechara que Villegas había quebrantado su prohibición de revelar al Coronel lo acontecido respecto al necesario cuanto irrealizable viaje á Archena, convinieron Pacheco y el Doctor en hacerse los encontrados en casa de Santurbi, y una vez en ella, lograr que la conversación recayese, al parecer inopinadamente, en el punto apetecido, á fin de que el médico viérase como obligado en conciencia á repetir su prescripción de tratamiento hidroterápico delante de la única persona que podía obligar al enfermo á cumplirla.

Hízose todo como ambos concertaron. Pero apenas vió el Conde la cara de su amigo, tan demudada y contraída, tan otra de lo que siempre era, como si la alteración del Coronel fuese contagiosa, comenzó á participar de ella, no acertando á explicarse el motivo de aquella doble y coincidente visita, y menos aún la singular mudanza y desconcierto que revelaba en toda su persona el viejo soldado.

Y como los enfermos y los desgraciados crónicos se hacen suspicaces, y á fuerza de padecer males inesperados acaban por aguardar y temer los que no existen, el pobre anciano llegó á recelar que se hallaba á punto de muerte

y que tal era la causa de la venida del médico y de la profunda tristeza y turbación de su amigo.

Pero como ambos insistiesen en la conveniencia del viaje á Archena, Santurbi comenzó á dudar de su sospecha, calculando con acierto que si le creyesen moribundo no insistirían tanto en hacerle viajar. Pero si no era el temor de su próximo fin, ¿qué tenía Paco, tan perturbado y descaecido como él jamás le había visto?

—Ya lo ves, Fernando—dijo rúdamente el coronel,—ya has oído á Villegas; las aguas de Archena son tu única salvación; es, como quien dice, cosa de vida ó muerte. ¡Así, en plata! ¿Para qué andar con circunloquios? Y yo, ya me conoces... si tuviera... no digo recursos, pero de donde sacarlos... no diría esta boca es mía; ya sabes mi lema: *obras y no palabras*, sino que mañana sin falta saldría contigo para esos malditos baños. Pero... cuando no lo hago, huelga decirte que no puedo.

—Pues si tú no puedes... ¿qué diré yo, mi pobre Paco!

—Usted, Conde—observó el Doctor,—aunque esta sea imprudente oficiosidad... exceso de celo en el médico, ansioso de la salud de su enfermo,—usted... acaso podría.

—¿Que yo podría, Sr. Villegas? Pero... ¿qué podría yo?—preguntó asombrado el Conde.

—Mira, Fernando, ¡vamos claros! Si yo tuviera un recurso... *verbi gratia*, una joya, y por sólo el capricho de conservarla te dejara morir sin intentar los remedios que te ordena la ciencia... ¡vamos!... ¿qué me dirías tú?

—¡Un recurso... una joya!... ¿pero qué dices, Paco?

—Digo la verdad, lo que urge, lo que importa, ¡así, en crudo y en seco! Vamos, si yo tuviera una alhaja de gran precio... por ejemplo, como aquel espejo que tienes allí colgado en tu alcoba... ¿piensas tú que te dejaría morir antes de venderla?

Un rayo que hubiera caído á los pies de Santurbi no le hubiera alterado más súbita y mortalmente.

—¿Pero, Conde—observó el médico, que creía ver en la palidez y contracción del anciano la prueba visible de su sórdida avaricia,—piensa usted que los brillantes valen más que la salud y que la vida?

—¡Sí... amigo mío... á veces valen más!—contestó lenta y desmayada, pero muy severamente, el viejo Prócer.

—¿Son brillantes ó no son brillantes los que guarnecen esta luna?—preguntó el Coronel, presentando á su amigo el espejo que había descolgado y miraba ávidamente para convencerse á sí propio de aquella verdad inverosímil.

—Brillantes son, Paco... y de roca vieja, de los mejores, de los más costosos; como que difícilmente se hallarán otros como esos—articuló el Conde sin desconcertarse, pero con acento de infinita tristeza que penetraba el alma, que casi paralizó los bríos del buen Pacheco, el cual, á pesar de ello, no pudo menos de preguntar con singular extrañeza:

—¡Pues entonces!... Y se quedó cortado como si el dolor de su buen Fernando, la vergüenza de la sospecha que hacia él involuntariamente abrigaba, la abrumadora evidencia de aquel hecho á su parecer increíble—¡la existencia de

joya semejante en poder de un amigo que se dejaba mantener por él!—y la serenidad noble y altiva de este amigo ante situación tan inexplicable, fueran cosas que no cupiesen juntas en su cabeza y en su corazón.

El conde de Santurbi, que como hombre de exquisita educación y largo trato con la más alta sociedad de Europa, era gran mundólogo y verdadero maestro en psicología práctica, miró alternativamente al médico y al Coronel, y aunque su mirada fue rápida, poco directa y nada intensa, bastóle para vislumbrar en el fondo de aquellas dos almas una misma sospecha, una negra desconfianza harto ofensiva para él, si bien en cada una de aquellas individualidades se manifestaba con muy diversos caracteres: en la del médico, encarnación del vulgo de levita, que se abraza en malsana curiosidad de pecados ajenos, aquella sospecha era fruición de entrever una culpa en una noble conciencia; en la del Coronel, alma toda nobleza y toda amor, aquella sospecha significaba el miedo cruel de tener que dudar de un amigo á quien quería con todos los ímpetus de su corazón de gigante.

Pero de uno ó de otro modo, semejante duda hería el orgullo y la sensibilidad del Conde, el cual comprendió rápidamente que debía sincerarse ante el amigo receloso y ante el impertinente fiscal de sus acciones. Y haciendo grande esfuerzo para dominar su altivez de aristócrata rebelada y su corazón de amigo lacerado por aquella ofensiva desconfianza, procuró sacar del fondo de su voluntad energías excepcionales para no desmayar al descubrir, al tocar

con mano temblorosa la llaga viva de un dolor incurable.

—Comprendo, amigos míos—comenzó,—que para explicar á ustedes debidamente la existencia de joya de tan subido precio en poder de un pobre—movimiento de impaciencia en Pacheco,—de un pobre que vive de la generosidad de un amigo...

—¡Si prosigues así... me voy!—gritó el Coronel con voz de trueno.

—Comprendo que para dar á ustedes la debida explicación, necesito contar la historia de ese espejo—continuó el Conde, tranquilizando con el gesto á su amigo y deteniendo con la mano extendida al médico, que trataba de irse discretamente.

—No, no; yo les ruego á ustedes que se sienten y me escuchen, porque á los dos me dirijo y los dos quiero que oigan esta historia.

—Bien sabes tú—prosiguió mirando al Coronel—cuánto quise yo á mi pobre María... mi mujer, amigo Villegas, la única mujer que existió en el mundo para mí, la sola, la que se ama. ¡Aquella que reunió en sí todas las bellezas del cuerpo y del espíritu! ¿Te acuerdas, Paco; te acuerdas de ella el año aquel de nuestras bodas? Vamos... tú, que la conociste, dí si exagero, dí si se vieron nunca juntas tantas virtudes y tantos y tan sobrehumanos atractivos.

Paco empezaba á ponerse nervioso y arañaba suavemente el pantalón sobre las rodillas.

—¡Ay, amigo: tú, que también probaste delicias y dolores semejantes á los míos—el Coronel hundía las uñas en el paño hasta clavarlas en las carnes.—tú sabes mejor que na-

die cuánto se ama cuando se ama una vez sola!

—Querer á una mujer como yo quería á la que iba á ser mi esposa, verse apasionadamente correspondido por ella; ser joven y heredero de tan altos blasones, de tanto oro, de tantas y tan extendidas tierras, de tan regios palacios, de tan inestimables joyas, y poder ofrecer aquella dote de reina y aquel amor digno del Paraíso á la adorada de mi alma... ¡era demasiada ventura para este mundo!

—¿Te acuerdas, Paco?— Paco estaba rojo de emoción. — Cuando yo me fui á París, en vísperas ya de mis bodas, loco de ilusión y de amor — y aquí entra ya la historia prometida, — llevaba el pueril y vehemente deseo de enamorado de buscar para mi María algo muy rico, muy bello, peregrino y raro, algo excepcional que nadie, ni aun las reinas poseyeran. Porque los aderezos de perlas, brillantes, esmeraldas, zafiros ó turquesas diversamente combinados, las *rivieres*, las diademas, los broches... todo eso era ya cosa muy vista, muy usada, muy vulgar.

Al paso que hablaba el Conde, íbase entusiasmado gradualmente, y gradualmente se iluminaba y enjuvenecía su hermosa cabeza romántica de luengas melenas blancas peinadas á lo Espronceda, de aquilino y finísimo perfil, de expresión á la vez altiva y sentimental, de alta y egregia frente pálida y brillante como pulido marfil, donde la luz se reflejaba en un solo punto, que parecía la irradiación visible de la idea.

—Yo deseaba ofrecer á María— continuó— algo que fuera como la glorificación de su be-

lleza, y pensé en un retrato. Pero retratos ya los tenía ella en lienzo de los Madrazos, y en miniatura de las mejores firmas de la época. Además... el retrato no era bastante original ni bastante suyo; podría ser copia, remedo pobre y descolorido de su imagen, pero no su imagen misma, y entonces se me ocurrió regalarle un espejo que fuese una alhaja, pero en el cual lo más precioso y deslumbrador fuera ella misma, la perla animada, el esplendor viviente de su beldad incomparable: una luna de Venecia rodeada de un marco de los más perfectos *solitarios* que á cualquier precio se hallaran en el mundo, un cristal sin sombra y sin nube, unos brillantes sin tacha, una transparencia casi diáfana rodeada de fulgores irisados, un fondo propio para reflejar tanta hermosura, á fin de que cuando el cristal lo retratase, aquel rostro de *madonna* apareciese aureolado de resplandores... ¡y aún era poco para quien hubiera querido circundarlo de un nimbo de estrellas!

Aquí la voz del Conde, estremecida, vibrante de pasión, se quebró y se anegó en llanto.

El Coronel estaba rojo de emoción y sentía vergüenza de sí mismo.

La cara del médico iba adquiriendo desusada gravedad.

El Conde, procurando serenarse, continuó:
—Ya sabes, Paco, lo dichosos que fuimos... ¡tanto como tú y Luisa!— el Coronel sentía que el corazón se le llenaba de lágrimas.— ¡Ay, pero nuestra felicidad no fue mucho más larga que la vuestra! El año mismo de tu desgracia enfermó mi pobre María, bien lo recordarás. Tú, mi pobre amigo, que viste naufragar en

un día todas tus esperanzas—el Coronel sentía las lágrimas subirle á la garganta y oprimirle como un dogal, —tú sabes lo que son penas! Pero... ¿qué martirio como aquel martirio mío? Ver á mi adorada María marchitarse entre mis brazos, como una flor que llevamos prendida sobre el corazón y se nos mustia con el propio aliento, y cuando queremos reanimarla con nuestros besos se nos abate y deshoja entre las manos! ¡Ay, tú no sabes, Paco... —¡vaya si Paco sabía, tanto que estaba próximo á la mayor vergüenza de su vida, á que se vieran lágrimas en sus ojos!—tú no sabes lo que yo padecí; como que por no renovar nuestros dolores, jamás hemos hablado de estas cosas.

En menos de un año estuvimos en Suiza, en Andalucía, en Malta, en Aguas-Buenas, en Panticosa, en Niza... No hubo viaje que no emprendiéramos, ni tratamiento curativo que yo no ensayase en mi pobre enferma, ni médico afamado á quien no consultara. Pero todo fue inútil, perdido. Ni las brisas del mar, ni el aire de las alturas, ni el frío, ni el calor, ni la ciencia, ni todo mi cariño, nada bastó á detener el avance de aquel terrible mal que la demacraba y destruía por momentos, de aquella impalpable aura de muerte que la envolvía y envenenaba, que se mezclaba á su sangre y empañaba sus colores y apagaba sus ojos!... Y sin embargo, yo estaba ciego, loco, desatinado, y me obstinaba en no ver lo que tenía delante y en negar lo que se me entraba por los sentidos. ¡Empeñábame en creer que las emponzoñadas rosas de la fiebre eran las frescas rosas de la

salud, que la postración era languidez, que aun era tiempo de salvarla!...

Aquí el Conde se detuvo como para tomar aliento, y prosiguió:

—¡Y estaba ya agonizando... tenía las manos heladas por la muerte, y aún me parecía imposible que no se calentaran con mis besos! En vano el médico movía la cabeza, indicándome que aquello se acababa; en vano trataban de arrancarme de su lado; yo me obstinaba en hacerla apurar una medicina... Pero, al cabo, al ver que apenas se levantaba ya su pecho anheloso, que tenía los labios blancos é inmóviles y las pupilas vidriosas y fijas bajo los párpados caídos... no sé por qué, como quien busca una certidumbre mortal ó una esperanza imposible, instintiva, automáticamente me acerqué al tocador de María, tomé de él ese espejo que tantas veces había reflejado su triunfante hermosura, lo acerqué trémulo á sus labios... Una niebla ténue, un vapor levisísimo empañó momentáneamente el terso cristal... ¡Era el último aliento de aquella vida de mi vida, el paso visible del alma de mi María, que volaba á Dios!

¡Y cuando ya nada soy, cuando nada tengo, cuando creía haber padecido todo despojo y apurado toda humillación!... ¿Todavía se me exige que me desprenda de mi último bien? ¡Y como si los ideales tuviesen precio, se me pide que venda ese espejo, donde aún rielaba para mí el esplendor de su belleza y el rayo lejano de nuestra felicidad; ese espejo, donde siempre veo el paso de su alma hacia el cielo!—acabó el Conde sollozando con duro é imponente so-

llozar, que era como el estallido con que saltaba desbordada su ternura por entre los rocas del orgullo y de la entereza varonil.

Y aquí el Coronel hizo la gran tontería, cayó en el mayor oprobio de su vida, rompió á llorar como una criatura; lloró de emoción y de vergüenza por haber calumniado mentalmente á aquel amigo.

El mediquito Villegas estaba confundido, ruboroso, y sentía gran descontento de sí mismo. Mas para tranquilizarse, decíase en su conciencia:

"¿Yo qué sabía de tal historia? ¡Lo que yo pensaba era lo que en mi caso hubiera pensado todo el mundo!"

Y tenía razón.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALT. 1.80 REYES"
Apdo. 1015 MONTERREY, MEXICO

EN LA VOLADURA

EPISODIO DE 1873

I

Acababan de pasar como olas de fuego y de sangre ante mi niñez aterrada aquellos aciagos días de Junio y Julio de 1873, aquella inútil y desoladora tragedia de la *cantonalada* sevillana, cuyos horrores é incertidumbres mortales arruinaron para siempre mi salud y empañaron por largo tiempo mis juveniles alegrías.

La sacudida fue tan ruda para mi pobre sensibilidad, que durante muchos meses permanecí bajo el influjo de una verdadera obsesión de terror.

Ante mis ojos alucinados persistía el vivo y siniestro flamear de los incendios lejanos, y en mi cerebro seguía retumbando el bárbaro trueno del cañón respondido por las descargas de fusilería, en el salvaje diálogo de muerte empañado entre la tropa y el pueblo. En mis oídos continuaba sonando el estridente y desacordado tañer de las cornetas de los *pelotones*; y á cada paso me estremecía creyendo oír distintamente el fragoroso estruendo producido por el

llozar, que era como el estallido con que saltaba desbordada su ternura por entre los rocas del orgullo y de la entereza varonil.

Y aquí el Coronel hizo la gran tontería, cayó en el mayor oprobio de su vida, rompió á llorar como una criatura; lloró de emoción y de vergüenza por haber calumniado mentalmente á aquel amigo.

El mediquito Villegas estaba confundido, ruboroso, y sentía gran descontento de sí mismo. Mas para tranquilizarse, decíase en su conciencia:

"¿Yo qué sabía de tal historia? ¡Lo que yo pensaba era lo que en mi caso hubiera pensado todo el mundo!"

Y tenía razón.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALT. 1.80 REYES"
Apdo. 1025 MONTERREY, MEXICO

EN LA VOLADURA

EPISODIO DE 1873

I

Acababan de pasar como olas de fuego y de sangre ante mi niñez aterrada aquellos aciagos días de Junio y Julio de 1873, aquella inútil y desoladora tragedia de la *cantonalada* sevillana, cuyos horrores é incertidumbres mortales arruinaron para siempre mi salud y empañaron por largo tiempo mis juveniles alegrías.

La sacudida fue tan ruda para mi pobre sensibilidad, que durante muchos meses permanecí bajo el influjo de una verdadera obsesión de terror.

Ante mis ojos alucinados persistía el vivo y siniestro flamear de los incendios lejanos, y en mi cerebro seguía retumbando el bárbaro trueno del cañón respondido por las descargas de fusilería, en el salvaje diálogo de muerte empañado entre la tropa y el pueblo. En mis oídos continuaba sonando el estridente y desacordado tañer de las cornetas de los *pelotones*; y á cada paso me estremecía creyendo oír distintamente el fragoroso estruendo producido por el

desplome de manzanas enteras de casas que alzaban, al derrumbarse, nubes de polvo denso que se confundía al negro humo de los incendios y á los rojos fogonazos de las armas de fuego; y sin cesar veía delante de mí el trágico grupo de soldados insepultos con que tropezamos en la *Puerta de la Carne* al acudir, recién entrada la tropa, á visitar á unos amigos que vivían en el sitio de mayor peligro.

Muy pocos días después, humeantes aún las ruinas del barrio de *San Bartolomé*, y en una de las casas que más padecieron en el combate, de que hablaban con harta elocuencia sus paredes y puertas acribilladas á balazos, calcinadas y ennegrecidas por el reciente incendio; allí, en el hermoso patio en cuyo centro se amontonaban entre los escombros, vigas astilladas, esqueletos de muebles, pavesas de esterres, cortinas y cuadros, añicos de cristales, azulejos y vajilla; allí, en aquel lugar, el más propio para semejante relato, me refirió el anciano general este episodio, rogándome bondadosamente que no dejase de contarle alguna vez para que sirviera de saludable ejemplo.

II

—Yo, hija mía—comenzó el viejo soldado,—como buen marino, creo en Dios, que no puede negarle quien le ha visto como en un espejo reflejarse en la grandeza del mar, tan místicamente bello en sus calmas y tan trágicamente sublime en sus furiosos, quien tantas veces se

ha sentido á punto de muerte y se ha asomado al borde de la eternidad! Y como creo en Dios y le amo con todo el fuego de mi alma apasionada y de mi temperamento impetuoso y militar, nada me duele ni me irrita, ni me descorazona tanto, como el ver que existen hombres tan sacrílegos é ingratos que se atreven á negarle.

Así, de todos estos horrores que acabamos de presenciar, nada me ha impresionado tanto como este suceso, de parte del cual acabo de ser testigo.

Ya saben ustedes—continuó haciendo su relato extensivo á los presentes que comenzaban á prestarle atención—que yo me encontraba en San Fernando al comenzar el drama de la Carraca, que ya les contaré otro día, y que por una casualidad entré con las tropas y con mi amigo el general X, en Jerez cuando fue tomada. Pues bien, cuando nuestras primeras avanzadas llegaban á los muros de la famosa ciudad del vino, un hombre... un energúmeno á quien los jerezanos apodaban por su frenético ateísmo *Juan sin Dios*, un descamisado torvo, sucio, harapiento y melenudo, cuyo repulsivo aspecto traducía toda la negrura de su alma sin luz y sin esperanza, enferma de desamor, hidrófoba de odio irracional hacia Aquel á quien negaba furiosamente—sin sospechar que aborrecerle era afirmar su existencia;—pues bien, este desequilibrado, este poseído de quien hablo, una hora antes de sonar el primer cañonazo, tuvo la audacia de negar y de retar sacrílegamente á Dios dentro de un templo lleno de fieles.

A deshora, y cuando nadie podía esperar semejante atentado, sin que se oyese ni el rumor de sus pasos, porque calzaba alpargatas, penetró en la iglesia, trepó rápida y furtivamente, como bestia felina, las escaleras del púlpito, y una vez arriba, gritó desde él con voz enronquecida por la cólera: "¡Miserables fanáticos que me oís, yo juro en nombre de la *regeneración social*, que ese fantasma que adorais es mentira; juro... ¡oidme bien, que Dios no existe!"—Un grito de horror resonó en todo el templo, y antes de que los fieles se hubieran repuesto de su asombro, el monstruo, frenético, arrancó á su dosel de terciopelo negro, franjeado de oro, un crucifijo que había, según costumbre, en el púlpito, y rugió con verdadero acceso de odio satánico:— ¡Ciudadanos, yo, Juan García, á quien vosotros apodais *Juan sin Dios*, quiero justificar mi sobrenombre y repito que Dios no existe! ¡Y en prueba de ello, mirad lo que hago con Él!—Y golpeando y rompiendo brutalmente el santo crucifijo contra el antepecho del púlpito, arrojó sus pedazos al suelo, mientras un murmullo de horror y una oleada de indignación conmovía al concurso. Y como en aquel momento sonasen las doce en la torre de la iglesia, el ateo gritó:—¿Oís? ¡Son las doce; si hubiese Dios, antes de una hora me habría castigado!

Un grito agudo, indefinible, resonó en el templo y, simultáneamente, todos los ojos se fijaron en una pobre anciana, pálida y demacradísima, que sacando los brazos desnudos por entre los flecos del andrajoso mantón, adelantóse hacia el púlpito en actitud resuelta, trágica, sibilítica,

abrió los descoloridos labios como para pronunciar algo solemne ó terrible, y extendiendo de pronto los brazos descarnados, se desplomó exánime entre un grupo de mujeres que acudieron á sostenerla. ¡Aquella infeliz era la madre de Juan García!

Entre tanto, un sacerdote, envuelto en ancha toalla litúrgica, arrodillábase al pie del púlpito, y trémulo, llorando de piedad y de santo horror, recogía con honda reverencia los restos de la imagen sacrílegamente profanada.

En cuanto á Juan García, aprovechando el tumulto de los primeros momentos y la suspensión que produjo el desmayo de la anciana, había desaparecido, á tiempo que en las barricadas sonaban destempladamente las cornetas, llamando al combate á los *defensores* de Jerez.

III

Los primeros tiros produjeron en aquel paisanaje indisciplinado y ajeno á la milicia un verdadero pánico. Pero al cabo—añadió el general con noble orgullo de raza—recordaron que eran españoles y no dejaron de probarlo. Mas hay algo en que el valor no puede suplir nunca á la pericia y al ejercicio militar, algo que no se improvisa, que es la práctica en el manejo de las armas de fuego; y aquellos pobres ilusos, que *no las habían visto más gordas*, no sabían por dónde se coge un cañón. Es verdad que muchos de los que tenían eran unas *chocolateras* inservibles, y acaso el peor de todos fue el que emplazaron en la barricada, en-

tre cuyos defensores figuraba Juan García. A mayor abundamiento, y con la torpeza propia de la ignorancia, habían cargado hasta la boca la roñosa máquina, y el *artillero* que la servía, un pobre peón de albañil que en su vida olió la pólvora, temblaba como un azogado sin decirse á aplicar la mecha á aquella antigualla del año ocho. Cuando *Juan sin Dios*, que era hombre de bríos, reparó en el miedo del cuitado albañil, le arrancó la mecha de la mano, aplicóla al oído de la pieza atascada, maziza, de pólvora y metralla, y... ¡Santo Dios! ¡Qué estampido! El cañón reventó con explosión formidable, y barricada, piedras, fusiles, hombres... todo voló por el aire, en medio de un torbellino de fuego, de humo y de polvo que anubló por algunos momentos el sol. En aquel momento sonó la una en la torre de la iglesia en que Juan García había osado retar á Dios.

Y la gente, sabedora ya del sacrilegio y sobrecojida de pánico ante la catástrofe, corría por las calles de Jerez gritando: "¡Milagro, milagro! ¡Castigo del cielo!"

IV

— Claro está que del ateo no quedaría ni rastro—observó uno de los oyentes.

— Cuando al siguiente día entraron las tropas en Jerez—continuó el bravo marino con la voz algo anudada por la emoción—entré yo con ellas, como saben ustedes; y cuando varios días después el general X, fue, según costumbre, al hospital á visitar y socorrer á los heridos de

ambos campos, el cirujano militar á quien estaban encomendados los más graves, nos dijo deteniéndose ante un lecho, donde entre hilas, vendajes y apósitos, se veía aparecer un cuerpo mutilado, sin piernas y con un solo brazo cubierto de llagas, y una cabeza informe, peluda, sangrienta, sin ojos y sin piel y con la quijada inferior casi deshecha y colgante:—Ahí tienen Sus Excelencias á *Juan sin Dios*.

Con un gemido tan hondo, apagado y angustioso, que dolía á los que le escuchaban, articuló el monstruo agonizante algo que significaba:—¡No... no... no!—Aunque sólo las oes resonaban cavernosamente en el fondo de su anheloso pecho; pero la negación leíase más que en la expresión de su fisonomía—¡porque ya no tenía expresión, ni fisonomía, ni faz humana!—en la crispatura de su cuerpo arqueado convulsamente como para protestar, ya sin habla y sin rostro, del horrible nombre que debía á su ateísmo. Aunque era difícil entender un lenguaje sin palabras y penetrar en la conciencia de un sér mudo y amorfo, tal había sido el esfuerzo del infeliz, que me pareció adivinar su protesta y, no sin repugnancia, me acerqué á su cama.—¿Qué es eso, *hermano*?—le pregunté dándole intencionalmente ese caritativo nombre.—¿Es que ya no quiere usted llamarse *Juan sin Dios*?

El tronco informe se agitó dolorosamente y la cabeza lacerada se dobló con angustioso esfuerzo en señal afirmativa.

—¿Cree usted ya en Dios?—le pregunté conmovido.

El pobre resto humano movió lentamente su

único brazo llagado, y sujetándose penosamente la quijada colgante, articuló:— ¡Sí. i lo..o he..e vis.. vis.. vis..!— Y como no pudiese decir más, se llevó la mano vendada al sangriento alveolo de uno de sus ojos que mostraba su terrible oquedad por entre los vendajes.

—¿Dice usted que lo ha visto?— pregunté yo, haciendo por caridad un esfuerzo de interpretación.

El infeliz tornó á llevarse la mano á la deshecha boca, y sujetándose la desencajada mandíbula, lenta y congojosamente silabeó, más con la voluntad que con la lengua, una frase que todos pudimos percibir.

—¡En... la..a vo..la..dura!— gimió con eco ya estertoroso aquel sangriento despojo de hombre.

Y nadie osó pronunciar palabra ni exhalar exclamación.

Todos percibimos la grandeza de aquel momento, la sublime revelación de Dios al alma rebelde en la hora trágica de la expiación! Y por el curtido rostro del general, por las pálidas mejillas de la hermana de caridad, por el adusto semblante del cirujano endurecido en su oficio, resbalaron lágrimas silenciosas, que eran el más elocuente comentario á la confesión suprema del ateo.

EL DÍA DE SOL

I

Hay recuerdos que se agarran á la memoria más fuertemente que la hiedra á las ruinas... ¿Por qué? Uno de ellos es el que ahora se empeña en venírseme á los puntos de la pluma. Y á fe, lector, que si fueses de los devotos del sensacionalismo al uso, bien harás en no seguirme, porque no hallarás en mi excursión sino anti-guallas y ñoñeces.

Esta remembranza me viene, como quien dice, del Oriente, de Sevilla y de los días en que, fri-sando yo en los doce años, servía de báculo vivo, á los setenta muy cumplidos, de mi abuela, que se gozaba en llevarme consigo á visitar las *mocitas de su tiempo*, como ella graciosamente decía. Y como casi todas aquellas *mocitas* pasaban de los ochenta, y no había una que no recordase al rey José, fácil es imaginar la serie de vetusteces que yo vería en aquel interminable visiteo. Para rehacer todo aquello necesito recurrir á la *memoria de los sentidos*, tan intensa en la niñez, que todavía quedan en la mía dejos de aquellas impresio-

nes, tales como los redondos perfiles de un Niño Jesús, de cera, las voluptuosas dulcedumbres de una caja de caramelos ó de un jamoncito de mazapán—golosina predilecta de nuestras abuelas,— ó de alguna otra chuchería con que las venerandas amigas procuraban compensarme el mortal aburrimiento con que aguantaba yo, sumida en sopor nirvánico, la exhumación de cosas y memorias cuya extrañeza y lejanía me admiraba.

II

De todas aquellas arcaicas señoras recuerdo particularmente á la marquesa de M., cuya casa y persona tengo como fotografiadas en el cerebro. Vivía allá, por la Alameda de Hércules, en una callecita, por entre cuyas piedras y aceras crecía en aterciopelados flecos la fresca hierba que guarnece los rincones *más sevillanos* de Sevilla. La casa era típica: á un lado del zaguán *el poyo* revestido de azulejos, sobre la reja el nicho con la Virgencita, de barro; el patio y escalera solados de ladrillos rojos, alternados con azulejillos trianeros y los corredores soleados, abrigaditos con sus esteras de *pleitas*. La luz, como sevillana; el silencio y el orden conventuales, hieráticos, y las figuras del cuadro, la Marquesa y la valetudinaria sirvienta, dignas del fondo arqueológico. Habiendo frecuentado tal casa, puedo afirmar que he vivido algunas horas en la época de Carlos IV.

Tenía el salón techo de bovedillas, puertas de cuarterones, ventanas de hierro, y se honraba

con mobiliario *Imperio*, de caoba, tapizado con tela de cerda negra y decorado con mucha perinola, chapa y clavetería de bronce; sin que faltasen, la consola y rinconeras, luciendo aureos jarrones de Sevres con flores de trapo, descoloridas, cobijados por altos fanales verdosos; y llenando el testero principal, los retratos de una dama contemporánea de María Luisa y de un caballero de casacón, encerrados en anchos marcos barrocos, rematados en los egregios escudos de la casa.

Mientras yo observaba sin interés todo esto que ahora tan bien recuerdo, la Marquesa, una sevillana chiquitita, fina, bonita, miniauresca, que usaba á la moda de sus juventudes tirabuzones—ya muy blancos,—colgantes desde las sienas, y llevaba siempre gafas de oro, fichú de encaje negro y negros mitones de malla de seda, hablaba largamente con mi abuela de cosas y de gentes que jamás he podido recordar, genealogías aristocráticas cuyas laberínticas ramificaciones se perdían en la noche de los tiempos, é intercaladas á ellas interminables notas biográficas y sabrosos incisivos recordatorios de cosas y personas desde largo tiempo fenecidas.

De pronto la conversación, saltando de familia en familia, recayó en las propias de las interlocutoras, y al tocar como quien dice en lo vivo, adquirió animación vibrante.

Habló mi abuela de íntimos recuerdos, de pérdidas muy lloradas, de las penas que dan los hijos... y la Marquesa, levantando vivamente la noble cabeza de color y perfiles marfilinos, suspiró con amargura que contraía sus tenues labios:—¡Penas de los hijos, amiga mía, á

lo menos son penas propias, penas de lo que ha ha sido alegría y calor nuestro, noche de un día de sol; pero... y mi vida, que nunca ha sido para mí!

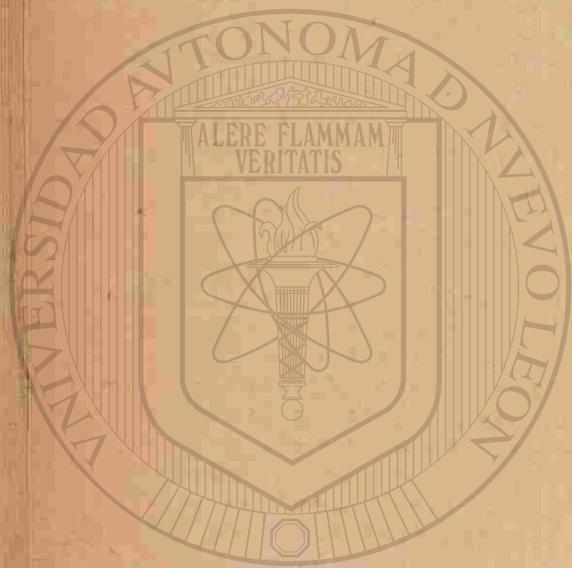
Hirió mi sensibilidad aquella tragedia íntima que asomaba la lívida faz por entre tan suavemente placideces y colgué, por decirlo así, mi atención de los marchitos labios de la protagonista. Yo esperaba el relato de una novela romántica, llena de incidentes y aventuras, y palpitaba de impaciencia, atraída por la seducción de lo dramático; pero... he aquí lo que dijo la señora, nada... y tanto, que no lo olvidaré nunca.

—Bien sabe usted, amiga mía, que mi padre, *realista hasta el hueso*—según su expresión—y mi hermano liberal, *negro hasta la médula*—como él decía,—arruinaron nuestra casa y mataron á desazones á mi pobre madre; y ya recordará usted que por ser yo la mayor de las hembras, tuve que hacer de madre para con las pequeñas, mientras hacía de hija para con mi viejo tullido. Quince años duró la parálisis de mi padre, que no movía pie ni mano, clavado en su sillón, y en todo ese tiempo yo no salí sino á misa de alba los días de precepto. Cuidando á mi enfermo y atendiendo á los niños se me fué la juventud, sin que tuviere momento ni aun para mirarme al espejo ni asomarme á los balcones ni aun en días festivos. Y... claro está, cada cual tiene su alma en su almarío; yo no era del todo fea—debía haber sido preciosa;—vivía, de lo que se vive, de ilusiones... y había oído decir que todos alcanzamos en la tierra *un día de sol*.

Yo esperaba con ansia aquel día; pero no

que llegase á costa de la vida de mi viejo, y velando por él, me olvidaba de que mi juventud se iba como el agua por las pendientes. Cuando murió mi padre, pasaba yo de los treinta años; la casa estaba del todo acabada; mi corta fortuna y mi flaca persona hacían grande falta á mis hermanas. Pepa... ya sabe usted, enferma, viuda y con cinco hijos... ¿quién había de ampararlos? Después vino la desgracia de Luisa; Carlos la abandonó, dejándole aquellos dos retoños que heredaron la terrible condición de su padre. Y... ya sabe usted lo que me tocó sufrir... ¡Hasta de obra me maltrataron; llegaron á pegarme, amiga mía, aquellos locos de sobrinos!... ¡Mire usted, y no puedo dejar de quererlos! Y ahora que mis sobrinos se han marchado á América, cuando la pobre Luisa empezaba á respirar, me la quita Dios, un año después de haber perdido á Pepa; y al fin de mis días, me encuentro pobre, sola, postrada en este sillón, casi ciega, y sin haber visto nunca ese día de sol que dicen que todos gozamos en el mundo. Pero... ¡cómo ha de ser, amiga de mi alma! ¡Será que á los que no lo alcanzamos en la tierra, Dios nos guarda, para más allá de la vida, otro día de un sol que no se apaga!

Quando esto decía, con la voz ahogada en lágrimas y estrechando entre sus manos exangües las manos de mi abuela, su rostro de marfil se iluminó con resplandor más que humano; y yo ví en torno de aquella suave cabeza esbozarse los horizontes de la eternidad, sobre los cuales se alzaba un sol de justicia, rayaba un día sin noche, el día de sol que no luce para los buenos aquí abajo.



EL PAN DE LA GUERRA

PÁGINA VIVA

A D. Gaspar Núñez de Arce.

Aún vivía el segundo de los veteranos de la *Independencia*, que tuve por ayo ó rodrigón en mi niñez, el bueno del señor Miguel Roch, catalán como mi abuelo materno, á cuyo lado combatió en aquella inmortal campaña, y ya leía yo con voraz entusiasmo en los sugestivos *Episodios* de Galdós las memorias de aquellos grandes días que ellos alcanzaron, la historia imperecedera que ellos vivieron y forjaron con sus propias acciones heroicas, aunque oscuras y olvidadas.

Así, cuando por una siesta de verano y á tiempo en que más enfrascada me hallaba en la lectura de *Gerona*, escuché en la cocina y entre tumultuosa zagalarda femenil la voz áspera y honda y el fuerte acento catalán del veterano pronunciar nombres de lugares y personajes de aquella gran tragedia que tan absorta, y suspenso me tenía, cerré de golpe el libro y solicitada por interés más agudo, corrí á bañar el alma en aquel moribundo rayo de gloria, á

leer ansiosamente aquella página viva de la epopeya nacional.

Hallábase el veterano, á pesar de su senectud, enhiesto, y por encima de su amarillez, rojo de ira, arrogante de apostura, fieramente hermoso, en medio del grupo bullanguero, burión y agresivo de la satírica y guasona servidumbre andaluza, que asaeteándole con pullas y alfilerazos, gozabase en provocarle y enfurecerle, como se gozaría en hostilizar á un león moribundo una turba de gatillos saltarines ó de gozquezuelos ladradores.

—*Mare de Deu*, yo cobarde!—gritó el catalán, rojo hasta en la calva.—Yo, que me escapé el año ocho *da Barcelona* con otros tres de mi compañía, y nos fuimos al Bruch, y nos juntamos con aquellos somatenes de Vendrell y de Arbós, de donde era el amo que esté en gloria, y despaché yo solo con mi fusil y mi bayoneta cuatro dragones de Schwartz (Dios sabe cómo pronunciaba este nombre) y un napolitano que me dejó esta memoria!

Y hablando así, abrióse la limpia camisa, con tal furia, que hizo saltar los botones, y nos enseñó el descarnado tórax, sobre cuya amarilla piel destacábase enorme cicatriz roja que desde el hombro diestro hasta el siniestro costado le cruzaba el honrado pecho como una banda de gloria.

Yo, que llevaba los ojos inflamados y el alma deslumbrada por el ardor comunicativo de aquella lectura heroica, sentí conatos de besar la cicatriz del veterano como se besa una reliquia.

Y apaciguado con mi presencia el tumulto

cocineril, dije á mi benemérito ayo, con el cariño y respeto con que solía hablarle, considerándole como á un monumento viviente de nuestras glorias:

—Vamos, señor Miguel, cálmese, no haga caso de esas tontas, que se perecen por hacerle hablar, pero le quieren de veras y no dudan de que es usted todo un valiente que tiene muy bien ganadas las cruces que le dió el rey Fernando, y cuéntenos algo de aquellos buenos tiempos de su campaña.

Sosegóse el viejo y aplacáronle con cariñosas demostraciones las muchachas, que como buenas andaluzas tenían generoso el corazón, cuanto pesadas y provocadoras las burlas; y tan gustoso de satisfacer mi curiosidad, como de revivir sus verdes años y belicosas lozanas, contónos el bueno del señor Miguel Roch este episodio, que yo escuché como colgada de sus labios y quisiera consignar con el propio estilo breve, cortado y vibrante, donde se sentía la impresión de lo real, el resuello volcánico de la epopeya que no acertarán á conservar las páginas eternas, pero ya frías é indirectas de la historia.

Dijo el veterano:—“Como después de ver la marca que guardo en el pecho no han de tenerme por cobarde, ahora soy yo quien les va á confesar que hubo un día, mejor dicho, muchos días crueles en que tuve miedo... miedo, sí, pero no del que avergüenza á los soldados, porque no era temor á cosa viva ni á enemigos presentes. ¡Elo... no sé cómo decirlo! Pero ahí va la historia, y *ustés* la califiquen como quieran.

Era allá por los fines del año diez, cuando después de defender como leones á la *Moreneta* (la Virgen de Montserrat), á las órdenes del general Eroles, cogidos por la espalda nuestros artilleros y tomado por asalto el Montserrat, escapamos como águilas por aquellos picachos, y juntándonos luego con las fuerzas del bravo D. Luis Lacy, corrimos la tierra, arrasando cuanto topábamos, y nos internamos furiosos, con hambre de matar, hasta los peñascales de la Cerdaña francesa.

En el camino y al revolver de una senda baja que faldeaba un monte por la misma vera de un despeñadero, sentimos galopar de caballería; nos emboscamos, y á través del ramaje vimos que los que venían eran polacos, gentes de Suchet, de los que amenazaban tragarse al Principado.

¡Caballeros, qué furia la nuestra; si nos volvíamos locos! ¿Qué asomaba un caballo? ¡Le hincábamos la bayoneta por la barriga ó por la boca; se encabritaba y al despeñadero el caballo y el jinete! ¡Y así... hasta que no quedó uno!

Pero mientras duró la *faena*, nuestra columna siguió marchando: estábamos solos y sin raciones, rendidos de andar, con los pies hinchados y chorreando sangre á fuerza de trepar monte arriba. Tratamos de orientarnos; pero... ¡ni señal de pueblos, ni *masías*, ni tropas, ni somatenes, ni alma viviente! Y andando y cayendo, ya sin alientos ni fuerzas, acabamos por esparcirnos y descarriarnos unos de otros. Yo me encontré solo, perdido, medio muerto; y en tal estado me cogió la noche. Una noche fría en que el viento que me cortaba las carnes y el

hambre que me roía las entrañas no me dejaban dormir, y el cansancio no me dejaba velar ni mover pie ni mano.

Allá á la madrugada, el aire fino del amanecer me penetraba los huesos y me avivaba el hambre, un hambre terrible, como la que deben sentir los lobos, como yo no la había sentido nunca. Entonces hice cuenta de que casi no probé bocado en los tres días con tres noches que llevábamos de marcha, y tocante á vino y cosa caliente... ¡Dios sabía desde cuando no lo catábamos! ¡Señores míos, *ustés*, á Dios *gracias*, no saben qué cosa sea el hambre!

Es como una boca que muerde y un rescoldo que abrasa y una borrachera que vuelve el juicio y convierte á los hombres en perros rabiosos, en fieras bravías... ¡qué se yo, en algo muy malo!

Aquella mañana, yo ya no era hombre. Tuve envidia de los lobos y ansia de morder y masticar y engullir carne, mucha carne, aunque hubiera sido sangrienta y caliente y viva, y... ¡yo no sé! ¡Tuve pensamientos que me asustan cuando los recuerdo!

Tanto me apretaba aquel frenesi del hambre, que me hizo moverme: y gateando, á rastras como las culebras, tiré de mí cuanto pude y llegué hasta el mismo sitio de la matanza de la víspera.

Y allí me puse á mirar, á explorar, á husmear como un podenco algún resto de cosa comible, aunque fueran raíces ó cortezas ó madera de fresnos. De pronto y con la luz del sol, que ya se iba levantando por enfrente, ví relumbrar una cosa por entre un matorral y á la

orilla misma del despeñadero. Arrastrándome por las breñas me acerqué y me encontré con el cuerpo grandón y tieso de un pelaco, cuya coraza resplandecía al sol en medio de un charquetal de sangre. El muerto era guapo, muy mozo, rubio como unas candelas, y estaba blanco, blanco, como que no debió quedarle gota de sangre, según se hallaba cosido á bayonetazos. Esto debí verlo claro, aunque yo no creía ver ni pensar nada, porque así lo recuerdo propiamente y lo veo fijo, fijo como si lo llevara dentro de los ojos.

¡Maldito si yo reparaba entonces en que aquello era una cosa para los cristianos tan sagrada como el cadáver de un semejante, de un hermano! Yo buscaba algo que comer, algo que devorar: y como no hallase por allí caballo ni montura, ni maleta con cosa de vitualla, ni ración ni mendrugo, me acerqué al muerto, le moví y hallé que á la espalda, aplastado bajo el peso del cuerpo, tenía un morralillo de lona por cuya boca asomaba un pan negro y redondo, un pan de munición, sobre el cual me tiré con ansia frenética.

Pero al cogerlo, desatentado, como loco, sentí una cosa fría y pegajosa que me mojaba los dedos... ¡Virgen de Montserrat! El pan tan deseado, tan rabiosamente querido, el pan que era la vida que se me venía á las manos, estaba calado, empapado como una esponja en sangre humana.

¡Y me lo comí, lo devoré como un buitre, como un cuervo de los que revolaban husmeando la carne muerta por lo hondo de la torrentera!

Comí, devoré y me dormí allí mismo destroncado.

Pero ¡caballeros, qué sueño, qué calentura, qué pesadilla ó qué infierno el que me cogió con sus garras!

Yo veía entre sueños una cosa peor que la guerra, más mala que el hambre, más espantosa que la muerte. Veía una mujer alta, flaca y rubia como una extranjera, que pálida, desencajada y echando llamas por los ojos, me gritaba en una lengua extraña, pero que yo entendía muy bien:—¡Español maldito, cuervo del infierno, que te has bebido y paladeado y tragado la sangre de mi hijo, arrójala, miserable, ó te haré arrojar con ella las entrañas de tigre!

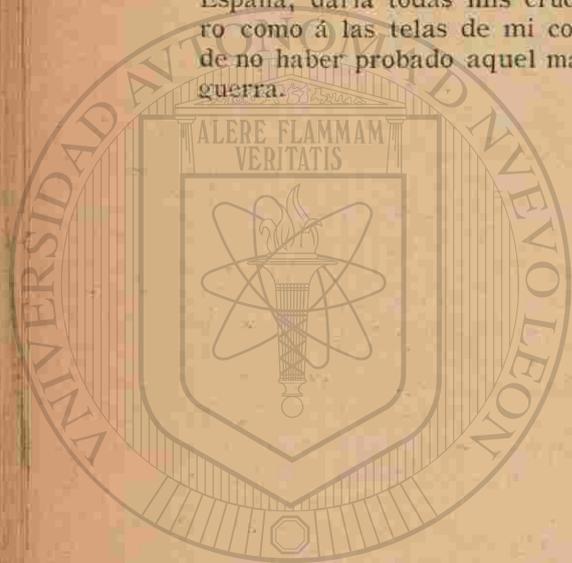
Y yo sentía *mismamente* que me clavaba las uñas como garfios y me desgarraba las carnes y me pisoteaba el vientre y me mordía el corazón como una hiena.

¡Entonces me despertaba sediento, abrasado, como loco! ¡Y así estuve mucho tiempo; no sé cuánto! Hasta que una mañana, por misericordia de Dios, desperté de aquel letargo y me encontré en una *masía*, donde caritativamente me cuidaron y sané de las calenturas, pero no del miedo.

El miedo y las pesadillas y la rabia y el asco y aborrecimiento de mí mismo por haber mordido y tragado aquel pan empapado en sangre humana... ¡eso no se me quitará nunca!

Cuando lo pienso... yo que, aunque pecador, soy cristiano y temeroso de Dios y me voy cayendo á pedazos en el hoyo grande, les juro á *ustés*, que aunque tengo á mucha honra el haber sido lo que fui en aquella guerra, que era

de las buenas y de las santas por la parte de España, daría todas mis cruces—¡y las quiero como á las telas de mi corazón!—por tal de no haber probado aquel maldito pan de la guerra.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"CALLE 430 NOVED"
Año: 1955 MONTREY, MEXICO

LA CABEZA ENAMORADA

I

A Jacinto Octavio Picón.

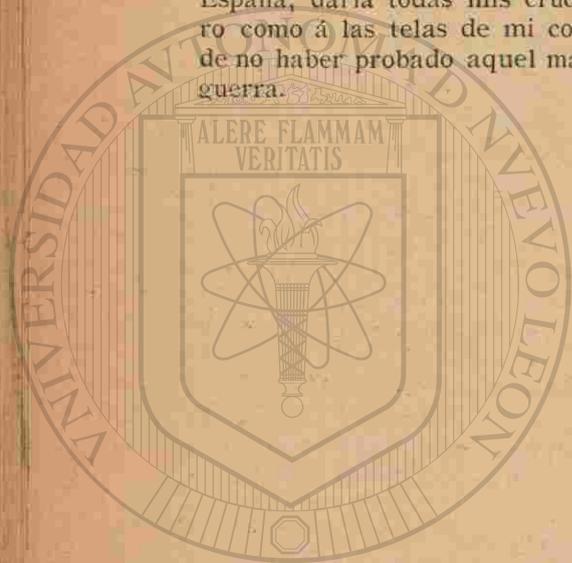
Cerca del punto en que la calle del *Mesón de Paredes* desemboca en la *Ronda de Valencia*, y ante el portal de un zapatero instalado en una casa baja, miserable y sucia como las más de aquel vecindario, formábase á la continua ancho cerco de gente, donde abundaban los chucuelos, que, parada en la acera y con expresión como de sorpresa y asco, miraba hacia dentro, como si allí hubiese alguna rara alimaña ó curiosidad fisiológica de las que tanto público llevan á las barraecas de ferias ó verbenas.

—¿Qué es eso?—preguntaban los forasteros ó trashumantes que por aquellos contornos circulan.

—Nada... un *fenómeno*—apresurábase á contestar alguna bien enterada y oficiosa vecina.

—Dios guarde á usted, señora—saltaba otra encarándose con la zapatera, que con gesto contraído aguantaba el irritante figoneo.—Y, aunque sea mal preguntao, ¿es su hijo ese infeliz?

de las buenas y de las santas por la parte de España, daría todas mis cruces—¡y las quiero como á las telas de mi corazón!—por tal de no haber probado aquel maldito pan de la guerra.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"CALLE 430 NOVED"
Año: 1955 MONTREY, MEXICO

LA CABEZA ENAMORADA

I

A Jacinto Octavio Picón.

Cerca del punto en que la calle del *Mesón de Paredes* desemboca en la *Ronda de Valencia*, y ante el portal de un zapatero instalado en una casa baja, miserable y sucia como las más de aquel vecindario, formábase á la continua ancho cerco de gente, donde abundaban los chucuelos, que, parada en la acera y con expresión como de sorpresa y asco, miraba hacia dentro, como si allí hubiese alguna rara alimaña ó curiosidad fisiológica de las que tanto público llevan á las barraecas de ferias ó verbenas.

—¿Qué es eso?—preguntaban los forasteros ó trashumantes que por aquellos contornos circulan.

—Nada... un *fenómeno*—apresurábase á contestar alguna bien enterada y oficiosa vecina.

—Dios guarde á usted, señora—saltaba otra encarándose con la zapatera, que con gesto contraído aguantaba el irritante figoneo.—Y, aunque sea mal preguntao, ¿es su hijo ese infeliz?

—¡Por mi desgracia!—respondía concluyentemente la interpelada.

—¡Pos lo que es pa vivir así!...

—Le valiera más no haber nacido... ¿verdad? —observaba con amargura la madre.—¡Pero cuando Dios lo ha puesto en este mundo!...

Y eso era lo mejor entre lo mucho y muy grosero que la pobre Mónica, la zapatera, veíase forzada a oír y soportar hora por hora, y ¡gracias que el continuo asalto y tiroteo se quedase sólo en palabras! porque cuando las hostilidades partían de la chiquillería astrosa y turbulenta del barrio, solían ir los denuestos traducidos en tronchos, patatas, mondaduras de fruta, guijarros de la calle ó fango del arroyo, versión fidelísima todo ello de los sentimientos que descubría.

No quiere esto decir que todas las gentes del barrio y las que por él discurrían fuesen malas, sino que el pueblo es así, tan crudamente espontáneo, que de puro ingenuo suele ser bárbaramente cruel. Y expresadas tan en bruto, la compasión y la rechifla eran igualmente sangrientas para la infortunada madre.

Cierto que el objeto de la curiosidad y la repulsión generales era el más propio para mover una y otra, porque el hijo de los zapateros, que en aquel tiempo tendría cinco años, era una repugnante aberración de la naturaleza, una cruel degradación del noble tipo humano, algo indecible, así como el remedo asqueroso de un niño por un sapo informe, como la caricatura trágica de un ángel. Porque la monstruosidad del pobre Monchito—se llamaba Ramón—consistía en no ser más que una cabeza,

grande, bien proporcionada, inteligente, casi hermosa, pero cómicamente erigida sobre un cuerpecillo liliputiense, flácido, gelatinoso, que para mantenerse derecho había menester estar encerrado en un saquillo con armazón de ballenas que le sostuvieran y relleno de algodones que le preservaran del roce contra todo cuerpo duro. Así, el pobre Monchito era una cabeza engarzada en repulsiva excrescencia que parodiaba en proporciones inverosimilmente pequeñas la figura humana.

Desconsuela reconocernos tan apegados á la forma, que un sér así nos parezca indigno de los besos maternos, de las gracias de la niñez y hasta de albergar un alma. Sin embargo, es tan grande el predominio del espíritu sobre la carne y el poderío del amor sobre todo, que, para sus padres, Mónica y Ramón, era aquella criatura tan bella y adorable como la más perfecta de las nacidas. Y aún le querían más; que la Providencia hizo tan á su semejanza el amor paterno, que le dió la virtud de crecer á medida de la desventura de los hijos. Así, los coloquios del matrimonio con su monstruoso nene eran tan tiernos cuanto cómicos, y los apasionados requiebros de la madre á su mísera criatura hacían llorar y reír al mismo tiempo.

Para colmo de su desgracia, á los seis años de nacido Moncho, envió Dios al matrimonio un niño bien proporcionado, hermoso, perfecto, que, sin duda por sabio designio del cielo, mu-

rió á las pocas horas de nacido, pues á vivir sirviendo de comparación constante entre lo bello y lo deforme, quizá hubiera sido la mayor desventura para el pobre fenómeno. Pero, ¿cómo no habían de dolerse los padres de que la muerte les llevase al hijo hermoso, dejándoles al monstruo enfermizo y raquítico?

La necesidad obligó á Mónica á vender para una criatura extraña la leche que no pudo dar al malogrado hijo, y entró á criar una niña en casa de un comerciante de la calle de Toledo.

Merceditas, la niña á quien lactaba Mónica, era un prodigio de belleza infantil, suave y mórbida; y con criarse fuerte y robusta, era tan exquisitamente delicada, que parecía frágil como primorosa figurilla de Sajonia. La magia inimitable con que la naturaleza había sabido unir la sana redondez con la miniaturesca sutileza de aquellas sedosas carnecitas, constituía su mayor hechizo.

Desde que Moncho vió á su hermanita de leche, en vez de celos de su belleza ó envidia del cariño que Mónica la prodigaba, sintió por la nena adoración inconsciente é inefable, que sólo se manifestaba en una sonrisa, nunca hasta entonces amanecida en sus labios, y que como luz interna brotaba de ellos y difundíase por su inocente faz premarchita, encendiéndola en fulgor de vida sobrehumana.

Cuando Mónica vió, con gratisima sorpresa, que la niña era para su Moncho, en lugar de objeto de envidia, fuente de goce y de alegría nunca por él gustada, menudeó cuanto pudo las visitas al portal donde Ramón cuidaba del fenómeno mientras ella vivía en casa de sus amos.

Y cuanto más veía Moncho á Merceditas, más la quería y se familiarizaba con ella. Al principio tenía miedo ó vergüenza de acercársele, temor ruboroso de tocarla, como si aquel divino sér tan bello y perfecto fuese algún bien superior, inaccesible y vedado á sus manos esqueletadas y á sus labios de cadáver.

¡Tristes revelaciones del instinto! El infeliz Moncho no se creía digno ni aun de mirar á Merceditas. ¿Por qué? El no hubiera sabido explicarlo; pero en la crepuscular inteligencia que llenaba aquel sér todo cerebro, flotaba una ideal sensación, un reverente arrobamiento como el que hacía á los primeros pobladores de la tierra postrarse ante la faz esplendorosa de los astros.

III

Cuando Moncho tenía once años y Merceditas cinco, logró Mónica, por medio de los padres de la nena, la portería de la casa en que éstos habitaban, propiedad de un tío de dichos señores.

Una portería para un matrimonio pobre, es más que un canonicato para beneficiado viejo; pero para Moncho, fue aquél bien harto mayor que para sus padres: fué algo semejante á conseguir una ventana con vistas al Paraíso.

En aquella casa vivía Mercedes, y, agazapado en su cuchitril del portal, podría él verla diariamente, sin arrostrar las desalmadas rechiflas de la golfería callejera.

Y hasta con creces se colmaron sus aspira-

ciones, porque la muñequita de carne no sólo pasaba á diario ante la portería, sino que entraba en ella y estábanse allí largos ratos embobada con los regalos y mimos de su nodriza.

Por fuerza que la nena llevaba luz en los ojitos azules, entre las acapulladas manitas y en los anillados cabellos de oro, porque apenas entraba en el obscuro zucucho porteril, todo se alegraba y resplandecía, y, más que nada, la siempre torva y semicadáverica faz del monstruo. La presencia de la niña reflejaba en ella como el sol en árida roca, encendiéndola y aureolándola de efluvios de vida.

Para el alma desolada del monstruo, la aparición de su amigueta era lo que sería un rayo de luna filtrándose en los senos más hondos de una caverna donde nunca hubiese bajado luz.

— Cuando entra la niña, mi Moncho revive— decía Mónica, resplandeciente con el gozo que reanimaba á su hijo; y ansiosa de prolongarlo, la pobre madre retenía cuanto le era posible á Merceditas.

Moncho, por su parte, realizaba cuantos milagros de habilidad y de arte espontáneo sugería su despiertísimo ingenio para atraer y divertir al arrapiezo inconstante, antojadizo y voluble, como mariposa que por instinto de belleza obstinárase en batir sin descanso las alitas irisadas.

Cuando más afanado estaba el fenómeno en construir los últimos *combatientes* de los dos ejércitos de pajaritas de papel de diferentes colores y banderas, que, impelidos desde opuestos lados por los valientes soplos de Moncho y de Mercedes, habían de embestirse en formidable

encuentro, caían de improviso las manecitas del diablejo sobre tirtos y troyanos, rajaban, hendían, abollaban y machucaban á los más beligeros campeones, y, ensañándose con los mutilados cadáveres para su total destrucción y afrenta, daban con ellos en el agua ó en el fuego, en el jabonoso *pantano* de la jofaina ó en la ardiente *pira* del brasero.

Las diabluras de la nena solían costar lágrimas al triste Moncho, y más cuando tales tropelías, cometidas con obras de su ingenio, iban acompañadas de inconscientes pero crueles insultos al autor, cuya deformidad excitaba no pocas veces la risa ó el desprecio del travieso idolo.

Sentía Moncho al par del alma aquellos desprecios, y pasábase la mitad de los días llorándolos, y la otra mitad esperando á la nena y soñando en agradarle.

IV

Como la vida no para en su labor transformadora, en pocos años hizo de Merceditas un milagro de belleza juvenil; pero como á la par de la vida que formaba el cuerpo, trabajaban en la deformación del alma, aconteció que, al paso que la Naturaleza cincelaba la carne, la vanidad, el mimo y la ignorancia de aquellas vulgarísimas gentes afearon poco á poco el espíritu de la gentil criatura hasta hacer de ella una burguesita insoportable.

Pasábase la vida ensayando *foilettes* y pei-

nados al espejo, atormentando al piano ó leyendo novelas erótico-incendiarias ó folletines criminalistas; mal hablaba el francés, ignoraba el castellano, cantaba *flamenco*, adoraba todo lo extranjero y avergonzabase de sus padres por ignorantes y ordinarios.

Las palabras religión, trabajo, obediencia, orden, cuanto significa deber, disciplina ó vencimiento propio, eran para ella letra muerta, porque sus padres habíanla educado para ídolo, y este papel no hay quien no lo aprenda maravillosamente.

Inútil es decir que, á medida que la diosa crecía é iba irguiéndose sobre su altar, la distancia entre ella y Moncho aumentaba en alarmante progresión.

Desde que Merceditas comenzó á adorarse á sí misma, dió en despreciar con verdadera dureza al pobre monstruo; su presencia la molestaba, la *descomponía* — según su frase, — y hubiérase dicho que las miradas de la diosa temían el contagio de semejante fealdad.

En cambio, por doloroso contraste, al paso que crecían los encantos de Mercedes, crecía el amor del pobre fenómeno, para quien la virgínea hermosura de la niña era algo ultramundano y beatífico, el alma de él, su aspiración á lo bello y sobrenatural, objetivada.

Para Moncho, que no tenía cuerpo que tradujese las tendencias de la juventud á toda gentileza, lucimiento y gallardía; para Moncho, privado de expresar con el gesto, la apostura y arrogancia corporal los innatos alardes estéticos de la mocedad; para el misero homúnculo, sin piernas que lo mantuvieran ni torso robusto

en que ostentar la noble cabeza pensadora; para el hombre-larva que no podía gustar las dulzuras de la vida ni casi ver la luz del sol, porque no le era dado salir de su negro agujero sin excitar la burla feroz de las gentes; para aquella alma de ángel alojada en cuerpo de monstruo, no había más cielo, ni más astros, ni más vida, ni más etérea y divina idealidad que Mercedes.

Cuanto á él le faltaba, tenía lo ella; cuanto deseaba él, en ella estaba; cuanto soñaba, lo era ella.

¿Quién, al ver aquella rastrera cabezota que, con ayuda de sus tentáculos de pulpo, rodaba casi al haz del suelo, hubiera adivinado dentro de tan horrible sér tanta hermosura? ¿Ni quién, ante la deslumbradora beldad de Mercedes, sospechara en cuerpo tan perfecto alma tan deforme y monstruosa?

Pasaba la niña radiante de vanidad y fascinación en el carro de oro de su juventud triunfadora; yacía el pobre fenómeno en su obscuro antro como alimaña repugnante; pero... ¿gozó alguna vez Mercedes los ensueños divinos que alumbraban la vida interna de aquella idealista cabeza enamorada?

Mas de todos aquellos arrobos y deliquios, de aquel paraíso interior, ¿traslucíase algo á lo exterior del monstruo?

Para quien supiese leer fisiología animada, los secos perfiles, la nerviosa movilidad, la ascética marchitez de aquella faz ensoñadora, el intenso brillo de sus negros ojos profundos, la densa palidez de la ancha frente modelada por la idea, decían altamente la apasionada activi-

dad de aquel fuego sin combustible, de aquel cerebro sin cuerpo, de aquel espíritu sin carne. Pero... Merceditas ¿qué sabía de todo eso? Ella era la carne brutalmente egoísta y exigente, la juventud segura de su fuerza y arrogancia, la belleza engreída de sí misma, la flor de un día ebria de su perfume perturbador, la vida moderna frívola, descaminada de todo alto destino, ávida de todo material deleite y refinada voluptuosidad: el cuerpo sin alma.

Moncho, en cambio, era el alma sin cuerpo, el sentimiento puro y devorador como la llama, el romanticismo eterno, monstruoso de forma, divino en la esencia. ¿Cómo habían de comprenderse?

Cada vez estaba Mercedes más lejos de Moncho, y Moncho más poseído de ella.

Por miedo á las burlas infantiles, no fué él nunca al colegio; pero su padre, que leía y escribía medianamente, inicióle en ambas artes, y pronto el chico aventajó notablemente á su maestro. Sentado en alto sillón de brazos y apoyados los suyos en la ancha camilla portátil, pasábase horas y horas bebiendo ansiosa mente cuantos libros podía allegarle la solicitud paterna. Y cuanto leía, cuanto pensaba, convertíalo en alimento de su pasión, en combustible de la hoguera que lo devoraba.

Una tarde en que Moncho se hallaba embebi-do en su lectura, asomóse Mercedes á la puerta y le arrojó este cruel saludo, envuelto en estre-

pitosa carcajada:—¡Adiós, *cabeza*— así solía llamarle,—ahora que no se te ve á cuatro patas, casi pareces una persona!

El grosero chiste costó á la pobre *cabeza* tres días de llanto y tres noches de insomnio febril.

Apenas repuesto de aquella dolorosa crisis, el pobre fenómeno, á quien la edad había dado alguna más fortaleza de miembros, acometió una empresa para él casi imposible. Había oído que en la huerta de unos amigos, cerca de San Isidro, crecían tantas violetas, que podían sargarse, y como á Mercedes le gustaban tanto... ¡Si él saliese de madrugada de su casa, y arrastrándose, arrastrándose, lograra ir, y volver al rayar el día, antes que le viesen... ¡qué gozo proporcionar á la señorita aquel gusto, darle sus esfuerzos y sus torturas convertidas en flores!

Y como lo pensó lo hizo. Púsose de acuerdo con el chico del dueño de la huerta, salió á media noche, sin que le sintieran sus padres; pero cuando ya volvía triunfante con el codiciado botín entre los débiles brazos, abandonáronle las energías, agotadas en tan sobrehumano esfuerzo, perdió el color y el movimiento, banósele en sudor helado la frente, sintió que se le velaba la vista y cayó sin sentido, abrazado á sus violetas.

Cuando el desdichado recobró el conocimiento era ya muy de día, y el temor á sus semejantes fue su primera noción de conciencia; levantóse trabajosamente, alegrándose infinito al hallar que no le habían robado sus flores, de donde infirió que nadie le había visto, y como distinguiese por el camino del Cementerio un

tosco y desnudo carro fúnebre de los de infima clase, que venía ya de vacío, arrastróse, tan deprisa como pudo, hasta él, y suplicó al cochero mortuario que, por caridad, le llevase hasta la calle de Toledo.

Aupóse ágilmente aquel bárbaro, que, por lo visto, no era malo, hasta colocarle en la negra plataforma que acababa de ocupar un ataúd, y en aquella lúgubre carroza hizo el infeliz su entrada triunfal en los barrios bajos, denostado de chulos y verduleras, y apedreado y silbado de golfos que, como infernal escolta, ibanle siguiéndole con formidable grito y zalagarda.

Era aquello espantoso y cómico, grotesco y trágico, algo tan absurdo y cruel como el entierro de un vivo, tan abyecto é irritante como el escarnio de la mayor desventura.

Aquel espantoso paseo de un monstruo en un carro fúnebre, seguido y burlado de toda la hez humana, de la misma que asiste á las ejecuciones, parecía un disparatado sueño del Bosco ó un capricho macabro de Goya.

Había en aquel cortejo perfiles y cataduras que debieron verse en torno de la carreta que llevó á la guillotina á los reyes de Francia, y aun en torno del Calvario.

Agarrado á uno de los pilares del carromato iba el pobre Moncho aturdido, anhelante, ahogándose de dolor y fatiga por aquella su calle de la Amargura, hasta que, al fin, sudoroso, demudado, lívido y hecho un mar de llanto, le descargó á la puerta de su casa el carrero de los muertos.

Acogieronle con caricias y consuelos Mónica y Ramón, que prudentemente querían meterle

en la cama y restaurar, con reposo y alimento, sus acabadas fuerzas. Pero Moncho anhelaba coger el fruto de sus fatigas, la corona de su martirio, ofrecer él mismo á Mercedes las flores á tanto precio conseguidas. Y no hubo medio de impedirselo. Agarrándose con una mano á los escalones, mientras sostenía con la otra las violetas oprimiéndolas contra su pecho, ahogándole el sobrealiento, cubierto de sudor, pálido como un cirio, subía el desventurado las empinadas escaleras, hasta que ya sin aliento y casi sin conciencia de sí mismo, llegó á la puerta del segundo. Llamó á ella con los nudillos por no alcanzar al timbre, y acudió á abrirla la zafia criada.

—La se... e... ñorita, que venga la señorita—articuló el cuitado.

—¿Para qué la buscas?

—Para verla.

—Señorita Mercedes, aquí la espera una visita—dijo burlescamente la Maritornes.

—¡Ah, si es cabeza!—observó malhumorada Mercedes.—¿Qué se te ha perdido aquí?

—Venía... venía—balbuceó Moncho—á traer á usted estas violetas.

—¡Ah! vamos... y querrás la propina; por eso me llamabas.

—¡No, no!—gritó el pobre fenómeno, y toda la sangre afluyóle congestivamente al rostro.

—¡Propina... Dios mío!

—¡Ja, ja, ja!—rió estrepitosamente Mercedes

—¡Qué, se le ofende á su señoría la dignidad! Entonces... ¿qué demonios quieres?

—Darle estas flores—gimió él sin ventura, alargándole el ramo que traía abrazado, como

si fuera su propio ideal. Las manos de Mercedes se tendieron para tomar el obsequio, y Moncho creyó ver entreabrirse la gloria; pero de pronto gritó la caprichosa burguesita:

—¡Jesús, y están calientes! ¿Y quieres tú que tome yo esos yerbajos que traes ahí cociditos al calor de tu cuerpo? ¡No, no, qué asco!—Soltó de improviso las flores, que se desparramaron por el suelo como las ilusiones de Moncho, y cerró violentamente la puerta.

Moncho sintió de nuevo, y con mayor intensidad, el vértigo que le asaltó en el camino de San Isidro; sintió que la humanidad entera le abandonaba y le escarnecía, que la tierra se negaba a sostenerle, y queriendo correr hacia el único amor que le restaba, se lanzó vacilante hacia la escalera, dió un paso, pero nublósele la vista, se le cortó el aliento, zumbáronle los oídos, y... la triste cabeza enamorada rodó rebotando duramente contra las escaleras; hasta que, cerca ya del entresuelo, Mónica y Ramón recogieron en sus brazos al misero cadáver, que no tenía ni la augusta dignidad de la muerte.

—¡La cabeza, sí; la romántica y sangrienta cabeza ensoñadora, expresaba en su quietud y en su livor algo inefable... veíanse confundirse en ella, como en supremo crepúsculo, dos luces de lo alto: el amor y la eternidad!

¿Qué suerte hubiera sido la de Moncho, si no existiera más allá de ésta una vida sólo para las almas?

PATRIA

(IMPRESIÓN DEL NATURAL)

I

A Emilio Ferrari.

En el comedor *restaurant* del gran balneario de X... se disfrutaba de blando sosiego y serena paz, que vigorosamente contrastaban con el zumbido formidable que rimbombaba en el otro comedor, en el general, donde a lo largo de luengas mesas, mal llamadas redondas, se codeaban en apretada hilera y en confusión promiscua gentes diversas, pintorescas y gritadoras si las hubo.

Oyendo de lejos la tumultuosa algazara, gustábanos saborear, por contraste, el benéfico reposo de nuestro comedor amplio y alegre como *serre* elegante—situado en un ángulo del edificio, estaba por una y otra fachada cerrado de cristales cubiertos de bordados *stores*,—y a un tiempo gozábamos de la cómoda independencia que ofrecen las mesitas particulares, y del suave trato de vecinos cultos y corteses.

El médico del establecimiento, el sabio doctor N., honraba nuestro comedor, y como con

todos tenía relaciones profesionales, estrechadas por la convivencia en aquel despoblado y por la franca libertad que impone la vida campesina y veraniega, sus afectuosos saludos y animadoras palabras de interés, vagando de mesa en mesa, fácilmente conseguían relacionarnos; y más de una vez pasó de grupo en grupo y rebosó de todas las copas el espirituoso y comunicativo *Champagne* con que nos obséquiamos unos á otros.

Uno de aquellos días en que la expansión era ya general y daba en bulliciosa, cortó de pronto la común alegría y verbosidad la aparición de una figura trístisima, que dolorosamente desentonaba en aquel cuadro de lujo y animación jubilosa.

Érase un señor flaquisimo, valetudinario, envainado en un *complet* gris, que por todas partes le sobraba y se plegaba lacio como fundación, hombre tan esqueletado y consunto, que casi no tenía cara que revelase su edad, sólo se veía de su cabeza, bajo amplia gorra azul, una piel rugosa y ennegrecida, dos ojos hundidos y apagados, unos dientes blanquísimos, como los que resaltan en obscura calavera, y unos malos mechones de barba y de pelo grises.

Involuntariamente le acogimos con un silencio impregnado de asombro doloroso, y una mirada larga y compasiva. Apoyábase el pobre enfermo—que más parecía moribundo—en el brazo de una señora alta, radiante de hermosura y juventud, pero como velada y envuelta toda ella en niebla de tristeza íntima, callada, mas tan intensa, que era penetrante, comunicativa, invasora.

—¡Pobre señor! ¡Es un esqueleto!—¡Un cadáver de piel! ¿Para qué harán viajar á los moribundos?—¡Y ella, qué guapa! ¡Qué simpática! ¡Qué triste! ¿Será su hija ó su mujer?—Tales exclamaciones y dudas cambiamos entre nosotros todos los agüistas aquella tarde en los paseos, ó en el salón por la noche.

Al día siguiente supimos por el médico que los recién llegados eran marido y mujer, y que él era marino, que contrajo aquella anemia de resultados de largos viajes y trabajos: nada más pudimos averiguar.

II

Pronto la asiduidad y el cuidado con que el doctor vigilaba las comidas del enfermo marino, el vivo interés que á todos nos inspiraba y la gratitud y amabilidad exquisitas con que él y su señora acogían aquel interés, extendieron entre ellos y nosotros lazos de afecto y simpatía, que en breve tiempo envolvieron al matrimonio en la red de comunicación afectuosa tendida entre las mesitas del comedor-restaurant, Por la mañana, en las galerías del balneario, recién bañados los unos, entrapajados los otros tras de la ducha, despeinadas las señoras por el polvo líquido de la inhalación, esquivábamos todo encuentro y saludo; pero, ya se sabía, al ver al marino, todos nos parábamos:—¿Qué tal la noche?—¿Cómo van esos ánimos?—¡Bien, bien; así nos gusta!—¡Verá usted qué bueno va á ponerse!—Y á la hora del almuerzo nuevas preguntas, y ofertas continuas:—¿Ha traído us-

ted libros? ¿Quiere leer tal novelita?—¿Desea usted café bueno, hartó mejor que el que aquí dan? ¿Quiere tomar el té con un ron exquisito?

Y así todos nos deshacíamos en afectos y cuidados, tan efusivamente correspondidos, que siempre quedábamos los ofrecedores en deuda de agradecimiento. Todo era animarle, infundirle esperanzas; pero á nosotros mismos nos hacía daño la crueldad compasiva con que le engañábamos. ¡Era esperar á un moribundo! Cada día estaba más descacido y apagado aquel espectro humano.

Únicamente en el comedor solía animarse un tanto con las humoradas carinosas del doctor, con los chascarrillos y exageraciones exorbitantes de un malagueño, que nos hacía desternillar de risa; y, á veces, con las paradojas estupefacientes de un vizcaíno atrabiliario, discutiendo á todo propósito, que, por el gusto de llevar la contraria, era capaz de sacar de sus casillas á la propia mansedumbre.

Uno de los últimos días de nuestra estancia en X..., día preotoñal, lluvioso y melancólico, víspera de la general desbandada y mutuas despedidas, el pobre enfermo estaba triste, abatidísimo; envuelto en el *plaid* que solía llevar sobre los hombros y ayudado de su mujer sentóse en su puesto, pero apenas probó bocado. Envióle el doctor no sé qué golosinas de su mesa y animóle á *engañarlas* con unos sorbos de excelente Rioja, regalo de otro bañista. Por aquellos momentos la conversación, saltando de asunto en asunto, volandera y caprichosa, había ido á dar en las sirtes y bajíos de la política; allí salió lo temporal y lo eterno, y, al

cabo, cayó el chubasco de la general indignación sobre quienes cae siempre, *nuestros gobernantes*, como si éstos no fuesen hechos de masa española y ayudados de complicidad nacional.—¡El ministro H... es un imbécil! ¡El ministro B... es un grandísimo bribón!—¡Vaya usted á hablarle de patria al granuja de X...!—gritó el doctor interviniendo. Y saltó el vizcaíno:—¡Patria! ¡Phs!... ¡Ante todo, habría que saber lo que es eso, y si existe!

Una bomba de dinamita, cayendo en medio del comedor, no hubiera producido mayor sensación. Pero... instantáneamente cada cual se olvidó de la emoción propia al ver al marino, al valetudinario, al cadavérico, erguirse, levantarse, arrojar al suelo el arrugado *plaid*, alzar en alto la mano en que tenía la copa de Rioja, que se derramó sobre el mantel de su mesa, como ola de sangre, y gritar con voz robusta, airada, formidable, que hizo retemblar la estancia como el estampido de un cañonazo:—¿Que si hay patria? ¿Que si existe la patria? ¡Y eso se pregunta delante de mí!—¡Por Dios, por Dios, Miguel!—suplicó la señora aterrada ante el sobrehumano esfuerzo que representaba aquella actitud de su marido.—¡Déjame!—gritó él, descompuesto y transfigurado á la vez—¡si no hablo, me muerdo aquí mismo! ¿Que qué es la patria, señores; y esto se pregunta delante del hombre que desde hace un año agoniza por ella, por esa cosa santa? Imagínense ustedes el calvario de un español, de un marino, de este hombre que les habla, á quien poco antes de la salida de la escuadra de Cervera le envía la superioridad á una república americana,

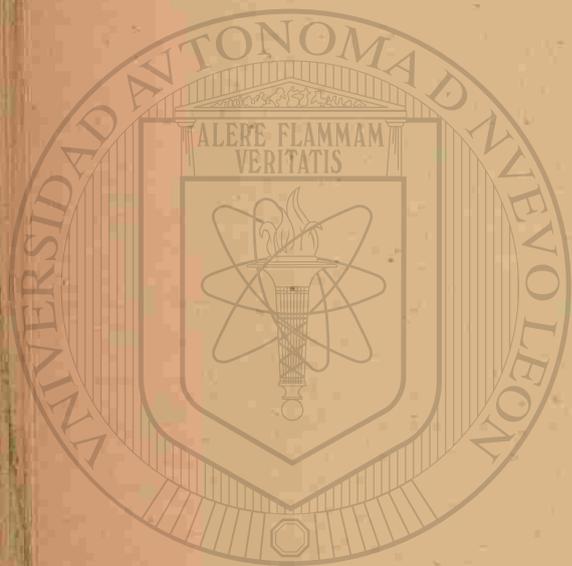
con cierta misión importantísima, que le obliga á guardar incógnito riguroso, hasta el punto de mentir la nacionalidad, fingiéndose inglés.

Aquí se detuvo el narrador para tomar aliento. —Pues bien, adivinen ustedes mi ansiedad en aquel país durante aquellos días de incertidumbre suprema en que el telégrafo y el cable eran prolongación del sensorio de todo buen español. La mitad de mi vida hubiera dado por una noticia, por breve que fuese; y en espíritu, me embarqué cien veces con la gente de Cervera, y tracé cien planes de empresas imposibles, y soñé con glorias sobrehumanas, y creí en el milagro..., y, poseído de esa esperanza, rezando—¡sí, señores, todos los marinos rezamos!—rezando con inefable oración por el triunfo de nuestra bandera, iba yo por la playa solitaria de aquella capital americana, cuando se me acercó un inglés compañero de hotel, que me tenía por compatriota, y me dijo, centelleándole de júbilo los ojos:—¡Hurra por nuestra raza! ¡España vencida, pulverizada, muerta! y me alargó el telegrama trágico. ¡No, no hay palabras que digan lo que yo sentí! ¡Hundirse la tierra, desplomarse el cielo, odiarnos nuestra madre... todo eso junto no impresiona más! La emoción debió demudarme, lo conocí en la cara del inglés, y entonces cobré conciencia de mi deber inflexible; mi patriotismo era allí ocularlo, mentir, no parecer español... Y fui más fuerte que la muerte que se derramó en mi sér con aquella noticia horrible, y me sostuve sereno en la brecha, mantuve enhiesto el pabellón, oí blasfemar de España, en su propia lengua, y no pestañeé, no vendí á la patria; pero...

¡mírenme ustedes, decrepito á los cuarenta y cinco años! ¡Muerto!

Y la voz del héroe se quebró, su cuerpo se plegó agotado por aquel supremo esfuerzo, cayó desplomado en la silla, casi en los brazos de su mujer, que con el pañuelo de encajes le enjugaba el sudor de la frente.

Delante de aquel grupo, todas las cabezas se inclinaron como delante de algo sagrado. Un silencio religioso envolvió la escena solemne. El comedor del balneario se llenó de un aura sublime; yo respiraba allí aquella aura flamígera y gloriosa que envolvió la cubierta del *Nepomuceno*, cuando Churruca, herido mortalmente, cayó gritando: "*No es nada. Siga el fuego*", la misma que flotaba en el *Parque* de Madrid el *Dos de Mayo*, la misma que seguiremos respirando los españoles mientras tengamos sople de vida, cuando alguien niegue ante nosotros el santo nombre de la patria.



ANTE DIOS

I

Días hacía que Felipe Osorio andaba rostri-amargo, distraído, nervioso, descompuesto, como sonámbulo; creerfásele en el principio de grave neurosis ó en los prolegómenos de la demencia. En el Congreso parecía figura decorativa, ó asombradizo paleta que no entendía palabra de aquella jerga parlamentaria; en la Bolsa no se enteraba de las cotizaciones; en la calle no saludaba á los amigos, y por donde quiera que iba tropezaba con las gentes, maldecía de todo, votaba como un carretero, estaba desconocido, perturbado.

Pero nunca tanto como aquella noche borrascosa de Febrero en que al volver del Real con Mercedes, su mujer, entre la nieve y la ventisca que azotaba al landó, ni se hablaron palabra ni se miraron; y, llegados á casa, corrió Felipe á encerrarse en su despacho, donde la chimenea no conservaba sino cenizas de la consumida leña. Entró, cerró por dentro, corrió el cortinón blasonado, encendió un cigarro, lo tiró incontinenti, arrojó el sombrero sobre la mesa,

desabrochóse el gabán de pieles y el chaleco, se dehizo el lazo de la corbata blanca, y cruzándose de brazos, se puso á mirar las frías cenizas de la chimenea, como si en ellas viese simbolizado algo muy íntimo que le atormentaba.

—No cabe duda, no cabe duda!—pensaba con lucidez creciente.—Mercedes no es ya la misma, yo soy otro, la vida es otra, el mundo ha cambiado, todo se ha mudado para mí... Desde el día maldito en que tuve la sandez de presentar á mi mujer ese perdido de Julián Nevares, aquí no hay paz ni sinceridad ni... Y, sin embargo, no pasa nada, no ha sucedido nada visible: Mercedes es mi fiel esposa, Julián mi cariñoso amigo, los dos muy tranquilos, muy correctos, y yo sólo el asustadizo, el receloso, quizá el infame sin saberlo... Empezó la intimidad por lecturas y comentarios de novelitas de Bourget, cuyo argumento es siempre el mismo... Las leían, las glosaban... Era como si hubieran ido corriendo, bailando un vals sobre un estanque helado; ¡qué fácil deslizarse á cada paso! Después me dió la necia idea de aceptar la invitación del Duque á aquella intempestiva cacería... acepté por el temor de parecer ridículo, celoso... y también porque creí que Julián iría; pero él se indispuso con toda oportunidad. Me marché con la duda en el corazón; pasé unos días de delirio, volví *clásicamente*, de pronto, pretextando también falta de salud; nada ví, no sorprendí nada; Mercedes, como siempre, risueña, tranquila, rezadora; Julián no estaba bien todavía... Pero desde entonces yo no vivo. Algo que no se define, que no se razona, que se

aspira, flotaba en el aire, entre mi mujer y yo. Mi fe en ella decrecía por momentos, mi sospecha se determinaba, tomaba cuerpo y se interponía entre los dos... No es nada y lo es todo. Invisible, incoercible, amarga la vida, envenena el aire, enciende las venas, devora como un cáncer. Es un punto de amargura en las palabras, un silencio hostil, asfixiante, que anuda la voz, que entumece la lengua y degrada el pensamiento... ¡Es temor de verla, miedo á dejarla, horror de saberla culpable!... ¡mayor horror de que lo sea y no saberlo!...

Y aquí se cortó el monólogo de Felipe: sin duda sus ideas ya no cabían en palabras—ni aun pensadas, no dichas.—Informes y aborracadas acudían á su cerebro sospechas infames, hipótesis descabelladas, soluciones sangrientas... Así pasó larguísimo tiempo; después sobrevino una calma; Felipe trató de serenarse; él sabía que Mercedes era religiosa y que guardaba en el alma incólume el culto á la memoria de su madre, señora de virtud ejemplar... Ya había un punto de apoyo... De improviso, como si le asaltase una idea salvadora, se levantó y entró en el cuarto de su mujer.

II

Al siguiente día, muy de mañana, velado el rostro que empalideció el insomnio, por los celajes de la mantilla, arrodillábase Mercedes ante el confesionario del P. Enriquez—su confesor desde la niñez—en la iglesia de los Jerónimos. Aunque la luz era aún escasa, el viejo

sacerdote conoció al momento á su hija espiritual y acogiola con la más blanda sonrisa de sus labios de asceta, abiertos sólo á la oración y al buen consejo.

—¡Cuánto tiempo sin venir, Mercedes! ¿Has estado enferma, hija mía?—¿Enferma?... Sólo puedo decirle que estaba imposibilitada de venir.—¡Imposibilitada!...—No tenemos tiempo que perder, P. Enríquez—comenzó la joven con voz vibrante de emoción é impaciencia:—¿Ve usted junto á aquel pilar de enfrente, á Felipe? ¡allí está, como juez implacable, espionándonos á usted y á mí!...—Pero... ¡qué dices, hija!—La verdad, la tremenda verdad, que me ve forzada á revelar á usted en brevísimas palabras, en forma descarnada, brutal; porque corre riesgo mi vida, y acaso la de otra persona que...—¡Dios mío!—Oígame usted, Padre, sin comentarios, sin perder momento, sin expresar nada en su fisonomía: ¡un gesto de usted podría perderme! ¡Felipe está ciego de celos!...—Infundados, seguramente...—Fundados, fundadísimos.—¡Hija!—Sí, Padre, porque yo amo á otro hombre, es decir, amo á un hombre, al único que he amado y amaré en mi vida, á Julián Nevares, amigo íntimo de Felipe...—¿Que le amas, que le amarás?... ¡Y vienes á confesarte! ¿Con qué propósito, con qué espíritu?—No vengo arrepentida, obligada vengo. ¡Felipe, que está loco de celos, me trae para someterme á la más terrible prueba que ha podido sugerirle su demencia! Sabiendo el culto que consagro á mi madre muerta, conociendo mis creencias religiosas de siempre, me trae *ante Dios*, me empuja ante Él, seguro de que no mentiré en este

sitio—¡y en esto me conoce!—seguro de que no cometeré sacrilegio...—¡Qué horror! ¡Cómo habías de cometerle!—¡Pues le cometeré, Padre, por salvar mi vida, y más que por la mía, por la de Julián.—Pero... ¡qué dices, hija de mi alma!—Que, en efecto, no miento aquí ante Dios y ante usted... y por no mentir no venía; porque mentir fuera el prometer que no amaré á Julián...—¡Mercedes! ¿eres la misma?—Felipe empezó por ser tibio, indiferente hacia mí, después se hizo celoso, suspicaz, insufrible; ahora es duro, injusto, brutal. Julián, en cambio, es todo delicadeza, todo amor, su alma y la mía nacieron para adorarse... ¡y, no puedo, aunque me lo proponga con todo mi sér, no quererle!... ¡Pero, Padre, que le observa Felipe, domínese usted!—Pero, Mercedes, niña querida... ¡si resucitase tu madre!—¡Aunque resucitara y me lo pidiese de rodillas, no olvidaría yo á Julián! ¡Padre, no puedo! Pero acabe usted; Felipe sabe que mis confesiones fueron siempre breves, apacibles. ¡Absuélvame usted, Padre, aunque sea sólo con el gesto y no con la conciencia!—¡Qué te atreves á pedirme!—¡Lo único posible, lo humano... hasta lo moral! Si usted no me absuelve, Felipe que está ciego, me mata aquí mismo, delante de usted, al pie del altar, y luego mata á Julián, ó se mata á sí propio; y yo y Julián y Felipe morimos en pecado mortal, perdemos nuestras almas... ¡Padre, por lo que más ame, absuélvame pronto!

El viejo confesor, tan experto en complicaciones de conciencia, no vió jamás *caso* semejante, no se halló nunca ante conflicto tan arduo y perentorio. Porque, á todo esto, Felipe,

incapaz de sostener mucho tiempo su trágica expectación, habíase ido acercando, como empujado por superiores fuerzas, al confesionario. Estaba demudado, descompuesto, tenía el aspecto aterrador del hombre que acepta el crimen y espera sólo el momento de perpetrarlo. No quedaba tiempo á la reflexión ni á la plegaria: el ministro del Señor reunió todas las fuerzas de su alma para impetrar mentalmente el auxilio del cielo, y, como si éste bajase sobre él, su pálida cabeza envolvióse en calma luminosa; pero vibrante de emoción, ante la gravedad del momento, dijo á Mercedes:—Pobre hija mía, por evitar los crímenes que temes y en la esperanza de que el dedo de Dios tocará tu corazón antes de que te acerques á la divina mesa, voy á absolverte... *condicionalmente* ¿comprendes? Y yo mismo te daré la sagrada comunión; si recibes el cuerpo de Jesús, en pecado mortal, habrás cometido horrendo sacrilegio...; pero si Dios y tu santa madre me oyen, la gracia del Señor descenderá sobre ti.—Y pálido, grave, sereno, extendió la diestra y bendijo á la pecadora impenitente.

III

Mercedes percibió angustiada, mortalmente, toda la gravedad de aquel momento. Felipe, ávido de evidencia, iba á leer en su cara el pecado ó la virtud, la inocencia ó el arrepentimiento; érale cruelmente forzoso fingir, y sin embargo, todo su sér sentíase sacudido como por cataclismo apocalíptico. El cielo crujía sobre su ca-

beza; la fe de su niñez, la fe sagrada de sus padres, vacilaba en su espíritu... Julián, Julián, con sus ojos de brasa y sus palabras fascinadoras, lo llenaba todo: la tierra y el cielo. Y Felipe iba á mirarla con dureza de juez, con furia de asesino... Por en medio de aquella flamígera atmósfera de tragedia que parecía envolverla, Mercedes, con la cabeza baja, velada por las blondas, y las manos cruzadas sobre el devocionario de tafilete y oro, atravesó la nave. Al verla pasar absorta, recogida, Felipe comenzó á dudar de sus dudas.

Ya junto al sagrario, recordó Mercedes que allí, en aquel mismo altar, había comulgado por última vez su madre al lado suyo. ¡Su madre, aquella humilde cristiana cuya alma era toda fe y temor á Dios! Pero... ¿podía ella—Mercedes—engañar á Aquél que no se engaña, cuando allí mismo y en tal momento su alma era toda de Julián?

El agudo tintineo de la campanilla del monago anunció á Mercedes que se acercaba la prueba formidable. El P. Enriquez, revestidas la blanca sobrepelliz y dorada estola, avanzaba hacia el altar del comulgatorio. Mercedes se postró ante la balaustrada cubierta de blanco paño, soltó maquinalmente el devocionario en la gradilla, se descalzó los guantes y trató de llevar á sus labios una oración. Un espanto indecible apoderóse de su alma ante el horror del sacrilegio que iba á cometer... ¡Señor! ¿Era ella la misma? “¡Si resucitara tu madre!”—pensó, reoyendo las palabras del confesor.—Pero no había tiempo para rezar ni para nada; y su alma estaba enardecida por la cul-

pa. El anciano sacerdote, dichas las primeras preces, abrió la puerta dorada del sagrario, postrábase ante él, tomaba en la mano izquierda el copón y en la diestra la sagrada forma. Su voz no parecía la misma, su mano exangüe temblaba sosteniendo el Pan eucarístico; al acercarse á Mercedes la oración se quebró dolorosamente entre sus labios, y luego, parándose ante la pecadora, dijo con acentos que no parecían sonar en la tierra: *Dominus non sum dignus...* Mercedes levantó los ojos y vió que por las mejillas del sacerdote, pálidas como la muerte, rodaban dos lágrimas, que le hablaron con más elocuencia que ninguna palabra humana. ¡Acaso también su madre lloraba en el cielo por ella! Y... algo muy duro se rompió en el corazón de la atribulada, y se fundió en un mar de lágrimas de santo arrepentimiento. Mercedes hirió fuertemente su pecho, en señal de contrición suprema, y miró á través de su llanto al viejo venerable que, al poner suavemente en la boca de ella el Pan de la vida, vió á Felipe de rodillas cerca del altar y con el pañuelo en los ojos, y clamó sin voz en lo hon-do de su espíritu: —¡Gracias, Dios mío, están salvados!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"FELDOMBO REYES"
SAN ANTONIO, NUEVO LEÓN, MEXICO

ROSA LUNARIA

I

A D. Juan Valera.

El "New Bar", la afortunada cervecería de la Carrera, hervía aquella noche en disputadores intelectuales, de cuya belicosa verbosidad parecía evaporación visible el humo denso de sus cigarros. Discutiábase allí el cielo y la tierra; y en medio de aquella turbamulta de alborotadores "arrivistes" que trataban de imponerse mediante alguna fuerza, siquiera fuese la de los pulmones, ocupaban impertérritos su mesa de honor—la primera á la izquierda—los dictadores de aquella motinesca turba pensadora, los dioses de aquel tormentoso Olimpo, Pepe Sutis, el golfo sabio, el relampagueante Jove de la prensa y con él su lugarteniente el inverecundo y donjuanesco Pepe Nerva, el achulado Paco Juerga, y el famélico y esqueletado Trasvilla, "hombre de muchas almas y de media lengua", como Sutis le llamaba, aludiendo á sus múltiples aptitudes y á su rebelde tartamudez, en perpetuo conflicto con sus fogosidades oratorias. Trasvilla, á quien Sutis acariciaba con

sus burlas—que era su mejor acariciar á los que despuntaban,—servía, como siempre, de blanco á los humorismos del maestro, cuya charla deslumbradora fluía desatada como desbordamiento magnífico de inmensa lectura, feracísimo ingenio y sensibilidad desquiciada, que solía manifestarse con sorprendente incoherencia en súbitas cóleras, en negros tedios ó en inefables ternezas y puerilidades.

—¿Qué hay dentro de este hombre?—pensaba el generoso Trasvilla, bajo el látigo juvenalesco de su amigo;—y cuando más engolfado andaba por las profundidades psíquicas del gran bohemio, arrojábale él á la cara una rociada de chistes tabernarios que le despertaban de sus idealismos, sugiriéndole este fallo desconsolador:—¡No cabe duda, es un degenerado, un perdido irredimible!

La noche de mi historia, en tanto que Sutis asaeteaba con sus burlas lo temporal y lo eterno, Pepe Nerva se revolvía inquieto en su silla, y cada vez que un entrante ó saliente abría la mampara de cristal raspado, registraba con furtiva mirada el trozo de calle que por la abertura descubría. Advirtió Sutis el juego ¡y allí fue Troya!, porque feliz de hallar digno objeto á sus sátiras, sobre Nerva cayó aquel ingenio de presa.

—¡Hola, hola, maestro en dandysmo, moderno Brummell, D. Juan impenitente, cogido te tengo "in fraganti" en delito de acecho! ¡No está mal escogido el puesto! Pero... ¡camaraita, respeto á la reunión ¿eh?, que no somos aquí dueñas de antaño ni «carabinas» de hogaño! ¡Tú te las traes, Pepillo! ¡Vamos, desembucha,

cuéntanos, que ya se nos hace agua la boca! ¿Es alguna espiritual señorita de las de "Miss" ó "Fraülein" al margen? ¿Sugestiva "mondaine" de prerrafaelesca "tournure"? ¿Archiduquesa de tapadillo? ¿O chula de mil primores? ¡Arráncate, chavó, que todos somos orejas! ¡Silencio, plebe, oigamos "La última aventura de don Juan, relato autobiográfico!"

—¡Si supiérais qué curiosa es!... Pero por los otros no os la cuento; ¡fastidiaros!

—¡Hazlo por mí, hombre, que ando muy falto de tela para mis crónicas mundanas!—suplicaba cómicamente Sutis.—¡Mira que "asuntos son oro" en este descomulgado oficio!

—¿Y si yo quisiera ese "momio" para mí?

—¡"Anatema sic" el avariento Nineucio! ¡Deja siquiera á los amigos las migajas de tu opulenta mesa!

—Pues para ponerlos los dientes largos os diré que el asuntito da, no ya para una crónica, para toda una novela psico-fisiológico-modernista; pero... ¡para vosotros estaba!

—Desde luego—dijo Paco Juerga—os anticipo la noticia de que se trata de una dama de velado rostro.

—¡Miel sobre hojuelas!—gritó Sutis.—¡Divo Nerva, por el sacro Jove, que ardo en deseos de oír la historia de la incógnita diosa!

—¿Y si yo os dijese que la incógnita es, en efecto, un misterio vivo, un enigma impenetrable, una mujer sin nombre, ni edad, ni pasado conocidos?

—¿Pero estamos en 1830? ¿Se ha estrenado ya el "Hernani"?

—Reiros cuanto gustéis—afirmó Nerva en se-

rio;—pero os desafío á que averigüéis la edad, el nombre y la historia de la mujer de quien hablo.

—¿Apostamos á que si cuentas la historia te descubro todo eso y hasta te soplo la dama, si quieres?—desafió Sutis.

—¡Apostado!

—¡Pues oído, señores, que Nerva es narrador de raza!—concluyó Sutis para acabar de desatar la lengua al aplaudido escritor.

II

—Figuraos—empezó Nerva—una mujer, antes baja que alta, más Venus de Médicis que de Milo; es decir, aññada, gracil, miniaturesca, con finos labios de impecable dibujo, más propensos á la oración que al beso, ojos azules, transparentes, de los que mueren y no matan, voz plateadita, acariciadora, cabello rubio tostado, con largos rieleos de oro en las anchas ondas, y cutis nítido, fresco, auroral, como si por él no hubieran resbalado años ni impurezas, y figuraos ahora á esa carne ideal envolviendo un alma antitética de semejante apariencia, un alma toda tinieblas y brasas, toda engaños y seducciones, y tendréis una mujer toda sorpresas y misterio, un enigma vivo.

Unas veces su epidermis florida y su risa infantil mienten veinte años virginales; otras, un relámpago felino en sus ojos y una voluptuosa ondulación de su cuerpo, delatan á la hembra pervertida, ó ya leves surcos apenas perceptibles transparentan la máscara cruel de la vejez

bajo el tibio nácar de su cutis. Y así como su cuerpo es embuste de su alma, su casa es impostura de una vida que no es la suya, porque ni vive donde parece, ni hay quien sepa su verdadera vivienda; y hasta su nombre es contrahecho: su nombre de guerra es Rosa Lunaria, Rosa por su belleza y lozania, Lunaria por cierto monísimo lunarillo azul que, puesto sobre la comisura derecha de su boca, acentúa hechiceramente su sonrisa... Pero ¿vas á darnos espectáculo, Sutis? Deja esa maldita copa, que eso que te amaga es el clásico mareo que llamamos en plata borrachera; déjala y óyeme, que viene lo mejor.

En efecto, el desdichado Sutis, que por las señas entraba ya en el siniestro período final del alcoholismo crónico—en el que conduce al "delirium tremens",—habíase demudado visiblemente como bajo la acción de grave trastorno orgánico.

Pero el latigazo espasmódico—nada raro en él—pasó pronto, y Nerva prosiguió:

—Cuentan que el que bautizó á Rosa Lunaria fue cierto escritor celeberrimo, grande amigo de la moral... escrita, y más amigo de Rosa la inmarcesible, porque desde aquel bautizo ¡ya ha llovido! Dicen—hablando de Rosa todos son decires—que nuestra ignota se hace esmaltar anualmente en París; aseguran que oculta peregrinos secretos de tocador y que es doctora en alquimia estética y aun en magia negra. Y para colmo de incentivos, se susurra que Rosa tiene su leyenda, su novela, no menos sensacional que la de la más romántica "Violeta" ó "Coralia", puesto que afirman que tiene

una hija ó hijo, á cuyos ojos conserva honradas sus tocas de viuda... Pero, Sutis, ¿vas á darnos la noche?

Nuevamente amagaba el bohemio el iniciado trastorno; pero él, pasándose por los ojos la diestra temblona, gritó con áspera voz de beodo:—¡Métete en tu sayo, doctor Pedro Recio; deja que cada cual reviente á su gusto, y acaba de servirnos esas mentirotas que te estás ahí inventando!

—¿Conque mentirotas inventadas?... ¡bueno!—vociferó rufianescamente el advenedizo Nerva, que tenía ya en el cuerpo algunas copas de más.—¡Pues por eso que son mentirotas, cuando queráis os invito á conocer á mi heroína, la cual, si en su aperreada vida quiso á un hombre, fue al embustero que os habla!

—¡Eso, Tenorio, alábate!—chilló Juerga.

—“Madamina il catálogo é questo Delle donne che amó il padron mio...”—canturreó borrosamente Sutis.

—¡Como que es verdad, hombres—insistió Nerva, caldeados ya cerebro y mejillas;—como que Rosa hace por mí lo que nunca hizo, seguirme, y lo que vosotros tenéis es envidia, sí, envidia rastrera de que esa mujer, vieja ó joven, Magdalena ó Traviata, lo que sea, pero hechicera y maestra en seducciones, ande enamoradísima, loca por mí, como lo están otras que no valen menos...!

Una formidable ovación irónica, acentuada por ¡olé!, palmadas y berridos procedentes de la mesa presidencial y de las contiguas, acogió la bravata de Nerva que, ya lanzado, disponíase á contestar á los provocadores, cuando la

mampara de entrada, abierta de golpe para dar paso á nuevos parroquianos, dejó ver de pie, sobre la acera, á una mujer gallardísima, envuelta en amplio abrigo de martas, tocada con ancho sombrero negro y velado el rostro por espeso velo blanco, que se inclinó un momento hacia adelante, y con la diestra, calzada de fina gamuza, dirigió leve seña á la mesa de la izquierda. Antes de que la enguantada mano se moviera, ya estaba Nerva de pie y precipitado hacia la puerta, y no anduvo dos pasos cuando Sutis, que había mirado ávidamente y por lo visto conocido á la incógnita—la cual, bajo su mirada desapareció por ensalmo,—se arrojó como un tigre sobre Nerva, y clavándole ambas manos en el cuello, derribóle á tierra, donde le golpeaba y pisoteaba frenético, hasta que los presentes, repuestos de la súbita sorpresa, sujetaron al agresor y levantaron al caído, que, lleno de polvo y de magulladuras, pugnaba furioso con los que le contenían por lanzarse con asalto mortal sobre su ofensor.

—¡Vámonos, vámonos, Nerva!—le gritaban sus amigos.—¿No ves que está borracho perdido? ¡Qué vas á hacer con un pobre loco!—Y antes, á fuerza de empellones que de consejos, se lo llevaron medio á rastras.

III

Junto á Sutis, que vibraba todavía sacudido por la loca furia que acababa de poseerle, permaneció solo Trasvilla, su “fides Achates”, más que nunca desconcertado y confuso ante las

estupendas incongruencias del bohemio. Estabase éste tras de la bárbara lucha, derribado en una silla, los codos en la mesa y la cara hundida entre las manos. Mirábalo Trasvilla en el colmo del estupor, ávido de adivinar lo que había en el fondo de aquel alma, y sin resignarse á admitir que lo que hubiese allí, en las honduras psíquicas de donde brotar solían tan vívidos chispazos de luz y de belleza moral, fuese únicamente lodo, el mismo lodo vil que manchaba la superficie de aquella malograda vida. Y abrasado en sed de verdad, como si de la solución de aquel problema dependiese su porvenir, y la orientación de su espíritu obstinabase en penetrar aquella conciencia. De pronto, por entre los dedos de Sútis, entrecruzados sobre su cara, brillaron unos puntos claros, cristalinos, no cabía duda... ¡eran lágrimas! Y el alma de Trasvilla sintió ante aquellas silenciosas gotas de llanto júbilo mayor que el del astrónomo que ve aparecer á la hora por él prevista el astro adivinado, y tanto mayor el júbilo de Trasvilla, cuanto que la estrella que á él se le aparecía, como acudiendo á su evocación fervorosa, era un alma, el alma noble de su amigo, surgiendo incólume de entre pavorosas negruras... Pero... ¿qué significaban aquellas lágrimas? ¿Eran mero funcionamiento fisiológico, como el toser ó el escupir? ¿Síntoma de sedación tras del furioso raptó de alcoholismo...? Por esta selva de conjeturas se perdía la mente de Trasvilla, cuando un recuerdo revelador, emergiendo de su memoria por la milagrosa fuerza de asociación que posee esa divina facultad psíquica, vino á lucir con lucidez de

evidencia ante sus ojos. Empezó en interrogación y acabó en certidumbre.

—¿He visto yo llorar á Sútis otra vez?... Sí le he visto, pero ¿cuándo? ¡Ah! aquella noche de verbena agostiza, en que íbamos á caza de aventuras chulescas por el corazón de los barrios bajos...—Y percibió distintamente perfiles goyescos asociados á colorines abigarrados, ruidos estridentes y hedores de taberna y buñolería.—De improviso—siguió recordando—al revolver de una calleja una chula de buen ver, si las hubo, se arrancó con esta copla:

No hay ninguna mujer buena,
Iba á decir ayer tarde,
pero volví la cabeza....
y me encontré con mi madre.

Y al oirla, el loco de Sútis rompió en un acceso de llanto, que calificamos de alcoholismo sentimental. Tuvimos que meterle en un tabernáculo y consolarle con "unas tintas"; en aquel abyecto rincón lloraba como ahora; pero este llanto de hoy es más copioso, dura más, esa sangre del alma brota de herida más honda...

Y súbitamente se hizo la luz en el cerebro de Trasvilla; un rayo de viva claridad atravesó su razón; corrientes de intuición reveladora unieron en ella la copla de la chula con la rápida fuga de Rosa Lunaria, el acceso de llanto que la copla provocó en Sútis y el paroxismo de furia disuelta en lágrimas que acababa de producirle el relato de Nerva, corroborado por la furtiva aparición de la incógnita. No cabía duda; en el fondo del dolor de su amigo había una mujer, la más santa para el hombre, la madre, y esta mujer era la antítesis de la alu-

dida en el cantar, era Rosa Lunaria, la madre pecadora, la que, según Nerva, pretendía ser honrada sólo a los ojos de un hijo misterioso, y ese hijo era Satis, el bohemio, que allí borracho de licor y de lágrimas, lloraba la "orfandad moral", la más trágica de las soledades del alma. De pronto el magnánimo Trasvilla vió ante sus ojos como evocada por vigoroso contraste sentimental, á su propia madre, á la santa viejecita por quien él trabajaba sin descanso, por quien él ambicionaba el oro y la gloria; en torno á la vulgar cabeza de aquella insignificante cristiana resplandecía un nimbo de esplendor celeste, que al reflejar en el alma de su hijo encendía en ella todos los afectos y todos los entusiasmos: aquel nimbo era la santa honradez, la virtud materna, orgullo, confianza y salud del alma de los hijos. Sin ella ¡qué negra, qué horrible la vida! ¡Hasta el cielo parecía vacío! ¡Pobre Satis! ¿Cómo no explicarse ahora la cruel tortura, el desolado escepticismo, el mortal envenenamiento de aquella hermosa alma? Los ojos de Trasvilla se llenaron también de llanto viril, contenido, generoso; y poseído de irresistible efusión de piedad y cariño, se levantó, asió una de las heladas manos de Satis, que sollozaba sacudido por un verdadero acceso de llanto convulsivo, y le dijo al oído quedamente: ¡Vamos, hombre!.. ¡Ya sé que estás muy solo de alma! ¿Quieres tener un hermano?

Satis, por toda respuesta, apretó nerviosa, casi brutalmente, la mano de Trasvilla, y uno de los camareros que murmuraban junto al mostrador, dijo á los otros:—¡Vamos, á ese perdis le ha entrado ahora la "mona sensible"!

ÍNDICE

Cuentos andaluces.	Páginas.
La Rondeña.....	5
El Padre «Me alegre».....	15
Chelite.....	23
La saeta.....	35
Moreno, el de Zalamea.....	45
El molino de los Gelves.....	55
La casa á flote.....	71
Marines y Gumieles.....	79
Nieta de Reyes.....	93
Por la República.....	97
Cuentos varios.	
El salvador.....	125
El sabor de la vida.....	143
El talón de Aquiles.....	159
La Dogaresa.....	169
La caridad de Malvina.....	177
La capilla de los Dolores.....	187
El espejo.....	195
En la voladura.....	213
El día de sol.....	221
El pan de la guerra.....	227
La cabeza enamorada.....	235
Patria.....	249
Ante Dios.....	257
Rosa Lunaria.....	265

dida en el cantar, era Rosa Lunaria, la madre pecadora, la que, según Nerva, pretendía ser honrada sólo a los ojos de un hijo misterioso, y ese hijo era Satis, el bohemio, que allí borracho de licor y de lágrimas, lloraba la "orfandad moral", la más trágica de las soledades del alma. De pronto el magnánimo Trasvilla vió ante sus ojos como evocada por vigoroso contraste sentimental, á su propia madre, á la santa viejecita por quien él trabajaba sin descanso, por quien él ambicionaba el oro y la gloria; en torno á la vulgar cabeza de aquella insignificante cristiana resplandecía un nimbo de esplendor celeste, que al reflejar en el alma de su hijo encendía en ella todos los afectos y todos los entusiasmos: aquel nimbo era la santa honradez, la virtud materna, orgullo, confianza y salud del alma de los hijos. Sin ella ¡qué negra, qué horrible la vida! ¡Hasta el cielo parecía vacío! ¡Pobre Satis! ¿Cómo no explicarse ahora la cruel tortura, el desolado escepticismo, el mortal envenenamiento de aquella hermosa alma? Los ojos de Trasvilla se llenaron también de llanto viril, contenido, generoso; y poseído de irresistible efusión de piedad y cariño, se levantó, asió una de las heladas manos de Satis, que sollozaba sacudido por un verdadero acceso de llanto convulsivo, y le dijo al oído quedamente: ¡Vamos, hombre!.. ¡Ya sé que estás muy solo de alma! ¿Quieres tener un hermano?

Satis, por toda respuesta, apretó nerviosa, casi brutalmente, la mano de Trasvilla, y uno de los camareros que murmuraban junto al mostrador, dijo á los otros:—¡Vamos, á ese perdis le ha entrado ahora la "mona sensible"!

ÍNDICE

Cuentos andaluces.	Páginas.
La Rondeña.....	5
El Padre «Me alegre».....	15
Chelite.....	23
La saeta.....	35
Moreno, el de Zalamea.....	45
El molino de los Gelves.....	55
La casa á flote.....	71
Marines y Gumieles.....	79
Nieta de Reyes.....	93
Por la República.....	97
Cuentos varios.	
El salvador.....	125
El sabor de la vida.....	143
El talón de Aquiles.....	159
La Dogaresa.....	169
La caridad de Malvina.....	177
La capilla de los Dolores.....	187
El espejo.....	195
En la voladura.....	213
El día de sol.....	221
El pan de la guerra.....	227
La cabeza enamorada.....	235
Patria.....	249
Ante Dios.....	257
Rosa Lunaria.....	265

OBRAS
DE BLANCA DE LOS RÍOS DE LAMPÉREZ

PUBLICADAS

- I.—**Esperanzas y Recuerdos.** Colección de poesías. Edición agotada.
- II.—**Romancero de D. Jáime el Conquistador.** (Edición agotada.)
- III.—**Melita Palma** (novela). Publicada en la *Biblioteca Mignon*.
- IV.—**Sangre española** (novela). Publicada en la *Biblioteca Moderna*.

EN PREPARACIÓN

- I.—**Fray Gabriel Téllez** (*Tirso de Molina*). Estudio biográfico y crítico premiado por la Real Academia Española.
- II.—**Compendio de Historia del Teatro español.** Manual de la *Biblioteca Gili*, de Barcelona.

COLECCIÓN DE OBRAS COMPLETAS

- I.—**La Rondeña** (cuentos andaluces). **El Salvador** (cuentos varios.)

PARA PUBLICARSE

- II.—**Novelas cortas.**
- III.—**Esperanzas y Recuerdos.** (Segunda edición aumentada.)
- IV.—**Romancero de D. Jáime el Conquistador.** (Segunda edición.)
- V.—**Estudios literarios.**
- VI.—**Romances y leyendas.**

